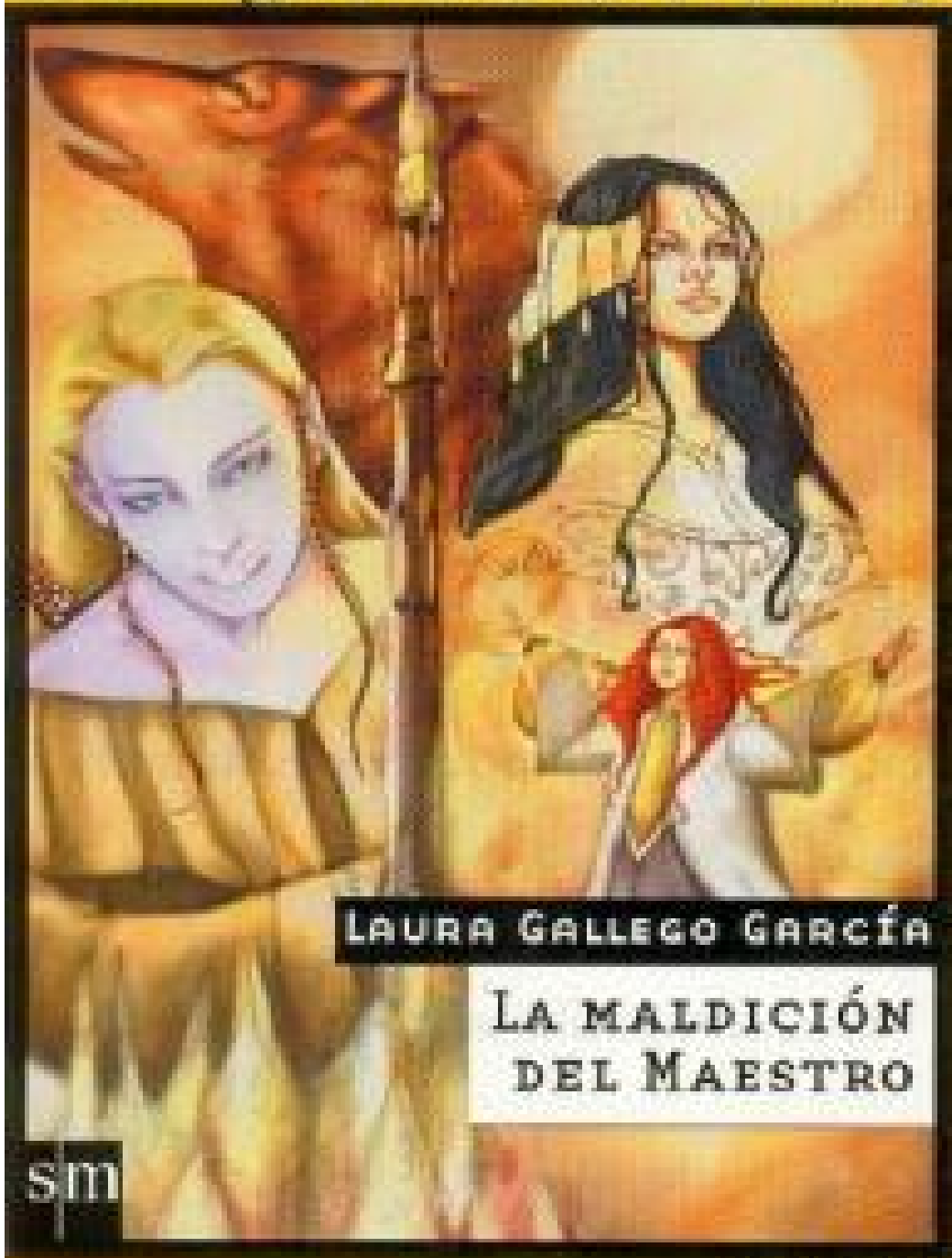


E L  R V E G A N T E



LAURA GALLEGO GARCÍA

LA MALDICIÓN
DEL MAESTRO

sm

FANTASÍA

4.ª edición

Primera edición: mayo 2002
Decimosegunda edición: enero 2007
Dirección editorial: Elsa Aguiar
Imagen de cubierta: José Luis Navarro
Diseño de la colección: Alfonso Ruano y Pablo Núñez
© Laura Gallego García, 2002
www.lauragallego.com © Ediciones SM, 2000
Impresores, 15
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo—sm.com
CENTRO INTEGRAL DE ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 12 13 23 Fax: 902 24 12 22 e—mail: clientes@grupo—sm.com
ISBN: 978—84—348—8686—5
Depósito legal: M—48.327—2006
Impreso en España / Printed in Spain
Gohegraf Industrias Gráficas, SL — 28977 Casarrubuelos (Madrid)

Tras El Valle de los Lobos, mi libro más personal, muchas personas que lo leyeron me animaron con su entusiasmo por la historia de Dana y Kai a escribir una segunda entrega de sus aventuras. Este libro está dedicado a todos ellos, especialmente y con todo cariño a Andrés, por su apoyo y sus consejos; a mi hermano Sergio (tuve que reescribir este libro casi entero debido a la crítica aplastante que me hizo del primer borrador, pero no me arrepiento); a Nuria, que fue la primera en leer El Valle de los Lobos; a Arancha (y, por supuesto, sus hermanas Isabel y María José), a Beatriz; a Sol—Miriam y sus sobrinas, Eva y María; a mi editora, Marinella; y a muchos chicos y chicas que he conocido en algunos colegios e institutos por los que he pasado, y que me han hablado en muy buenos términos de Fenris (los chicos) y de Kai (las chicas). A todos vosotros, espero que os guste esta nueva novela.

Cada ser humano tiene, dentro de sí, algo mucho más importante que él mismo: su
Don.

Brida

Paulo Coelho,

I ORDALÍA

Muchacha había sabido que estaba condenada mucho antes de que la sacaran del húmedo y appestoso calabozo en que la habían confinado, mucho antes de que la subieran, maniatada, al carro que recorrería las calles de la ciudad hasta la plaza mayor, mucho antes de que la amarraran al poste y encendieran la pira.

Lo había sabido al mirar a los ojos a los miembros del tribunal. Ellos no habían pronunciado palabra, pero ella había leído el odio, el miedo y el desprecio en su mirada.

Había pasado toda la noche pensando en ello, haciéndose a la idea de que iba a morir y, por eso, cuando los guardias acudieron a buscarla al amanecer, ella los recibió con orgullo y frialdad, sin un ápice de miedo en sus ojos. Era inocente, no había hecho nada malo, y estaba siendo víctima de una injusticia. Lo gritaría por el camino, lo gritaría sobre la carreta, durante el vergonzoso paseo hasta la plaza, lo gritaría en lo alto de la pira hasta que las llamas ahogaran su voz.

Sin embargo, no le resultó fácil encontrar valor para proclamar su inocencia cuando el carro salió de la prisión y la multitud la recibió con gritos, insultos, amenazas y una lluvia de huevos y hortalizas.

Inspiró hondo mientras los tomates impactaban en su cuerpo.

—¡¡¡Soy inocente!!! —chilló, pero no pudo añadir nada más; como si hubiese dicho una blasfemia, la multitud rugió aún más y le lanzaron más verduras.

La muchacha sintió que las lágrimas le abrasaban los ojos, pero parpadeó varias veces para retenerlas; su orgullo le impedía llorar ante aquellas personas hipócritas que la habían querido y apreciado (o, al menos, habían fingido que lo hacían, se dijo amargamente) hasta apenas unos días antes.

Alzó la barbilla con valentía en medio de la lluvia de hortalizas e insultos. Su pelo, rojo como el fuego, iluminado por el sol naciente, parecía una ardiente corona en torno a su semblante pálido, que, sin embargo, mostraba una mueca de desprecio. «Gentuza», pensó. Esquivó un huevo. Lo único que lamentaba era que la privaran de una muerte digna. Ser inmolada en la hoguera era bastante épico, pero, en su opinión, los tomates sobraban.

Sacudió la cabeza, confundida, y por un momento asomó a sus ojos un atisbo de miedo. ¿En qué estoy pensando? —se dijo, obligándose a sí misma a recuperar algo de cordura. ¡Voy a morir, me van a quemar en la hoguera! La perspectiva, vista con sensatez, era aterradora, así que decidió que era mejor el orgullo, y volvió a levantar la cabeza, bien alta.

No era fácil conservar la dignidad en tales circunstancias, pero ella se las arregló bastante bien. Con todo, el paseo se le hizo eterno, y casi agradeció que la subieran a lo alto de la pira. Entonces, la multitud dejó de lanzarle cosas, aunque no se callaron. «Que griten», —pensó, resentida. «Que griten hasta destrozarse la garganta».

Apenas oyó las palabras del alguacil:

—Muchacha, aún puedes salvar tu alma. Confiesa tu pecado.

Ella esbozó una sonrisa escéptica.

—¿Pecado? —repitió.

—¡¡Bruja!! —chilló una mujer en primera fila.

—Soy inocente —repuso la joven con calma.

—Si eres inocente, no tendrás nada que temer: el fuego no podrá dañarte —dijo el

alguacil.

Ella dejó escapar una risa amarga.

—Si yo fuera una bruja, el fuego no podría dañarme —rectificó, —y tampoco estaría aquí ahora. Haría rato que habría salido volando sobre mi escoba.

Los razonamientos no entraban en la lógica de aquel hombre.

—¿Confiesas tu pecado, hija mía? —insistió.

—Confieso, sí —dijo ella, y miró a su alrededor. —¡Confieso que os odio a todos, porque vais a condenar a una chica inocente! ¡Ese es mi pecado!

Hubo un breve silencio, pero entonces alguien gritó:

—¡Bruja!

Y todos corearon:

—¡Bruja! ¡Muerte a la bruja!

La chica vio la tea ardiendo acercarse a la paja de la pira.

—¡Soy inocente! —gritó —¡Y mi muerte caerá sobre vuestras conciencias como una losa, y os perseguirá eternamente!

—¡No! —gritó una vieja —¡Nos ha echado una maldición!

La muchedumbre retrocedió unos pasos, murmurando aterrorizada. La muchacha no pretendía lanzar una maldición (no habría sabido cómo hacerlo), pero la gente había tomado sus palabras por tal.

Los ejecutores no se entretuvieron más, y lanzaron la antorcha ardiendo al montón de paja, que prendió rápidamente. Luego, se echaron hacia atrás, con una sonrisa de alivio y satisfacción en sus labios.

—Cuidado, bruja —le advirtió el alguacil, antes de recular él también.

Una llamarada se alzó súbitamente frente a la joven condenada, que miró a su alrededor. El fuego la rodeaba y se acercaba a ella inexorablemente. Cerró los ojos y respiró hondo, pero el humo la hizo toser. El calor se hacía insoportable. Abrió los ojos otra vez para mirar a la muchedumbre que contemplaba el espectáculo de su ejecución, pero no eran más que manchas borrosas tras las llamas.

Tosió de nuevo, sintiéndose desfallecer. El calor abrasaba su piel, y el humo, sus pulmones.

—No... soy... una bruja—musitó.

Le pareció de pronto que la gente dejaba de gritar y murmuraba, pero no podía estar segura y, de todas formas, ahora ya daba igual.

Alguien chilló:

—¡El diablo!

Y la chica abrió los ojos. Entre las llamas vio una alta figura vestida de rojo que se movía con elegancia y seguridad. Se dijo que su mente comenzaba a desvariar, sobre todo cuando el desconocido subió a la pira como si nada, atravesó el fuego y se colocó junto a ella, que apenas podía respirar ya. Estaba desfallecida, pero, aun así, pudo preguntar a aquel producto de su imaginación:

—¿Quién eres?

—Alguien que ha venido a rescatarte —dijo él, sacando un cuchillo.

La chica lanzó una exclamación de miedo, pero el extraño se limitó a inclinarse hacia ella para cortar sus ataduras.

La multitud murmuraba aterrorizada sin atreverse a dar un paso hacia ellos, pero la joven ya no les prestaba atención. Observó, como en un sueño, cómo las llamas lamían los pies de su salvador, sin llegar a prender en su túnica.

—Estoy muerta, ¿verdad?

El otro no respondió.

La gente gritaba ahora, señalándolos, pero seguía sin acercarse a ellos. La muchacha sintió que las llamas alcanzaban su vestido, sintió que mordían su piel, y gritó de dolor.

El desconocido se inclinó un poco y pronunció una palabra en un idioma extraño. Entonces las llamas del vestido de la condenada se apagaron de súbito, y el fuego retrocedió un tanto.

—Estoy muerta —repitió ella, —y tú eres el diablo.

El individuo de rojo se rió. Su risa era cantarina y musical, la muchacha lo captó con claridad, a pesar del crepitar de las llamas, y se preguntó si el diablo podía reír así. Alzó la cabeza para mirar al desconocido. Era muy alto, y tenía el pelo de color de cobre.

—¿Has venido a llevarme contigo?

El desconocido acabó su trabajo. Las ataduras cayeron al suelo. Estaba libre.

Su salvador se volvió hacia ella, y la chica vio que no era un ser humano: tenía las orejas puntiagudas, los rasgos finos y delicados y unos enormes ojos almendrados con pupilas que parecían de cristal coloreado.

El respondió por fin a la pregunta.

—Sí —dijo solamente.

Las llamas se alzaron más alto, y ella gritó:

—¡Pues sácame de aquí, sácame de aquí!

Pero el extraño ser de la túnica roja simplemente sonrió.

—Puedes salir tú sola.

—¿Qué estás diciendo? ¡Me abrasaré!

—No lo harás.

La chica lo miró dubitativamente.

—Confía en mí —dijo él.

Ella consideró que no tenía nada que perder. Alzó la cabeza y avanzó un paso, introduciéndose en las llamas.

Cerró los ojos mientras sentía el fuego rodeando su cuerpo, el humo abrasando sus pulmones...

Otro paso más.

Abrió los ojos y vio frente a sí a la multitud, que ahora ya no tenía aliento para insultarla. La miraban todos con la boca abierta y los ojos desorbitados de miedo y asombro.

Miró a su salvador. Él sonrió.

—Eres libre, muchacha —dijo.

Ella se desmayó.

Cuando abrió los ojos le costó recordar lo que había pasado, pero se sintió desconcertada, porque no estaba ya en la celda de la prisión. Sobre ella había un cielo azul por el que se paseaban algunas nubes solitarias que parecían copos de algodón. «Me muevo», pensó; y entonces percibió el sonido de los cascos de un caballo y el crujido de las ruedas de un carro. Escuchó con atención. Se oían también voces, dos voces masculinas. Una pertenecía a un chico joven, y la otra era... una voz melódica y musical.

Se incorporó un poco y miró a su alrededor.

Estaba en una carreta, sí, una carreta que avanzaba por un camino que discurría entre campos de cereales. Había dos personas sentadas en la parte delantera del carro, de espaldas a ella. Una era un muchacho, quizá de su edad, tal vez uno o dos años mayor que ella. El otro era el extraño de la túnica roja, que la había rescatado del fuego.

No pudo reprimir una exclamación al recordarlo, y los dos se volvieron.

—¡Vaya, ya has despertado! —comentó el chico; debía de tener unos quince años, era moreno y mostraba una sonrisa cálida y agradable. —¿Cómo te encuentras?

El otro se levantó para pasar a la parte trasera de la carreta, y ella lo miró con cierta aprensión. Era tan raro como le había parecido al principio, y la muchacha retrocedió un poco cuando vio que se acercaba. Su salvador fijó en ella sus extraños ojos gatunos y sonrió.

—Nunca antes habías visto un elfo, ¿verdad?

—¿Un elfo? —repitió ella.

—Mis amigos me llaman Fenris —se presentó él—. Y este es Jonás.

El chico saludó desde delante, sin soltar las riendas.

—Encantada —dijo la chica, aún confusa.

El elfo le dirigió una sonrisa tranquilizadora, y ella ladeó la cabeza para observarlo mejor.

—¿A que ya no me encuentras tan extraño?

La muchacha se apartó de la cara la melena pelirroja, todavía con restos de hortalizas, y siguió mirándolo. La brisa revolvía el suave cabello cobrizo del elfo, dejando al descubierto sus extrañas orejas. Sus delicadas facciones no carecían de atractivo, y sus enormes ojos almendrados eran los ojos más misteriosos y sugerentes que ella había visto nunca.

—No pareces el diablo —decretó finalmente, sonriendo—. ¿De dónde vienes?

A Fenris no pareció gustarle aquella pregunta. Desvió la mirada para pasearla por el horizonte, pensativo.

—De muy lejos... —respondió vagamente.

Se acomodó sobre la carreta. Todos sus movimientos eran ágiles y elegantes como los de un felino, y la chica se descubrió a sí misma observándolo fascinada.

—¿Hay más como tú? —quiso saber.

Fenris no parecía dispuesto a responder, pero Jonás lo hizo por él:

—¡Todo un continente poblado por elfos al otro lado del mar!

—Oh... vaya —fue lo único que pudo decir ella.

Hubo un breve e incómodo silencio, que la chica rompió al cabo de un rato:

—Así que me habéis rescatado —miró hacia atrás y vio que la ciudad quedaba ya muy lejos. —¿Por qué lo habéis hecho?

Fenris se encogió de hombros.

—Me parece una atrocidad eso de ir quemando a la gente. ¿Quieres más motivos? ¿O es que habrías preferido quedarte allí? —añadió.

Ella se estremeció.

—No, ni hablar —se apresuró a responder. —Además, nada me ata allí ya. No tengo familia... y acabo de descubrir que tampoco tengo amigos.

—Nos tienes a nosotros —dijo Jonás con una sonrisa.

Pero la muchacha no podía olvidar aquel extraño rescate.

—Me has hecho pasar a través de las llamas —dijo, mirando fijamente al elfo.

—No —corrigió él—: tú sola has pasado a través de las llamas.

—¿En serio? —intervino Jonás, sorprendido—. ¿Cómo lo has hecho?

—¡Yo qué sé! Yo no...

Fenris alzó la mano para indicarle silencio.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Trece.

—¿Por qué querían quemarte en la hoguera?

Ella se encogió de hombros.

—La tonta de Bela me vio encendiendo el fuego y fue con el cuento a la señora.

—¿Y qué tiene eso de particular? —dijo Jonás, extrañado, pero Fenris lo hizo callar con un gesto.

—¿Cómo encendías el fuego?

—¿Qué es esto, otro interrogatorio? —protestó ella, exasperada. Pero Fenris la miraba fijamente con aquellos extraños ojos suyos, y la joven descubrió que no podía resistirse a aquella mirada.

Le contó que llevaba tiempo sirviendo como doncella en una de las casas más importantes de la ciudad. Era un buen trabajo; había sido afortunada, teniendo en cuenta que no tenía familia ni nadie que cuidase de ella.

Ella era una chica normal; lo único que hacía era... encender el fuego. Con suma facilidad. Con demasiada facilidad, había dicho el presidente del tribunal.

La muchacha no entró en detalles, y Fenris se dio cuenta enseguida de que no le gustaba hablar de ello.

—Fenris —dijo Jonás, volviéndose un momento hacia él. —¿En serio crees que...?

—Sí. Es tal y como yo sospechaba. Cruzó el círculo de llamas ella sola, y salió indemne, como si fuera una salamandra.

—¿Qué es una salamandra? —preguntó la chica.

—Es un bicho que aguanta el fuego sin quemarse —explicó Jonás.

—Un reptil —corrigió Fenris.

—Pero los poderes de la salamandra solo se aprenden a partir de cuarto grado, ¿no? —le preguntó Jonás.

El elfo asintió, pensativo.

—Son incluso difíciles de aprender para los de cuarto grado. Pero en esta chica parecen ser innatos.

—Me gustaría saber qué está pasando —protestó ella.

Fenris sonrió de nuevo.

—Pequeña Salamandra. —dijo —Sí, creo que ese será tu nombre a partir de ahora. Te queda muy bien.

—Yo no me llamo así.

—Ya lo sé. Pero tu vida ya no va a ser igual a partir de ahora, y eso bien merece un cambio de nombre, ¿no crees? Aunque no es obligatorio. Puedes quedarte con tu nombre, por supuesto. Por cierto, ¿cuál es?

—¿Qué quieres decir con eso de que mi vida va a cambiar? —preguntó ella con desconfianza—. No pienso hacer nada que...

—¿Alguna vez has pensado en estudiar?

—¿Estudiar? —repitió la chica, sorprendida. —No.

Fenris no dijo nada más, y ella tuvo que volver a la carga:

—Bueno, os agradezco mucho que me hayáis salvado y todo eso, y no es que me muera de ganas de regresar, pero, por curiosidad, solo por curiosidad ¿adonde vamos?

—A la Torre —respondió Fenris.

—¿Y dónde está eso?

—En el Valle de los Lobos.

—¿Queda muy lejos?

—Bastante.

La muchacha, cansada de que fuera tan poco explícito, le tiró de la túnica para llamar

su atención. El elfo se había tumbado boca arriba sobre las mantas, con los brazos detrás de la cabeza, en ademán indolente, y parecía poco dispuesto a mantener una conversación.

—¿Por qué me lleváis allí? —exigió saber ella. —¿Y quiénes sois vosotros?

—Explícaselo, Fenris.

—Bueno —el elfo suspiró y se incorporó un poco para mirarla a los ojos. —Tengo buenas noticias para ti, Salamandra: eres una bruja.

Llegaron al valle tras dos semanas de viaje, a lo largo de las cuales Salamandra tuvo ocasión de conocer a sus salvadores más a fondo, y de averiguar más cosas sobre la Torre y la naturaleza de sus habitantes.

—Y, si sois magos... —dijo un día, —¿por qué viajáis en carreta?

—Porque aún no has sido oficialmente aceptada como alumna de la Torre —contestó Jonás. —Y, además, no estás preparada para un hechizo de teletransportación.

—Tele... ¿qué?

—Ya lo aprenderás. ¡Para eso está la Torre!

Fenris era ya un mago consagrado, como indicaba el color de su túnica, porque había superado la temida Prueba del Fuego, que marcaba el final del aprendizaje básico. Pero Jonás lucía una túnica de color azul, que lo señalaba como estudiante de tercer grado.

El chico hablaba con entusiasmo de la Torre y los que vivían en ella. Sus alabanzas más sinceras y calurosas estaban destinadas a la que llamaba la Señora de la Torre.

—Es la mejor Maestra que uno podría tener, te lo aseguro. Cuando yo llegué a la Torre no las tenía todas conmigo, pero ella hizo que me apasionara por la magia... ¡y aquí me tienes!

Por Jonás, Salamandra se enteró también de que solo había dos alumnos más en la Torre, aparte de ellos dos: Conrado, un muchacho tímido y silencioso que ya estaba en cuarto grado, y un chico fanfarrón e impertinente que se hacía llamar Morderek.

—A veces se pone pesado, pero es buen chaval.

—Es un imbécil —terció Fenris amablemente. —Pero bueno, nadie es perfecto y, además, es endiabladamente bueno con los animales... aunque no me explico cómo lo aguantan.

Nunca había entrado en los planes de la muchacha estudiar magia y hechicería en una Torre oculta en un valle remoto, pero, a medida que Fenris y Jonás le hablaban de la vida allí, Salamandra sentía crecer su entusiasmo hasta límites insospechados.

Un día la carreta se internó por un estrecho desfiladero que los llevó por fin hasta el Valle de los Lobos.

II LA SEÑORA DE LA TORRE

Era un valle muy grande, pero había en él un enorme bosque, y un río lo recorría de parte a parte. Al pie de las altísimas montañas coronadas de niebla y nieve se desparramaban las casas de un pueblecito

—Nada cambia, ¿eh, Jonás? —dijo Fenris, contemplando la belleza del valle.

—No —coincidió el muchacho. —Todo sigue igual de hermoso.

Anochece. El aullido de un lobo rasgó el silencio, y Salamandra se sobresaltó. Miró a sus compañeros, pero Jonás no parecía preocupado, y Fenris mostraba una amplia sonrisa.

—Solo nos dan la bienvenida —aclaró, cuando todo un coro de aullidos se elevó sobre el valle.

—Ya, muy gracioso —replicó ella, creyendo que el elfo bromeaba. —¿Dónde está la Torre?

—No llegaremos esta noche. Dormiremos en el pueblo y mañana reemprenderemos el camino.

Salamandra se resignó a esperar al día siguiente para satisfacer su curiosidad.

La última etapa del viaje a través del Valle de los Lobos transcurrió sin novedad. Era primavera, y la naturaleza exhibía sus mejores galas. Con todo, la chica notó que la temperatura allí era considerablemente más baja que en la ciudad.

A media tarde vieron la Torre a lo lejos.

Salamandra se quedó mirándola, sobrecogida. Era como una inmensa aguja clavada al pie de las montañas, junto al bosque. Su cúspide parecía rozar las nubes, y estaba rematada por una pequeña plataforma con almenas. Fenris dirigió su mirada hacia allí, y a la muchacha le pareció ver un brillo extraño en sus ojos.

En cuanto salieron de la sombra del bosque el caballo echó a trotar alegremente hacia la Torre. Jonás no tiró de las riendas para frenarlo, de modo que los tres ocupantes de la carreta no tuvieron más remedio que agarrarse bien.

Rodeaba la Torre una alta verja de hierro. El caballo se detuvo frente a la puerta y se puso a piafar con impaciencia.

—Ya va, ya va —dijo Jonás, y alzó la mano.

—Espera —dijo Fenris de pronto; había clavado sus ojos al otro lado de la verja, donde una pequeña comitiva de gente se había reunido en torno a algo. —Creo que hay problemas —concluyó, frunciendo el ceño.

Salamandra gruñó. Odiaba los problemas. Ya había tenido bastantes.

Jonás ladeó la cabeza y miró a Fenris. El elfo suspiró y pronunció una palabra que Salamandra no entendió. Enseguida, la puerta de la verja se abrió sola, con un chirrido.

Salamandra no se sorprendió. Llevaba dos semanas viajando con el mago y el aprendiz, y había sido testigo de prodigios similares. La simple idea de que algún día ella también podría hacer eso la hacía estremecerse de pies a cabeza.

—Lleva a Alide al establo —ordenó Fenris, mientras tendía la mano a Salamandra para ayudarla a bajar del carro. Ella, sin embargo, rechazó su ofrecimiento con una sonrisa y saltó ágilmente al suelo.

Jonás se llevó el caballo, no sin antes dirigirle al elfo una mirada de preocupación e incertidumbre.

Fenris avanzó por el patio bordeado de rosales hasta las personas que estaban reunidas ante la puerta de la Torre, y Salamandra lo siguió.

Había dos chicos jóvenes, vestidos con túnicas. Salamandra los reconoció fácilmente gracias a la descripción que Jonás había hecho de ellos: se trataba de Conrado y Morderek. Conrado era un chico larguirucho que no paraba de sonarse la nariz. Morderek era algo más bajo, de pelo castaño largo, recogido en la nuca, y también parecía consternado. Junto a ellos había tres individuos muy cortos de estatura, fornidos, que lucían largas barbas. «Enanos», pensó Salamandra. No había visto muchos a lo largo de su vida, pero alguna vez alguno de ellos se dejaba caer por la ciudad, para comerciar con los humanos.

Presidiendo aquella extraña reunión había una mujer joven, alta y esbelta, que vestía una sencilla túnica blanca. Su cabello, negro como el ala de un cuervo, contrastaba con sus ropas y con su semblante pálido. Su único adorno consistía en un amuleto de plata que llevaba colgado al cuello con una fina cadena. La joya tenía forma de una luna en cuarto creciente que sostenía entre sus cuernos una estrella de seis puntas

Ella alzó la cabeza al verlos llegar, y Salamandra vio que tenía las mejillas húmedas.

—¡Fenris!

El elfo corrió a su encuentro, y los dos se fundieron en un abrazo. Salamandra sintió una punzada de celos, pero enseguida tuvo otras cosas en qué pensar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fenris, aún con el brazo alrededor de los hombros de la Señora de la Torre.

Los ojos de ella se dirigieron hacia un bulto inmóvil, tendido sobre un improvisado lecho en medio del patio. Era una mujer anciana, de raza enana, pálida y serena, con el cabello gris enmarcándole un rostro surcado de profundas arrugas, que yacía frente a los otros tres enanos.

—Maritta —susurró Fenris.

—El corazón —informó la Señora de la Torre con un suspiro. —Ya sabes, a su edad no habría debido trabajar tanto, todos se lo decíamos pero ya la conoces, era testaruda y cabezota como una mula.

Se secó otra lágrima.

Salamandra se dio la vuelta al sentir que Jonás se reunía con ellos. Vio que el chico se detenía a hablar con sus compañeros, y observó su expresión de incredulidad, primero, y de dolor, después, cuando Conrado le dijo lo que había sucedido. Jonás ahogó un grito y corrió junto al cuerpo inerte de la anciana.

—¡Maritta! —exclamó.

Se quedó mirándola un momento, con los ojos llenos de lágrimas. Salamandra se reunió con él.

—Lo siento —dijo. —No la conocía, pero, por lo visto, todos la queríais mucho.

Jonás suspiró.

—Era la cocinera de la Torre —explicó, secándose las lágrimas. —Gruñía mucho, pero era un pedazo de pan. Siempre podíamos contar con ella, para lo que fuera.

El sonido de unas ruedas de madera llamó la atención de Salamandra. Un cuarto enano avanzaba tirando de las riendas de una muía que arrastraba una carreta tras de sí. Conrado y Morderek se apartaron para dejarle paso.

Uno de los enanos carraspeó y se adelantó.

—Señora de la Torre —dijo con voz profunda, —ha llegado la hora.

La hechicera asintió. Avanzó hasta colocarse junto al cuerpo de Maritta y miró a su alrededor.

—Vosotros, habitantes de la Torre —dijo a Fenris y a los chicos, —sabéis más de la

vida y de la muerte que ningún mortal. Sabéis que en el fondo nada muere, y que Maritta seguirá con nosotros, de una manera o de otra. Hoy lloramos su pérdida porque la echaremos de menos. Pero todos sabemos que ella sigue existiendo en el Otro Lado.

Fenris asintió, pero Jonás, Conrado y Morderek no parecían muy convencidos. Salamandra se preguntó qué sabía la Señora de la Torre. «Más que ningún mortal», se dijo.

La maga se inclinó junto al cuerpo de su amiga muerta para depositar un beso sobre su frente arrugada y marchita. Susurró unas palabras en su oído, y Salamandra pudo oír algo que sonó como: «... dile que no lo olvido».

Pero la Señora de la Torre se enderezó con presteza y pronunció las palabras de un conjuro, y el cuerpo de Maritta se alzó lentamente del suelo para levitar en el aire.

Los cuatro enanos retrocedieron, intimidados. El cuerpo de Maritta descendió hasta posarse suavemente sobre la parte trasera de la carreta.

—¡Eh! —dijo Jonás—. ¿Adonde se la llevan?

—A casa, muchacho —respondió el conductor de la carreta, que parecía de más edad que los otros, con una cansada sonrisa. —De vuelta al hogar.

Sacudió las riendas y chasqueó la lengua, y la mula echó a andar. Jonás se apartó para dejar que el carro diese media vuelta.

La Señora de la Torre, el elfo y los cuatro jóvenes se quedaron un buen rato viendo cómo la carreta se alejaba lentamente, llevándose consigo los restos mortales de Maritta, flanqueada por la comitiva de enanos acompañaba en un silencio solemne y pesoso

También entre los habitantes de la torre hubo un largo, largo silencio. Salamandra se sintió embargada por la emoción y la tristeza, pese a no haber llegado a conocer a la fallecida.

Finalmente, la Señora de la Torre suspiró y se volvió hacia sus alumnos hacia sus alumnos.

—Tomaos el día libre si queréis La pérdida ha sido un duro golpe para todos nosotros.

Conrado y Morderek cruzaron una mirada. Se despidieron de su Maestra y del elfo con una inclinación, realizaron un gesto extraño con la mano... y desaparecieron sin más

Salamandra parpadeó perpleja. Se volvió hacia Jonás para asegurarse de él seguía allí. Pero entonces oyó la voz de la Señora de la Torre dirigiéndose a ella.

—De modo que acabas de llegar.

Y Salamandra la miró. La mujer había clavado en ella unos profundos ojos azules serenos y pensativo la chica creyó leer en ellos una, honda tristeza

—Fenris me ha dicho que ha visto en ti cualidades de maga —dijo ella. —Has llegado hasta aquí ¿Quieres quedarte en la Torre?

— No estoy segura —respondió Salamandra con sinceridad. —Todo esto es nuevo para mí.

La Señora de la Torre esbozó una calida sonrisa y Salamandra simpatizó enseguida con ella.

También lo fue para mí —confesó la hechicera. —Siento que hayas venido en un día tan triste. Todos somos como una familia, y Maritta era un miembro muy importante en ella.

—Lo comprendo, —asintió la chica.

Iba a añadir algo más, pero se quedó en blanco. Ella, habitualmente tan atrevida y locuaz, ahora no encontraba las palabras. La majestuosa Señora de la Torre la intimidaba.

Miró a Fenris en busca de apoyo, pero el elfo también tenía sus ojos almendrados fijos en la maga. En contra de lo que esperaba, Salamandra no sintió celos esta vez. Aun sin conocerla apenas, había algo en aquella mujer que inspiraba admiración y respeto.

—Señora... —empezó, pero ella la interrumpió con un gesto.

—Llámame Dana —dijo. —Cuando hayas tomado tu túnica, deberás llamarme Maestra... —sonrió. —Aunque, para hacer honor a la verdad, eso es una formalidad que no todos siguen aquí, en la Torre. Y tu nombre es...

Salamandra no respondió, de modo que la Señora de la Torre miró a Fenris, que sonrió, y a Jonás, que parecía bastante incómodo.

—Bueno... —dijo el muchacho. —En realidad, no sabemos... La llamamos...

—Salamandra —cortó la chica, con una amplia sonrisa.

—Me llamo Salamandra.

La Señora de la Torre sonrió, divertida. Su nueva alumna cruzó una mirada con Fenris, que le guiñó uno de sus ojos almendrados en señal de complicidad.

—De nuevo una jovencita en la Torre —comentó el elfo, sonriente, y miró a Dana. —También tú eras una niña cuando llegaste, ¿recuerdas?

—Sí —asintió ella. —Aún me parece oír refunfuñar a Maritta: «¡Una granjera! ¿Pero qué andará tramando ese viejo chivo?».

Fenris acogió la imitación con una franca carcajada. Jonás y Salamandra sonrieron, algo incómodos. La muchacha se dio cuenta de que ni siquiera el chico entendía del todo las palabras de su Maestra; seguramente, aquel recuerdo databa de muchos años atrás, antes de que él llegase a la Torre.

—Bah, pero no hace tanto de eso —siguió bromeando Fenris.

—No, no para ti —la hechicera lo miró de arriba abajo. —Tienes exactamente el mismo aspecto que la primera vez que te vi, hace más de quince años... que son apenas un suspiro para ti, oh longevo elfo...

Fenris sonrió.

Jonás carraspeó, y los magos volvieron a la realidad. Dana dirigió a Salamandra una sonrisa de disculpa.

—¿Quieres que lleve a Salamandra a su habitación, Maestra?

La Señora de la Torre seguía sonriendo cuando fijó su mirada en la chica, una mirada serena y acogedora.

—Qué más puedo decir —murmuró. —Bienvenida a la Torre. Si necesitas algo, cualquier cosa..., sabes que puedes contar conmigo.

Salamandra inclinó la cabeza.

—Muchas gracias. Espero no defraudarte y ser una buena maga.

Los ojos de Dana parecieron sonreír.

—Oh, lo serás —le aseguró; —no me cabe duda de que lo serás.

Se volvió hacia Fenris, que asintió. Ambos se despidieron de sus alumnos, dieron media vuelta y se alejaron por el jardín, hacia la verja. Salamandra se quedó mirándolos un momento. El brazo del elfo rodeaba la cintura de la Señora de la Torre, y la muchacha deseó por un momento poder estar en su lugar, y tener tanta confianza y amistad con aquel misterioso y fascinante hechicero.

—Eh —Jonás le dio un codazo, y Salamandra volvió a la realidad. —¿Subimos?

Entraron juntos en la Torre. Mientras subían por una enorme escalera de caracol, Jonás comentó:

—Es maravillosa, ¿verdad?

—Sí —asintió ella. —¿Qué hay entre los dos?

—¿Entre quiénes?

—Pues... Fenris y Dana. Parece como si...

—¡Oh, no lo creo! Son muy buenos amigos, casi como hermanos. De todas formas, los elfos no suelen enamorarse de mujeres humanas. Ellos viven entre ochocientos y mil años. ¿Te imaginas lo que debe de ser ver que tu pareja envejece mientras tú sigues siendo joven? Él seguirá teniendo el mismo aspecto cuando la Maestra ya sea una venerable ancianita.

Salamandra no sabía nada acerca de la longevidad de los elfos, y no le gustó nada enterarse.

Para no pensar en ello, cambió de tema:

—Es una lástima que Dana esté triste hoy. He llegado en mal momento.

—Oh, no creas. Ella está triste muy a menudo.

—¿Por qué?

—Ojalá lo supiéramos.

Fenris había acertado con respecto a Salamandra: era una maga. Tenía una sensibilidad especial para la magia, particularmente la magia del Fuego. Pero, según le explicó Jonás, antes de que pudiese siquiera soñar con empezar a practicar los hechizos del Libro del Fuego, el manual de estudios del cuarto grado, primero tendría que superar nada menos que tres niveles, con sus correspondientes exámenes. —Mira, es sencillo —le explicó el primer día. —Estudias el Libro de la Tierra, haces el examen, apruebas, pasas a segundo grado y cambias tu túnica blanca por una túnica verde, que significa que ya conoces los hechizos de Tierra. Después estudias el Libro del Aire, haces el examen y, si pasas, cambias la túnica verde por una azul y estás en tercer grado. Entonces estudias el Libro del Agua, haces el examen, apruebas, cambias la azul por la violeta del cuarto grado. Te empollas el Libro del Fuego, haces el último examen, que se llama la Prueba del Fuego y, si pasas...

—Si sobrevives —terció Morderek lúgubrementemente.

—Si pasas —repitió Jonás sin hacerle caso, —obtendrás la túnica roja y serás una maga consagrada.

—¿Por qué lleva entonces la Maestra una túnica blanca? —preguntó Salamandra con curiosidad.

—Bueno, no debería —dijo Morderek.

—No —confirmó Conrado. —Los Archimagos como ella visten una túnica dorada.

—Pero —concluyó Jonás, —la Maestra hace lo que quiere casi siempre.

Todo aquello, dicho así, parecía muy difícil, y Salamandra se sintió momentáneamente intimidada. Pero, en cuanto se enfundó la blanca túnica que la señalaba como estudiante de primer grado, y tuvo entre sus manos el Libro de la Tierra, su primer manual de hechizos, se sintió entusiasmada. Era de naturaleza voluntariosa y valiente, y, aunque no quisiera admitirlo ni siquiera ante sí misma, se moría de ganas de impresionar a Fenris con sus progresos. Pronto se habituó a la vida en la Torre, y no tardó en descubrir que era mucho mejor que la que había dejado atrás. Si bien al principio la decepcionó el hecho de que no hubiera clases magistrales, al cabo de un tiempo tuvo que admitir que aquel sistema era mucho mejor. Le dejaban libertad total para estudiar el Libro de la Tierra paso a paso; tenía a su disposición una enorme biblioteca a la que podía acudir siempre que quisiera, y un laboratorio y una pequeña salita de prácticas para ella sola. Y, por si le quedaban dudas, siempre que lo deseara podía acudir a consultar a Fenris o a la Señora de la Torre.

Gracias a Jonás, aprendió no solo a leer, sino también a hacerlo en arcano, el

lenguaje de la magia. Después de aquello, pudo avanzar por sí sola en sus estudios.

Así, siguiendo las instrucciones del Libro de la Tierra, aprendió a comunicarse con los animales y a escuchar lo que decían las plantas. Aprendió a hacer crecer una semilla en la palma de su mano, a preparar pócimas, a invocar a los espíritus del bosque..., pero también aprendió algo de medicina, botánica, zoología... Ninguna de las personas que había conocido en la ciudad sabía tanto como ella ahora. Y aún le quedaba mucho, mucho más por aprender...

Todos sus compañeros iban varios grados por delante de ella, de modo que Salamandra se sentía sola a veces, porque, aunque Jonás la ayudaba de vez en cuando, la mayor parte del tiempo él trabajaba con hechizos muy por encima de su nivel.

—Sería divertido practicar juntos —le comentó a su amigo un día. —Es una pena que no me hayáis traído antes a la Torre.

—Bueno, no te preocupes —intervino Morderek, que siempre tenía una oreja puesta en las conversaciones ajenas. —Seguramente pronto podrás practicar con Jonás, porque, como es tan vago, lo alcanzarás antes de que se presente a la Prueba del Fuego.

Jonás se puso rojo hasta las orejas. —Eso no es verdad —farfulló, pero Salamandra sabía que sí lo era; el chico no tenía mucha voluntad, y perdía bastante el tiempo en lugar de estudiar.

—Claro que es verdad —se burló Morderek sin piedad. —Eres el alumno más antiguo de la Torre y, sin embargo, aún estás en tercero. Conrado te pasó ya hace mucho...

—Conrado es diferente —se defendió Jonás. —Todos sabemos que no hace otra cosa que estudiar.

—¿Y yo qué? También llegué después que tú, y dentro de nada me presentaré al examen del Libro del Aire y tendré la túnica azul, como tú.

—Vale ya, Morderek —cortó Jonás, rojo como un tomate; miró a Salamandra de reojo, pero ella ya estaba pensando en otras cosas y no se percató del apuro de su amigo. Los meses pasaron sin sentirse. Un año después, Salamandra estaba a punto de hacer su primer examen, Conrado preparaba la Prueba del Fuego y Morderek había pasado a tercer grado, cambiando su túnica verde por una de color azul.

En cambio Jonás seguía en tercero, y Salamandra se preguntaba por qué. El chico era inteligente y habilidoso, y su amiga descubrió que apenas tenía problemas para memorizar los hechizos.

Si hubiera estado más pendiente de él, quizá se habría preocupado por ayudarle, pero lo cierto era que, aunque lo apreciaba como amigo, los ojos de Salamandra estaban siempre más atentos a los movimientos de una túnica roja por la Torre que a los ejercicios de magia de Jonás.

III LA ADVERTENCIA DEL SER INVISIBLE

Un día, Jonás asomó la cabeza por la puerta de la habitación de su amiga.

—Salamandra, la Señora de la Torre quiere hablar con nosotros.

Ella se quedó sorprendida, pero siguió a Jonás a través la Torre, que había aprendido a conocer como la palma de su mano. Llegaron al salón de reuniones, una gran habitación con las paredes forradas de gruesos tapices, y tomaron asiento junto a Conrado y Morderek; Conrado se sentaba muy tieso y nervioso, pero su compañero se había acomodado en el sillón como si estuviese en su cuarto; sus pies descansaban sobre el respaldo del sillón de delante.

—¿Qué pensáis que querrá decirnos? —preguntó Jonás.

—Bueno... —Conrado parecía incómodo. —Hoy es el aniversario, ya sabéis...

—¿El aniversario? —repitió Salamandra. —¿El aniversario de qué?

—Pues... hoy hace un año que Maritta nos dejó.

A Salamandra le costó un poco asociar el nombre con la mujer enana que se habían llevado en una carreta el día de su llegada. Desde entonces había en la Torre otra cocinera, una chica atolondrada y de pocas luces que se llamaba Tina. Salamandra suspiró, sin acabar de creerse que ya había pasado un año desde su llegada a la Torre.

Los chicos no tuvieron mucho tiempo para elucubrar. Dana entró en el salón, serena y majestuosa, y Morderek se apresuró a colocar los pies en el suelo. Pero la Señora de la Torre, en lugar de subir al estrado donde estaba la mesa presidencial, se sentó en un sillón, cerca de ellos, y les brindó una cálida sonrisa.

Salamandra le sonrió a su vez. Dana era una mujer extraña, reflexiva y distante, y a veces un tanto fría. Pasaba mucho tiempo asomada a las almenas, contemplando el horizonte, perdida en sus pensamientos, y nunca reía; pero sí sonreía a sus alumnos a menudo.

Salamandra no sabía ni podía imaginar qué secreta tristeza la atormentaba, pero intuía que el trato con Jonás, con ella y con los demás chicos la calmaba y, de alguna manera, la devolvía a la vida. Dana siempre había sido buena y amable con ellos, aunque Salamandra suponía que también podía llegar a ser muy severa y estricta, si la situación lo requería. En aquel año apenas había habido motivos para que ella se enfadase, pero la chica no tenía más que ver cómo la Señora de la Torre imponía respeto al mismísimo Morderek con su sola presencia, y ello le indicaba que la hechicera ya había metido en cintura a su insolente alumno mucho tiempo atrás.

—Hola, buenas tardes —saludó Dana. —Gracias por venir tan pronto. Tengo algo que decirnos.

Calló un momento, creando un silencio expectante en el salón.

—No he sido yo —dijo Morderek rápidamente.

Conrado ahogó una risita, y Jonás y Salamandra sonrieron ampliamente.

—¿Estás seguro? —Dana miró a Morderek fijamente, y el chico se puso pálido y tartamudeó.

—So... sólo era una broma. No... no creerás que he hecho algo malo, ¿verdad?

Dana volvió a sonreír.

—No —dijo al fin. —No, que yo sepa, y generalmente sé bastante de las cosas que pasan por aquí —clavó una mirada reprobatoria en la eterna túnica azul de Jonás, y el chico

enrojeció. —¿Qué hay del examen?

—No estoy preparado aún —dijo Jonás rápidamente, pero Dana movió la cabeza.

—Ya hablaremos —le advirtió, y Jonás tragó saliva.

La Señora de la Torre miró a todos sus alumnos y dijo:

—En fin, os he reunido aquí para anunciaros que he recibido una comunicación del Consejo de Magos, pronto habrá una nueva alumna en la Torre.

Hubo un silencio sorprendido.

—¿Y eso es todo? —soltó de pronto Morderek. —Cuando Salamandra vino el año pasado no nos dijiste nada. No es propio de los magos anunciar su llegada.

—Se trata de una alumna muy especial —repuso Dana despacio, pasando por alto el tono impertinente de Morderek. —Parece ser que su familia no estaba de acuerdo con que la mandaran aquí, y ella tampoco viene a gusto —hizo una pausa; prosiguió después, visiblemente incómoda. —Quizá os traiga problemas, pero me gustaría, por favor, que la tratéis bien para que llegue a sentirse como en su casa...

Morderek resopló por lo bajo.

—... o la Torre podría tener dificultades dentro de poco —concluyó Dana. —Su familia es muy, muy influyente.

—Ni que fuera una princesa —rezongó Morderek.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Jonás enseguida.

—Pues, en realidad... —empezó Dana, pero, súbitamente, calló y fijó su mirada en algún punto al fondo del salón de reuniones.

Los chicos se volvieron, pero no vieron nada ni nadie allí. Sin embargo, parecía evidente que había algo, la Señora de la Torre se había puesto mortalmente pálida, y sus ojos seguían abiertos de par en par.

—Maestra... —la llamó Conrado tímidamente.

Dana volvió a la realidad. Se volvió hacia sus aprendices y murmuró:

—Disculpadme un momento. Ahora vuelvo.

Se levantó rápidamente y abandonó el salón, con un revoloteo de su túnica blanca.

Los cuatro jóvenes tardaron un poco en hablar.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Jonás, preocupado.

—No lo sé —Conrado estaba muy inquieto, y no paraba de lanzar miradas nerviosas al lugar donde se suponía que Dana había visto algo fuera de lo corriente. —¿Qué creéis que puede haber percibido?

—Eh, tú deberías saberlo —gruñó Morderek. —Ya estás en cuarto.

—Bueno, la lista de manifestaciones espirituales y demoníacas es larguísima —se defendió el interpelado, —y ella es una Archimaga. Puede haber sido cualquier cosa.

—¿Y si le preguntamos a Fenris? —intervino Salamandra.

—¡Tú siempre encuentras excusas para buscar a Fenris! —protestó Jonás, picado.

—¡Eso no es verdad!

—Eh, eh —dijo Conrado, conciliador. —Fenris ha ido al bosque, y ya sabéis que allí no hay quien lo encuentre... supongo que es porque él no se deja encontrar, por otro lado. ¿Por qué no aguardamos a que vuelva la Maestra, simplemente? Al fin y al cabo, ha dicho que la esperemos aquí.

Eso hicieron, pero Morderek no aguantó mucho. Un buen rato después, anunció que ya estaba hartado, y se fue.

Salamandra también estaba nerviosa.

—Voy a buscarla —dijo, y, antes de que nadie pudiera impedirselo, salió del salón.

Subió casi corriendo por la enorme escalera de caracol que vertebraba la Torre, hasta llegar a las almenas. Se asomó, pero no vio a Dana allí, de modo que siguió subiendo hacia la cúspide, donde estaban los aposentos privados de la hechicera.

Fenris le había contado que, tiempo atrás, antes de que Dana gobernara en aquella escuela, las habitaciones más allá de las almenas habían estado rigurosamente prohibidas para los alumnos. Sin embargo, a Dana no le molestaba que los aprendices subieran de cuando en cuando a consultarle dudas, siempre que llamaran a la puerta.

Salamandra llegó por fin a su destino: un descansillo con cuatro puertas. Una de ellas daba a la habitación de Dana; otra, a su laboratorio; la tercera, a su despacho.

La cuarta habitación estaba sellada, y Salamandra se preguntó, como cada vez que subía allí, qué habría detrás...

La distracción de sus pensamientos la voz de Dana, que procedía del otro lado de la puerta del despacho, que estaba entreabierta.

—... he esperado tanto tiempo, tanto tiempo... Dime, ¿por qué no has venido a verme en todos estos años?

Salamandra aguzó el oído, pero no oyó la respuesta.

—Te he echado de menos todos los días de mi vida —siguió diciendo la Señora de la Torre, tras una pausa. —No sé si habría sido o no más duro para mí verte solo de vez en cuando por poco rato. Pero estoy dispuesta a averiguarlo. Ahora que has vuelto...

Calló súbitamente, pero enseguida prosiguió:

—¿La maldición? ¿Y crees que me importa? —sus palabras tenían, de pronto, un dejo amargo—. No tengo miedo, Kai.

Salamandra parpadeó, perpleja. No conocía a nadie llamado «Kai». Se acercó a la puerta y espío por la rendija abierta, con precaución.

—Sé que te preocupas por mí —dijo la Señora de la Torre con ternura. —Siempre lo has hecho, y te lo agradezco, y no te imaginas... no te imaginas lo que supone para mí verte otra vez, después de tanto tiempo...

Su voz se quebró, y Salamandra la oyó sollozar. Abrió un poco más la puerta para asomarse al interior, y reprimió una exclamación de sorpresa.

Dana estaba sola. Se había apoyado sobre la enorme mesa de roble con runas talladas que presidía su despacho, y lloraba.

—Te he echado tanto de menos... —gimió. —Y ahora me dices... que te marchas otra vez y que no volverás. Que solo has venido a advertirme...

Salamandra vio que Dana alzaba un momento la cabeza, como si escuchase una voz que solo ella pudiese oír. La hechicera exhaló un profundo suspiro.

—Sí, lucharé —asintió—. Te prometí que seguiría viviendo, y no creas que no me cuesta... pero no voy a salir huyendo, no, no lo haré. Ellos son ahora lo único que me ata aquí, Kai, lo sabes. Y digas lo que digas no pienso abandonar la Torre.

Se levantó bruscamente.

—Sé que lo haces por mi bien —añadió, —pero quiero que me comprendas.

De nuevo calló, como si escuchara la respuesta. Después dijo:

—Un año... la maldición ha de cumplirse... sí, eso lo sé. Sé lo que hicimos, y sé que hemos de pagar por ello. Por eso no voy a salir corriendo. Si él vuelve por mí, que lo haga. Ya no le tengo miedo. No temo a la muerte; para mí ya no es más que una vieja amiga.

Nuevo silencio.

—¿Algo peor que la muerte? —dijo Dana. —¿Qué quieres decir?

Salamandra sintió de pronto una mano sobre su hombro y lanzó una exclamación involuntaria. Dana se volvió enseguida hacia ella, sorprendida.

—Señora de la Torre —dijo la suave y melodiosa voz del elfo Fenris, —me parece que te espiaban.

Dana miró a Salamandra, que creyó morir de vergüenza. Pero en los ojos de la Señora de la Torre había un brillo especial. A pesar de la arruga de preocupación que marcaba su frente, su rostro resplandecía de felicidad.

—Salamandra... —dijo Dana; trataba de poner un tono severo en su voz, pero se notaba que estaba pensando en otra cosa.

—¿Qué es eso de la maldición? —preguntó la aprendiz enseguida.

Vio que Fenris alzaba la cabeza para mirar a Dana y repetía:

—¿Maldición?

Dana asintió, miró a su amigo y dijo con un suspiro:

—Estaba empezando a preguntarme por qué tardaba tanto en vengarse.

Fenris frunció el ceño. Se inclinó para mirar a Salamandra a los ojos.

—Chiquilla —le dijo con cierta dulzura. —Estás cansada, ¿verdad?

—Nnn... —empezó ella, pero sus ojos estaban fijos en la hipnótica mirada color ámbar del elfo. —No —pudo decir, antes de caer totalmente dormida en sus brazos.

Dana se quedó un momento en silencio, observando la puerta por donde Fenris acababa de salir, llevándose consigo a la muchacha dormida.

—¿Comprendes ahora por qué no puedo marcharme? —murmuró.

De entre las sombras surgió una figura que se acercó a ella sin ruido. La Señora de la Torre se volvió hacia ella.

—¿Lo comprendes, Kai?

Él alzó la cabeza, pero no dijo nada. Se trataba de un muchacho de unos dieciséis o diecisiete años, rubio, de ojos verdes y expresión seria.

—He recorrido la Torre —dijo él con lentitud. —He visto a todos sus habitantes. Son casi todos aprendices muy jóvenes, Dana. No podréis vencerlo.

Dana respiró hondo.

—Si no te marchas —añadió Kai—, vendrá a buscarte, y es muy posible que esos chicos a los que intentas proteger salgan perjudicados.

Dana se acercó al ventanal para mirar a través del cristal, como buscando una escapatoria a aquel dilema. El Valle de los Lobos se extendía ante ella, silencioso y sombrío.

—Estoy en una encrucijada, Kai —confesó. —Quizá debería acudir a su encuentro y enfrentarme a él...

El muchacho frunció el ceño.

—Dana... —empezó, pero ella lo interrumpió con un gesto.

—Sé lo que vas a decirme. Sé que quieres protegerme, pero tengo una responsabilidad. Tú también tenías una responsabilidad, ¿lo recuerdas? Tú deberías comprenderme mejor que nadie.

Kai inclinó la cabeza.

—Quizá deberías pedir ayuda al Consejo de Magos —sugirió.

—No me escucharán. No confían en mí.

—¿Por qué no?

Kai se irguió, indignado. Dana lo tranquilizó con un gesto y una sonrisa.

—Quizá haya una posibilidad, al fin y al cabo —dijo. —Probablemente nos visite mañana uno de los miembros del Consejo. Será una buena oportunidad para tantear el terreno, ¿no crees?

Kai todavía parecía preocupado. Se acercó a la hechicera para acariciarle el pelo, y ella se estremeció. Alzó la mano para coger la del muchacho, pero sus dedos pasaron a través de los de él, como si Kai fuese de humo. Dana inspiró profundamente.

—Casi había olvidado el dolor que se siente por dentro cuando es tan evidente que tú y yo no somos iguales —murmuró.

Kai desvió la mirada.

Alguien carraspeó suavemente y les hizo girarse hacia la puerta. Fenris acababa de llegar.

—La he dejado en su cuarto, dormida —informó. —Despertará mañana, pero no sé qué voy a contarle para que deje de hacer preguntas. Por cierto, Dana, ¿qué está pasando?

La Señora de la Torre le dirigió una mirada clara y límpida, llena de emoción contenida.

—Es Kai —dijo solamente. —Kai ha vuelto.

Fenris dio un respingo y abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras.

—¿Qué...? ¿Por qué...?

Miró hacia todos lados, en busca del chico que hablaba con Dana. Kai seguía junto a ella, pero el elfo no lo vio.

—Estoy aquí, Fenris —murmuró.

El mago tampoco pudo oír su voz. Kai sonrió amargamente.

—¿Cómo ha vuelto, y por qué? —preguntó Fenris.

—Tuvo un encuentro... bastante desagradable, por así decirlo —respondió Dana, mirando a Kai, que se había puesto serio de repente. —Ha vuelto para advertirnos de que un grave peligro acecha a la Torre, pero después... tendrá que marcharse.

—Lo suponía —asintió Fenris, pensativo. —En cuanto a ese peligro... creo saber de qué se trata.

—Parece peor de lo que imaginas —continuó Dana. —Kai le oyó decir que preparaba algo... "especial" para nosotros —se estremeció. —Un destino peor que la muerte.

—¿Peor que la muerte? —repitió Fenris, frunciendo el ceño. —¿Qué puede ser peor que la muerte? Aunque, en realidad, para ti la muerte no...

No terminó la frase. Miró a Dana y descubrió un brillo apenado en sus ojos. Por el rostro juvenil del elfo cruzó una sombra de preocupación.

—Entiendo. Podremos vencerlo de nuevo, ¿no?

—No lo sé, Fenris. No lo sé. Nos jugamos mucho más que la vida, ¿sabes? El futuro de la Torre pende de un hilo. Si el Consejo se entera de esto...

—Dana, ¿eres consciente de que la nueva alumna está a punto de llegar?

—Bueno —intervino Kai. —¿Y qué significa eso?

Dana lo miró y sonrió tristemente.

—Solo significa una cosa, Kai más problemas.

IV DOS VISITANTES

A Salamandra la despertó, cuando el sol estaba ya muy alto, la voz de Jonás.

—¡Eh, arriba, dormilona! ¡Ha llegado la nueva!

Salamandra tardó un poco en reaccionar. Oyó el sonido de su puerta al cerrarse, y aún llegó a distinguir un rumor de pasos apresurados alejándose por el pasillo.

Abrió lentamente los ojos, algo confusa. Tenía la sensación de que el día anterior había pasado algo importante, pero no habría sabido dilucidar si había sucedido de verdad o simplemente lo había vivido en sueños.

Todavía aturdida, se levantó, se vistió y bajó a lavarse al patio. Algo más despejada, recordó las palabras de Jonás, y se puso a buscarlo por la Torre, intrigada.

Lo encontró en el estudio de Morderek, una habitación abarrotada hasta el techo de jaulas que contenían una gran variedad de animales, desde ratones o ardillas de lo más común hasta extraños pájaros de plumas doradas, o reptiles de dos cabezas, o pequeños mamíferos traídos de los más' alejados continentes.

Salamandra no se entretuvo en mirar a su alrededor; en el centro de la estancia se habían reunido sus tres compañeros, en torno a un objeto que estudiaban con atención. Solo Conrado reaccionó al oír la entrar, sobresaltándose y dirigiéndole una mirada de culpabilidad.

—¿Qué...? —empezó ella, pero Morderek la hizo callar con un gesto.

Entonces Salamandra se dio cuenta de que estaban mirando una bola de cristal.

—¿Habéis cogido el Óculo de Fenris para espiar? —empezó, indignada, pero Jonás la cortó:

—¡Dana tiene problemas!

Y Salamandra tiró todos sus escrúpulos por la borda para unirse al conciliábulo, haciéndose un hueco entre Conrado y Jonás.

El objeto mágico mostraba el despacho de la Señora de la Torre. Ella estaba de pie frente a su mesa, observando gravemente a una joven elfa de rasgos delicados y aristocráticos, que se cubría la cabeza con la capucha de una suave capa de piel inmaculadamente blanca. La joven sostenía su mirada sin pestañear, con una expresión gélida. Su semblante pálido parecía de porcelana, y en él brillaban unos enormes ojos almendrados de color verde, de un tono que parecía más felino que humano.

—Es Nawin —susurró Jonás. —La nueva.

—Sí —dijo Morderek. —¿Y adivinas qué? ¡Sí, es una princesa!

—¡Venga ya! —soltó Salamandra, sorprendida. Centró entonces su atención en la imponente figura, ataviada con una túnica dorada, que se erguía detrás de Nawin. Se trataba de una mujer elfa, que alzaba la barbilla con gesto decidido y enérgico. Su abundante cabellera de color castaño claro, salpicada de pequeñas cuentas brillantes como estrellas, caía por su espalda como un manto. Sus ojos eran de un profundo tono zafiro, como el del cielo después de la puesta del sol.

—¿Quién es? —preguntó Salamandra.

—Nada menos que Shí-Mae, una leyenda en el Consejo de Magos —respondió Conrado, estremeciéndose.

—Bueno, ¿y qué hace ella aquí?

—¡Silencio! —gruñó Morderek.

Los cuatro se concentraron de nuevo en la imagen que les ofrecía el Óculo.

Dana había apartado la mirada de Nawin para clavarla en la Archimaga que la

acompañaba.

—¿Cuál es el problema? —preguntó suavemente.

Los ojos de Shi-Mae se estrecharon peligrosamente. Había cruzado los brazos sobre el pecho, y todo en su actitud indicaba que no le hacía gracia estar allí.

—La princesa posee grandes cualidades —dijo, y su voz sonó dulce y melodiosa como la de un ruiseñor, pero con un dejo de impaciencia.

Dana siguió sosteniendo su mirada, esperando que añadiera algo más. Como no lo hizo, se encogió de hombros y comentó:

—Sí, eso parece evidente. Pero sigo sin ver cuál es el problema.

Shi-Mae alzó la cabeza despreciativamente, y explicó con lentitud, como si hablase con alguien corto de entendederas:

—Los magos elfos sugerimos en el Consejo que la envíen a un lugar digno de su talento.

—Ah —dijo Dana. —La Torre no es digna del talento de Su Alteza, ¿es eso?

Shi-Mae no respondió, pero su silencio fue bastante elocuente. Dana se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo. —Que se vaya, entonces.

Los ojos de Shi-Mae lanzaron un destello de advertencia.

—Sabes muy bien que ha de acatar las normas del Consejo de Magos, Señora de la Torre —dijo suavemente, aunque en su voz vibraba un tono de ira contenida.

Dana sonrió levemente.

—No sabes cómo lo siento, Archimaga. ¿Debo suponer por tus palabras que me consideras responsable de la decisión del Consejo? Sabes que no pertenezco a él.

—Debes suponer que tanto los magos elfos como la familia de la princesa están muy disgustados con esa decisión.

—¿Y te han enviado a ti para hacérmelo saber?

—Me han enviado a mí para que me asegure de que la Torre cumple todos los requisitos indispensables para ser considerada una Escuela de Alta Hechicería digna de que un miembro de la realeza élfica estudie en ella. Todos conocemos la irregularidad del historial de este lugar...

Dana no respondió a la provocación, de modo que Shi-Mae siguió hablando:

—Doy por sentado que sabes lo que significaría un informe negativo presentado al Consejo de Magos...

Dana palideció levemente, pero no movió ni un músculo.

En el estudio de Morderek, Salamandra se estremeció.

—No estará hablando de cerrar la escuela, ¿verdad?

Esta vez fue Jonás quien la hizo callar.

Shi-Mae seguía hablando.

—¿Cómo voy a permitir que la princesa acepte por Maestra a una advenediza que ni siquiera ostenta la túnica dorada que hace honor a su rango?

—Estoy de luto —repuso Dana lacónicamente.

—Tu luto dura ya diez años, Señora de la Torre. Dana alzó la mirada para clavarla en los ojos de Shi-Mae.

—Mi luto durará hasta que yo lo decida —replicó. —El Consejo no es quién para juzgar el alcance de mi pérdida.

—Conmovedor —dijo Shi-Mae con ironía. —Resulta incomprensible que llores por haber perdido algo que en realidad nunca tuviste.

Dana se irguió, como movida por un resorte.

—¿Cómo te atreves? ¡Estás en mi casa! No olvides que sigo siendo una Archimaga, igual que tú.

Shi-Mae ladeó la cabeza con una sonrisa de suficiencia y avanzó unos pasos hasta colocarse junto a la princesa Nawin, que no se había movido, y seguía erguida frente a Dana, como una estatua de mármol.

—Eres una Archimaga, pero no eres como yo le espetó a la Señora de la Torre. — Todos saben en el Consejo cómo obtuviste el poder del unicornio. Todos saben que pesa una maldición sobre ti y sobre la Torre y todos sus moradores.

En aquel mismo instante una forma rojiza empezó a tomar cuerpo en la habitación.

Aunque estaba a salvo en el estudio de Morderek, Salamandra no pudo evitar sentirse inquieta, hasta que el recién llegado se materializó por completo en el despacho de Dana, y los chicos vieron que se trataba de Fenris.

Los ojos del mago se encontraron con los de Shi-Mae, y él se sobresaltó.

—¿Sorprendido? —susurró la elfa, que no parecía estarlo lo más mínimo—. Qué extraño; eres tú el que llega de súbito sin llamar a la puerta.

—Tú —dijo Fenris con voz ronca. —¿Qué haces aquí?

Shi-Mae se encogió de hombros.

—Motivos de trabajo. ¿Y tú? ¿Todavía correteas por los bosques bajo la luna llena?

Fenris palideció.

—Ya basta —intervino Dana, cansada. —Ya nos has ofendido bastante, Shi-Mae. Márchate con tu protegida o déjala aquí y haz tu inspección, lo que prefieras. Pero, por favor, hazlo rápido.

Shi-Mae sonrió de nuevo.

—De entrada —dijo, —creo que deberías vigilar que tus alumnos no espíen a través de los Óculos de sus Maestros.

En el estudio de Morderek reinó enseguida el desconcierto.

—¡Nos ha descubierto! —gimió Conrado; un papagayo chilló desde una de las jaulas, y el chico dio un salto del susto.

—¡Todo el mundo fuera! —decretó Morderek, alarmado, y los echó a todos con cajas destempladas.

La reunión de espías se disolvió rápidamente, y Salamandra se encontró de pronto sola en el corredor, con el Óculo entre las manos.

Mascullando contra sus compañeros, que la habían abandonado con el cuerpo del delito a la menor señal de peligro, Salamandra decidió que lo mejor que podía hacer era acudir al estudio de Fenris para dejar el Óculo donde estaba.

Recorrió la Torre con el objeto mágico cuidadosamente cogido entre las manos, llena de malos presagios acerca de la llegada de Nawin y Shi-Mae. Cuando por fin llegó a su destino vio que la puerta del estudio estaba abierta, y que Fenris no se hallaba en su interior.

Antes de guardar el Óculo, sin embargo, no resistió la tentación de echar otro vistazo.

Lo que vio la dejó un poco sorprendida al principio, hasta que recordó, de pronto, lo que había presenciado en el despacho de Dana el día anterior.

La bola de cristal le mostraba a la Señora de la Torre, de nuevo sola en su despacho, hablando con un ser a quien solo ella podía ver y oír.

—¡Pero tengo responsabilidades! —decía ella. —¡Maldita sea, tengo a los elfos en mi contra, al Consejo estudiando la Torre con lupa y a Shi-Mae metiendo las narices en todo! ¿De dónde quieres que saque tiempo para proteger la Torre de la maldición? ¡Te necesito a

mi lado, Kai, tienes que quedarte!

Kai debió de contestar algo que no gustó a Dana, porque respondió rápidamente:

—¡Tiene que haber alguna manera! Ya no soy una simple aprendiz, tengo mucho, mucho poder, ¿sabes? Y no voy a dejarte marchar otra vez. Encontraré la manera de que estemos juntos, te lo prometo. Tú solo dame tiempo.

Dana se paseaba nerviosa arriba y abajo, jugueteando inconscientemente con el colgante de plata que siempre llevaba al cuello. De pronto, la Señora de la Torre se paró y lo miró, pensativa. Alzó la cabeza y se volvió hacia un lado, donde se suponía que estaba su interlocutor invisible.

—¿Crees que podría vincularte a un objeto? —le preguntó.

Escuchó la respuesta con atención, y se apresuró a aclarar:

—No sería una vinculación completa, claro. Pero no es un hechizo complicado. Ahora que estás en este mundo, puedo hacerlo sin problemas. Tendrías que quedarte cerca del amuleto, por supuesto, pero de todas formas siempre lo llevo puesto. ¿Qué opinas?

La respuesta pareció ser afirmativa, porque Dana sonrió y dijo:

—Bien. Entonces realizaré el conjuro esta misma tarde.

Abrió uno de los cajones de su mesa y guardó dentro el colgante. Después se volvió de nuevo hacia su invisible acompañante.

—No nos quedan muchas opciones —dijo. —No pienso salir huyendo, pero ya has visto que tampoco puedo pedir ayuda a Shi-Mae, —estaría encantada de echarnos a todos de la Torre. No sé qué voy a hacer.

Nuevo silencio. Dana se sentó tras la mesa de su despacho, pensativa. De pronto Salamandra la vio sonreír con ternura.

—Juntos, sí —murmuró la Señora de la Torre. —Juntos haremos frente a la maldición y sacaremos la Torre adelante.

Movió la cabeza, como si estuviera disfrutando de una caricia, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Alzó la mano y la deslizó por el aire, frente a ella, como si acariciase el rostro de una persona que solo ella podía ver. Sin embargo, sus dedos se movían vacilantes, y finalmente cerró el puño con rabia y emitió un gemido de impotencia.

—Maldita sea —susurró. —Ojalá pudiera tocarte, por una vez en mi vida.

Salamandra decidió que ya había visto bastante. Confusa y avergonzada, veló el Óculo de nuevo y lo guardó en su sitio.

Volvió a su habitación llena de incertidumbre y dudas acerca de lo que había visto... o lo que no había visto. ¿Quién era ese tal Kai? ¿Existía de veras, o era un producto de la desbocada imaginación de una mente enferma? ¿Estaba Dana en sus cabales, o, por el contrario, se había vuelto loca tiempo atrás? ¿O tal vez padecía alucinaciones a causa de alguna droga?

Salamandra sacudió la cabeza. La Señora de la Torre siempre había sido amable con ella, pero tenía que reconocer que era bastante rara. Por los comentarios que Shi-Mae había hecho acerca de su luto, Salamandra dedujo que Kai podía ser alguien muy querido por Dana, tal vez un antiguo amor que había muerto tiempo atrás. Pero los muertos no volvían a dejarse ver por los vivos, ni siquiera por los magos más poderosos. «Quizá ella nunca lo aceptó, y cree que todavía está vivo, y que viene a verla», pensó la chica, y se estremeció. Sabía de ancianas viudas que decían hablar con sus maridos muertos. En realidad no los veían; o mentían para hacerse las interesantes, o bien no andaban bien de la cabeza.

La idea de que su Maestra estuviera loca no resultaba muy tranquilizadora, así que Salamandra intentó buscar otra explicación. Kai podía ser el producto de una invocación;

Dana era lo bastante poderosa como para hacer algo semejante. Pero seguía habiendo un detalle preocupante: el tono con que la hechicera se dirigía a su invocado. «Cuando invocas a un ser de otro plano», se dijo Salamandra, «le dices "¡Obedece a tu amo y dime lo que quiero saber!", o algo parecido. No le susurras palabras de amor. Y, de todas formas, ¿quién se enamoraría de un genio, un demonio o un elemental?»

Absorta en sus pensamientos, Salamandra no se dio cuenta de que alguien doblaba la esquina, y tropezaron. La otra persona soltó algo en élfico, que sonó bastante irritado.

—Lo siento —dijo Salamandra mecánicamente.

Entonces vio que se trataba de Nawin. La joven princesa se sacudió el vestido (no era un vestido, observó entonces Salamandra, sino una blanca túnica de aprendiz, ricamente bordada con hilo de oro y cuentas brillantes) y le lanzó una mirada llena de desprecio.

Salamandra sintió que la inundaba la ira.

—Ya he dicho que lo siento —gruñó. —No hace falta que me mires así, no voy a contagiarte nada.

Ella no se molestó en responder. Se envolvió en su capa y siguió andando pasillo arriba.

—Elfa engreída —masculló Salamandra.

La princesa murmuró algo entre dientes. Salamandra oyó perfectamente que decía, con un fuerte acento élfico:

—Patética humana.

Sintió que se le encendía la cara de ira.

—¿Cómo has dicho?

Nawin seguía andando, sin volverse, de modo que Salamandra corrió tras ella y la cogió del brazo, obligándola a mirarla.

—Óyeme bien, niña bonita. Aquí no vamos a besar la tierra que pisas, así que vete acostumbrando o regresa a tu palacio de cristal y déjanos en paz.

Los labios de Nawin se contrajeron en una mueca de odio. Solo dijo tres palabras, duras y gélidas:

—No me toques.

Salamandra soltó su brazo de inmediato, como si la elfa estuviese apestada. Nawin le dirigió una breve mirada y preguntó:

—No tienes idea de en qué antro has ido a caer, ¿verdad?

Salamandra cedió a la provocación.

—¡La Torre no es ningún antro! Ni tú ni esa Shi-Mae tenéis derecho a...

La rabia ahogó sus palabras. Nawin se limitó a mover la cabeza, con calma.

—No sabes nada de tus Maestros, ¿eh? No sabes cómo llegó esa Dana a ser Señora de la Torre, ni sabes quién es ese elfo que la acompaña a todas partes.

Salamandra saltó ante la mención del mago.

—Ese elfo es Fenris, y es mi amigo. Eso me basta.

Nawin clavó en ella sus ojos verdes.

—Es evidente que no conoces muy bien a tu "amigo" —dijo, poniendo una especial ironía en la palabra. —Si supieras de él lo que sabemos en el reino de los elfos, no volverías a acercártele. Un elfo nunca es desterrado de su hogar sin una razón de peso, y... créeme... en su caso había una razón de mucho peso. No podrá volver nunca más.

Salamandra se quedó de piedra. Nawin había sabido poner en sus palabras el veneno de una víbora sin llegar a perder su acento dulce y musical, y la muchacha tuvo que reprimir las lágrimas de odio y rencor que acudieron a sus ojos.

Con un grácil movimiento, la princesa elfa se apartó de ella y siguió su camino.

—¡No te creo! —chilló Salamandra a sus espaldas. —¡No eres más que una niña rica, consentida y engreída!

Nawin no se molestó en girarse, ni en contestar.

—¡Salamandra! —dijo la voz de Jonás tras ella.

La chica se sobresaltó. Su amigo parecía seriamente preocupado.

—¿Qué has hecho? ¡Debías ser amable con ella! Si se lo dice a Shi-Mae...

—No me importa —susurró la muchacha, y, apartándolo de un empujón, echó a correr hacia su cuarto, confusa y con las mejillas encendidas.

Shi-Mae descendía por la gran escalera de caracol con paso sereno y elegante. Los pliegues de su túnica dorada crujían al deslizarse sobre la fría piedra.

Al pie de la escalera la esperaba Fenris.

El mago elfo alzó hacia ella sus ojos ambarinos y la miró con seriedad. Ella levantó la barbilla con orgullo.

—Shi-Mae —dijo él.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ella en élfico.

Fenris sonrió con amargura. Se le hacía extraño oír a alguien hablar en su idioma materno, después de tanto tiempo.

—¿Por qué has venido?

—No es por ti, te lo aseguro —replicó ella ásperamente.

Nawin será algún día reina de los elfos, y debo asegurarme de que reciba una educación que esté a la altura de su talento.

Fenris asintió, pensativo. —Sabes que estás en mis dominios, ¿no?

—Shi-Mae se irguió y lo miró con fiereza. —¿Osas amenazarme?

—No me trates como si fuera un aprendiz, Shi-Mae. No he olvidado lo que hubo entre tú y yo. No he olvidado que me juraste amor eterno.

Shi-Mae le lanzó una mirada llena de rencor. —Entonces yo era joven e ingenua. Salí de la Escuela del Bosque Dorado con un magnífico expediente. Superé la Prueba del Fuego, me convertí en Archimaga después de muchos años de estudio y esfuerzo. ¿Cómo puedes pensar que sigo siendo la misma?

—No estás casada —observó él. —La magia ocupa todo mi tiempo. —Shi-Mae hizo ademán de seguir andando, pero Fenris se interpuso en su camino.

—Tampoco he olvidado lo que dijiste de mí el día del juicio —dijo con voz ronca. —Creo que no tuve oportunidad de agradecer tus "amables" palabras. Gracias a tu testimonio me sacaron de la sala arrastrándome como un perro, y los arqueros de Su Majestad me persiguieron por el bosque como a una alimaña, hasta que, herido y atormentado, pude escapar del Reino de los Elfos. ¿Dónde estabas tú entonces, Shi-Mae? ¿En una de tus fiestas de alta sociedad? ¿Fue así como obtuviste el rango de Archimaga?

—¡Cállate! —bramó ella; las palabras de Fenris habían logrado hacerle perder la compostura. —No merecías seguir entre nosotros, criatura monstruosa. No sé cómo pude... —¿Cómo pudiste quererme? —completó él. —¿De verdad? ¿Sentiste algo por mí alguna vez, Shi-Mae? ¿O era otra de tus mentiras?

—No mentí en el juicio, lo sabes muy bien. Yo no tengo la culpa de tu desgracia.

Se libró de él y siguió caminando por el corredor, sin mirar atrás. Fenris la observó con gesto torvo.

—Me traicionaste —dijo.

—No, tú me traicionaste a mí —corrigió ella sin volverse; no pudo ocultar en su voz un

tono de sorda rabia. —¿Cómo iba a casarme con un monstruo como tú? ¿Cómo crees que me sentí al descubrir...?

No terminó la frase. Se desvaneció en el aire y desapareció de allí, como un suspiro.

Fenris quedó solo al pie de la escalera. Sus ojos almendrados seguían fijos en el lugar donde Shi-Mae había estado apenas unos momentos antes.

—Me traicionaste —repitió para sí mismo en un susurro, perdido en los recuerdos del pasado.

V
LA DESAPARICIÓN DE DANA

Era noche cerrada. En su habitación, en la cúspide de la Torre, Dana dormitaba en un sueño intranquilo, respirando entrecortadamente.

Fuera, los lobos aullaban desde las montañas.

—Dana.

La Señora de la Torre abrió los ojos casi enseguida. Se volvió hacia la ventana. Allí, recortada contra la luna creciente, estaba la silueta de Kai, sentado sobre el alféizar. Dana se relajó un tanto, pero apreció que su postura tensa no era natural en él.

—¿Qué es lo que pasa, Kai?

Él le tendió la mano.

—Dame la mano, Dana.

Ella se irguió y susurró una palabra mágica. El candil mágico que reposaba sobre la mesa se iluminó inmediatamente, bañando la habitación en una suave luz vacilante.

Dana observó el rostro de Kai. El muchacho se había incorporado y se alejaba del alféizar, desde donde solía velar el sueño de su amiga, para acercarse a ella.

—Dame la mano —repitió.

Dana se apartó de la cara la larga melena negra y alargó la mano hacia él, vacilante. Sabía que no podría tocarlo, pero también sabía que podía sentir su contacto, un tipo de contacto que no era real, pero que podía consolarla inmensamente.

Kai sonrió. Sus dedos rozaron los de ella, y Dana lanzó una exclamación de sorpresa. Los había sentido cálidos, consistentes, vivos.

La Señora de la Torre aferró la mano del muchacho, que se cerró en torno a la suya.

—Puedo... tocarte —dijo ella, maravillada.

Kai sonrió otra vez. Dana lo miró a los ojos, aquellos ojos verdes cuya mirada tenía clavada en lo más profundo del corazón.

Pero vio algo en ellos...

El chico seguía sonriendo con ternura. Sin embargo, la Señora de la Torre pudo ver, a la débil luz del candil, que sus ojos le estaban mintiendo.

—Tú no eres Kai —dijo. —¿Quién...?

Trató de desasirse, pero no lo consiguió. El muchacho lanzó una siniestra carcajada. Sus ojos eran ahora de un pétreo color gris.

—Al fin eres mía —dijo, con una perversa sonrisa.

Kai se irguió inmediatamente en su puesto sobre el alféizar de la ventana en cuanto oyó chillar a la Señora de la Torre.

La hechicera se debatía en sueños y acababa de gritar su nombre.

—¿Dana? —llamó Kai, preocupado.

En la penumbra pudo ver algo aterrador: la mano derecha de Dana había desaparecido, y su brazo se desvanecía lentamente en el aire.

—¡Dana!

Kai se lanzó hacia ella, tratando de evitar que desapareciera por completo. Sus dedos lograron alcanzar la mano de la joven maga, pero, cuando intentaron aferrarla, pasaron a través de ella, como si Kai no fuese más que un ser creado de niebla incorpórea.

Dana gritó de nuevo en sueños, poco antes de desvanecerse ante la mirada desesperada e impotente de Kai. El chico trató de abrazarla, de retenerla a su lado, pero, una vez más, no logró ni siquiera rozarla.

Sus manos quedaron tendidas hacia el lecho donde momentos antes había estado Dana, en un último intento de hacer algo por ella.

—Dana... —sollozó.

Ya nadie podía escucharlo.

Salamandra apenas pudo dormir aquella noche. Eran demasiadas las cosas que la preocupaban: los comentarios de Shi-Mae, Dana hablando con nadie, las acusaciones de Nawin...

Quizá era esto lo que más le quitaba el sueño. No quería creer a la joven elfa, pero, le gustara o no, lo cierto era que, al igual que Dana, el elfo a veces se comportaba de una manera extraña. Era ese aire de misterio lo que fascinaba a la muchacha, un brillo peligroso en sus ojos almendrados, una sensación de terrible secreto sobre su persona y su pasado.

Su pasado... ¿quién o qué había sido Fenris en su tierra natal? ¿Eran ciertas las palabras de Nawin? Si Fenris había sido desterrado..., ¿por qué? ¿Qué crimen había cometido?

¿Y de qué conocía a Shi-Mae? ¿Por qué él, de ordinario tan imperturbable, se había alterado tanto al verla?

Salamandra pasó la noche inquieta, debatiéndose entre la duda y los celos. El aullido de los lobos desde las montañas no contribuía a tranquilizarla, pese a que, después de un año en la Torre, ya se había acostumbrado a oírlos todas las noches. «Pero juraría que hoy aúllan más alto», se dijo la chica, en medio de su insomnio, metiendo la cabeza bajo la almohada.

Solo cuando el sol salía tras las montañas logró dormitar un poco. Pero, apenas un rato después, la despertaron unos enérgicos golpes en la puerta.

—¿Sí? —bostezó, frotándose los ojos, cercados por profundas ojeras.

—¡Reunión urgente! —Era la voz de Morderek. —¿Qué pasa? —pudo articular Salamandra, intentando despertarse del todo.

Pero no hubo respuesta.

Salamandra luchó contra el impulso de volver a arrellanarse bajo la manta y seguir durmiendo. Con un suspiro, se levantó, se vistió y salió de su cuarto.

Se encontró en el patio con Jonás, que también había acudido a la pila para lavarse la cara.

—Tienes mal aspecto —dijo él. —¿No has dormido bien? Salamandra suspiró de nuevo, mientras metía la cabeza bajo el caño y reprimía una exclamación al contacto con el agua helada. Cuando se incorporó de nuevo, sus rizos pelirrojos chorreaban. Tiritaba, pero se sentía bastante más despierta que antes.

—He pasado toda la noche en vela —dijo, mientras ambos subían las escaleras. —No sé, me preocupa todo este asunto. ¿Quién ha convocado la reunión, Dana o Fenris? Jonás le dirigió una mirada seria. —Ninguno de los dos —respondió. —Ha sido Shi-Mae. —¿Qué? ¡No puede! Ella no es Maestra de esta escuela. Jonás se encogió de hombros.

—Lo sé. Podríamos negarnos a asistir, y no pasaría nada. Pero yo estoy preocupado. ¿No oíste a los lobos anoche? —Salamandra se estremeció.

—Sí. ¿Qué significaba? —No lo sé. Pero nada bueno, créeme. Salamandra se detuvo un momento, antes de entrar en el salón de reuniones, para hacerse una trenza con el pelo mojado. Conrado pasó a su lado, muy atribulado, estudiando un libro bastante grueso sobre el lenguaje de los animales. Salamandra lo miró mientras entraba en la estancia, y suspiró por tercera vez.

—¡Condenados lobos! —murmuró.

Sintió de pronto una presencia tras ella, y se volvió. Ahí estaba Fenris, contemplándola con una seria expresión pensativa.

—Vamos, entra —dijo él.

—¿Qué es lo que pasa?

Pero el elfo no respondió. Dio media vuelta y se alejó.

Salamandra se reunió con sus compañeros en el interior de la sala. Shi-Mae no había llegado todavía, pero Nawin ya estaba allí, sentada lejos de los demás. Salamandra la ignoró, y fue a hablar con Conrado, Morderek y Jonás.

—Anunciaban una desgracia —estaba diciendo Morderek. —Los lobos del valle están anímicamente unidos a los habitantes de la Torre, sobre todo a los Maestros. No había más que escucharlos: nos decían que nos andemos con ojo. —Yo diría que decían algo más que eso —intervino una voz melodiosa, seria y serena.

Los aprendices se sobresaltaron. Junto a ellos acababa de materializarse Shi-Mae, imponente con su refulgente túnica dorada.

—Yo... —se atrevió a decir Morderek. —En mi opinión, los lobos...

Shi-Mae le dirigió una terrible mirada, y Morderek enmudeció. Hubo un incómodo silencio; solo Nawin parecía sentirse a sus anchas.

Salamandra aún estaba algo dormida, pero captaba perfectamente que sucedía algo grave. Volvió la cabeza; no vio a Fenris en la sala, pero no se atrevió a preguntar por él. En su lugar, dijo:

—¿Dónde está Dana... quiero decir, la Maestra? —rectificó ante la mirada severa de Shi-Mae.

—Esperaba que me lo pudieseis decir vosotros —replicó la hechicera elfa.

Reinó el desconcierto entre los alumnos, que se miraron unos a otros. Fue Conrado el que se atrevió a preguntar:

—¿Se... Se ha ido?

—Eso parece —Shi-Mae estudió los rostros de los chicos; Salamandra enrojeció intensamente. —Tú, muchacha, ¿qué sabes?

Salamandra enrojeció aún más. No podía revelarles a Shi-Mae todo lo que había visto; pero, por otro lado, ella era una Archimaga, y Salamandra sólo una estudiante de primer grado, y debía contestar a sus preguntas.

—Yo... sé que ella estaba confusa —dijo con precaución. —Hablaba sobre una maldición y... —vaciló; no quería contarle todos los detalles de la escena que había presenciado el día anterior. —Dijo que no tenía miedo —recordó oportunamente. —Dijo que nunca abandonaría la Torre, que no nos dejaría. Que se enfrentaría a la maldición y sacaría la escuela adelante.

Los chicos asintieron, sonrientes y aliviados, pero Shi-Mae no varió un ápice la expresión de su rostro.

—¿Y qué más te dijo? —inquirió.

—¿Me... dijo? —repitió Salamandra, un poco perdida.

La mirada de Shi-Mae se endureció.

—Comprendo —dijo. —Espías otra vez.

Salamandra enrojeció de nuevo.

—Bueno, bueno —murmuró Shi-Mae, recorriendo la estancia con paso sereno y tranquilo. —Siento decirles que, a última hora, a vuestra Maestra le han fallado sus buenas intenciones: ha huido de la Torre, y quién sabe si volverá. —¡No! —exclamó Jonás, interviniendo tras un largo rato de silencio. —¡Ella no ha huido, no se ha marchado! Seguro

que volverá.

Shi-Mae se detuvo y lo miró con sus ojos de color zafiro. Pero Jonás sostuvo su mirada sin pestañear.

—Yo conozco a la Maestra, señora —dijo el chico. —Ella no se marcharía, no nos dejaría.

Shi-Mae no respondió. Conrado alzó la mano tímidamente.

—Perdón —dijo. —¿Qué es eso de la maldición? La Archimaga sonrió levemente.

—Veo que son muchas las cosas que Dana no os ha contado. No quiero preocuparos inútilmente; el Valle de los Lobos está maldito, y la Señora de la Torre es la causante. Sobre ella recae directamente la maldición. Ahora que se ha marchado, vosotros no tenéis nada que temer.

—Quizá por eso se ha ido —dijo Conrado a media voz; probablemente solo estaba pensando en voz alta, y no pretendía que nadie le oyese; pero se le oyó, y, vacilante ante la penetrante mirada de Shi-Mae, explicó, —quiero decir, que tal vez se ha marchado para no ponernos en peligro. —Bueno —dijo la Archimaga. —Yo solo sé que nadie en sus cabales reabrirla una escuela situada en un lugar maldito; ella lo sabía y lo hizo, y, ahora que ha llegado la hora, se ha marchado, sin más. ¿O es que acaso le ha dicho a alguien adonde iba?

Salamandra abrió la boca para contestar, pero no dijo nada.

—¿Qué va a pasar ahora con nosotros? —preguntó Morderek.

—De momento, mientras el Consejo de Magos estudia el caso, yo seré vuestra Maestra y Señora de la Torre en funciones.

—¡No! —se le escapó a Salamandra.

Las dos elfas la fulminaron con la mirada, y ella se apresuró a añadir:

—¿Y Fenris?

Pudo apreciar que en el delicado rostro de Shi-Mae aparecía una levísima mueca de desprecio.

—El Consejo de Magos no lo ha tenido en cuenta. Además —añadió, algo pensativa

—Es posible que también él esté maldito.

Salamandra se mordió la lengua para no decir lo que pensaba y estropear las cosas.

—Me gustaría que entendieseis —concluyó Shi-Mae —que este cambio es por vuestro bien. Los aprendices no deben pagar por los errores pasados de los Maestros.

La Archimaga no dijo nada más. Se despidió de ellos y desapareció de la estancia.

Nawin se levantó y salió de la sala sin hacer comentarios. Salamandra la miró marcharse.

—Dime que todavía estoy durmiendo y esto es una pesadilla —murmuró, muy preocupada.

Jonás la miró con simpatía.

—Eh —dijo. —Ya verás como no es nada. Dana estará de vuelta para la hora de la cena, y Shi-Mae tendrá que marcharse.

Salamandra abandonó la habitación, cabizbaja y meditabunda. Volvió a su cuarto y se asomó a la ventana para contemplar el magnífico paisaje del Valle de los Lobos de buena mañana.

—Maestra —susurró, —¿por qué te has ido? ¿Qué vamos a hacer ahora?

Sintió de pronto un extraño roce en la mano, como si un cálido soplo de brisa la hubiese tocado. Sobresaltada, miró a su alrededor. Pero no había nada. Su habitación estaba tranquila y en calma, y ella seguía estando sola.

Alguien llamó a su puerta, y la muchacha se sobresaltó.

—¡Salamandra! —dijo Jonás desde fuera. —Conrado y yo bajamos a desayunar, ¿vienes?

Salamandra ladeó la cabeza y miró suspicaz a todos los rincones del cuarto. Finalmente, se dio por vencida y respondió a la pregunta de su amigo abriendo la puerta y reuniéndose con él en el pasillo.

Fenris cerró los ojos y juntó las manos. Frente a él, en el suelo del estudio, había dibujado un círculo bordeado de signos arcanos. Cuatro incensarios que dejaban escapar volutas de humo azul rodeaban el círculo. El aire tenía un olor misterioso, exótico y algo picante, con toques de azufre. «El olor que les gusta a los demonios», pensó el mago.

Se esforzó por concentrarse. Alzó las manos y pronunció la fórmula de la invocación.

No tuvo que esperar mucho. Un aire frío y húmedo surgió del círculo y recorrió toda la habitación. Fenris siguió con los ojos cerrados, procurando no perder la concentración. Sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo ante él, y sabía que debía estar atento para evitar perder el control.

Cuando abrió los ojos vio ante él a una criatura femenina de innegable belleza. Era delgada como una sílfide, y sus cabellos negros enmarcaban un rostro ovalado en el que brillaban unos grandes ojos oscuros, completamente oscuros, sin iris, ni pupila. Sus orejas eran alargadas como las de los elfos, pero los dos pequeños cuernos que tenía en lo alto de su cabeza y su piel, de color azulado, denotaban que no era ni humana ni de raza élfica. Fenris sonrió para sí mismo. Aquella criatura ni siquiera era mortal.

—¿Por qué me has llamado, mago? —preguntó ella, con una voz acariciadora y sugerente.

—Tengo algunas preguntas que hacerte, demonio. Ella hizo un gesto aburrido.

—Preguntas, preguntas... Los mortales no tenéis más que preguntas.

—Busco a una hechicera perdida. El demonio se rió.

—¡Una hechicera! —se burló. —¿Crees que voy a perder mi tiempo buscando a una hechicera?

—No tienes otra opción —observó el elfo. La criatura tuvo que admitir que tenía razón. Estaba atrapada en el círculo mágico de Fenris, y no podría volver a su dimensión a no ser que el mago la dejase marchar.

—No es una hechicera corriente —prosiguió Fenris. —Se trata de una Archimaga que obtuvo el poder del unicornio. Es, además, una Kin-Shannay. El demonio palideció.

—¡Kin—Shannay! —repitió en un susurro. —Entonces no deberías preguntarme a mí. Sabes que un Kin—Shannay nunca está solo.

—Lo sé —asintió el elfo. —Por eso lo más seguro es que se haya llevado a su compañero consigo.

El demonio se removió dentro del círculo, inquieto. —Mis orbes y espejos mágicos no logran encontrarla —prosiguió el mago. —Búscala en tu dimensión, demonio. Búscala y te otorgaré la libertad.

El demonio gruñó, mostrando unos colmillos afilados. Fenris trazó un símbolo mágico sobre ella con el dedo, y la criatura desapareció con un aullido.

El mago se quedó un momento en tensión. El demonio volvió casi inmediatamente. Fenris se esforzó por parecer calmado cuando le preguntó: —¿Y bien?

—No está en mi mundo —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿dónde puede estar?

—Hay infinitas dimensiones, mago. ¿Cómo voy a saberlo?

—¿A quién debería preguntarle, entonces? —Pues a ellos, por supuesto. Fenris reprimió un estremecimiento. —No puedo contactar con ellos, criatura del Inframundo. Lo sabes.

El demonio le dirigió una sonrisa llena de malicia.

—Hay una parte de ti que tal vez pueda, mago. Recuerda que en tu mundo las cosas invisibles no son tan invisibles para los hijos de la luna. Y ahora, ¿puedo marcharme?

Fenris dudó un momento, pero finalmente deshizo el hechizo, y el demonio desapareció con un aullido.

Cuando la puerta ínterdimensional se cerró y el demonio se hubo marchado, Fenris se dejó caer sobre una silla, temblando, y respiró hondo.

Estaba agotado, y todavía tenía la piel de gallina.

Morderek subía las escaleras lentamente, con el corazón palpitándole con fuerza. Se detuvo un momento antes de llegar a la cúspide de la Torre, y vaciló.

—Tengo que seguir —se recordó a sí mismo. —Si dejo pasar esta oportunidad, puede que nunca vuelva a presentarse.

Siguió subiendo, y se detuvo al final de la escalera. En aquel descansillo había cuatro puertas, el chico lo sabía muy bien.

Y la puerta que estaba siempre cerrada ahora se hallaba entreabierta.

Morderek dirigió la mirada hacia el despacho de Dana, que ahora ocupaba Shi-Mae, como Señora de la Torre en funciones. Vaciló de nuevo. Había acudido allí para hablar con Shi-Mae, pero el misterio de la cuarta puerta siempre había despertado su curiosidad.

Se acercó para asomarse, solo un momento.

Dentro no había nadie. Era una amplia habitación amueblada de forma parecida a las docenas de pequeños estudios que había en la Torre. Estanterías con libros de hechizos, una enorme mesa al fondo y una gran variedad de objetos y amuletos mágicos. La chimenea estaba fría y silenciosa.

Morderek estaba acostumbrado a toparse por casualidad con habitaciones que nadie había usado en años. Era algo habitual en la Torre, ya que se trataba de un edificio muy grande, y sobraba espacio para las pocas personas que vivían allí.

Sin embargo, aquella estancia que se ocultaba tras la cuarta puerta presentaba un estado mucho peor que el simple abandono. Parecía como si allí, mucho tiempo atrás, se hubiese librado una batalla campal. Los cristales de la ventana estaban rotos, había una estantería volcada y gran parte de los objetos y los libros estaban por los suelos, destrozados. Las paredes presentaban quemaduras que Morderek reconoció como impactos de rayos de fuego mágico que no habían dado en el blanco.

—¿Qué sabes de este lugar? —dijo a sus espaldas una voz melodiosa y musical.

Morderek se sobresaltó. Se volvió lentamente, pero la mirada de los ojos de Shi-Mae no era severa, sino simplemente interrogante y pensativa, como si estuviese tratando de decidir si valía la pena hablar con aquel chico.

—Yo... —balbuceó Morderek. —No sé nada. Esta habitación siempre está cerrada.

Shi-Mae asintió.

—Lo supongo. Perteneció al antecesor de Dana, un hechicero que se hacía llamar el Amo de la Torre.

—Y... ¿qué pasó? —se atrevió a preguntar Morderek.

Shi-Mae no respondió. Miró al chico de nuevo y, a un leve gesto de su mano, la cuarta puerta se cerró, sobresaltando al aprendiz.

—¿Querías alguna cosa, muchacho? —preguntó la Archimaga.

—Sí —dijo él cuando logró recuperar el habla. —Yo... conozco el lenguaje de los animales y tengo poder sobre ellos. Por eso estoy aquí, estudiando magia y hechicería.

—Lo sé —asintió Shi-Mae.

—Oí anoche a los lobos. Y escuché su mensaje. Sé lo que está pasando. Sé que Dana no va a volver.

La expresión de Shi-Mae no se alteró lo más mínimo.

—No he dicho nada a nadie —se apresuró a explicar Morderek. —No quiero meterme en asuntos que no me incumben.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Solo quiero aprender. Cuando vine aquí todo me parecía nuevo y excitante, pero, señora, ahora creo que la Torre se me ha quedado pequeña. Creo que mi Maestra es una gran hechicera, pero sé que llegará un momento en que ya no pueda seguir enseñándome.

Morderek tragó saliva antes de mirarla a los ojos y añadir:

—Y creo que ese momento ya ha llegado. Shi-Mae ladeó la cabeza, sin dejar de observarlo. Los ojos verdes de Morderek, habitualmente fríos y altivos, parecían ahora llenos de fervor. Lentamente, el muchacho se arrodilló ante la Archimaga elfa y bajó la cabeza en señal de respeto y humildad.

—Te suplico, señora, que me recibas como alumno y devoto servidor.

Shi-Mae tardó unos minutos en responder. Morderek respiraba entrecortadamente, sabedor de que aquello que acababa de hacer era una gran osadía, y de que la hechicera podía matarlo con un solo gesto de su mano.

— ¿Sabes lo que puede pasarte si traicionas a tu Maestra?

—No voy a traicionarla —dijo el chico. —No soy estúpido. Simplemente quiero cambiar de Maestra... si tú me lo permites.

—Es ella quien debe autorizarlo, muchacho.

—Pero ella no está, y tú eres ahora la Señora de la Torre. Llévame contigo al Bosque Dorado y deja que aprenda magia de alguien como tú.

Shi-Mae sonrió.

—Eres un humano —dijo solamente.

—Soy un humano que admira y respeta a los elfos de sangre pura.

Shi-Mae seguía mirándolo.

—No puedes equipararte a la princesa Nawin.

—Nunca he pretendido hacerlo, señora.

Shi-Mae acercó su mano al rostro del muchacho, que se estremeció un breve momento. Sintió que la elfa colocaba la mano sobre su cabeza, y al instante notó una mareante sensación de vértigo.

Aún oyó las palabras de Shi-Mae antes de caer desvanecido:

—Tendrás que ganarte ese honor, muchacho. Estás en periodo de prueba. Te estaré observando...

VI LA REBELIÓN DE LOS LOBOS

Salamandra encontró a Fenris en las almenas, contemplando el crepúsculo con gesto serio. La brisa sacudía su túnica roja y revolvió su cabello cobrizo. La chica se detuvo un momento en la puerta de salida, dudando; pero enseguida echó a andar hacia el mago con decisión.

La voz de él la sobresaltó:

—Parece que fue ayer.

Salamandra se detuvo de nuevo. Fenris había hablado sin girarse ni hacer el menor movimiento, por lo que se preguntó si estaba dirigiéndose a ella. Por si acaso, decidió que lo mejor era hacerse notar:

—Perdón, ¿cómo dices?

Fenris respondió, sin alterarse:

—Que parece que fue ayer cuando Dana se acercaba de esa misma manera, en silencio, para preguntarme cosas que ella no debería saber.

Salamandra no supo qué responder.

—Cuando vives entre elfos apenas notas el paso del tiempo —prosiguió Fenris. —Las estaciones se suceden, una tras otra. Pero estar entre humanos es... —suspiró casi imperceptiblemente. —Es diferente. Ves cómo crecen, los ves madurar, envejecer, año tras año. Entonces te das cuenta de que el mundo cambia, aunque los elfos no lo hagamos.

»Hace solo quince años, Dana era una chiquilla como tú. Ahora la miro y veo en ella una mujer, y pienso... ¿cómo ha pasado esto? ¿Cómo puede ser que a mí me queden cerca de setecientos años de vida? ¿Qué voy a hacer cuando ella... cuando vosotros, incluso, ya no estéis?

Salamandra desvió la mirada y cerró los ojos un momento, sintiendo una punzada de dolor en lo más profundo de su corazón. «¿Qué es mi vida para ti, Fenris?», pensó. «Tú tienes mucho tiempo por delante. Podrías vivir tu vida con diez humanas como yo, una detrás de otra, si quisieras».

—¿Dana era como yo, cuando tenía mi edad? —preguntó para evitar seguir pensando aquellas cosas.

Fenris sonrió levemente.

—No —dijo. —Era silenciosa, retraída y solitaria. Apenas hacía otra cosa que no fuera estudiar y pasear por el bosque, perdida en sus pensamientos.

—O venir a preguntarte cosas —Salamandra avanzó hasta colocarse junto a él. —Me cuesta trabajo creer que ella fuera una vez una estudiante como yo. Al principio, yo creía que ella había sido tu Maestra.

—Oh, no. Aunque ella parezca mayor que yo, en realidad yo tengo más de doscientos años.

—Ya lo sé —cortó Salamandra con algo de brusquedad.

Reinó un silencio que a la muchacha se le hizo insoportablemente incómodo. En cambio, Fenris seguía contemplando el horizonte con gesto serio, pero sereno.

—Has venido a preguntarme algo —dijo él por fin. —¿Qué es?

Salamandra alzó la barbilla para mirarlo fijamente.

—Quiero saber por qué se ha ido.

—Ya lo sabes: por la maldición.

—¡Estoy cansada de oír hablar de esa maldición! —estalló la muchacha. —¡Todo el

mundo la menciona, pero nadie quiere explicarme en qué consiste!

Fenris guardó silencio. Más calmada, Salamandra habló de nuevo:

—Además, yo no creo que Dana haya huido. Nunca haría algo semejante.

—Yo no he dicho que haya huido, Salamandra —hizo notar él, suavemente.

—Simplemente, se la han llevado. —¿Llevado? ¡Pero...!

Fenris la hizo callar con un gesto. Cuando se volvió para mirarla, parecía profundamente preocupado.

—No sé dónde se la han llevado, ni si está bien, Salamandra —dijo. —No sé nada. Solo sé que probablemente está en peligro, y que nosotros no podemos hacer nada.

—Pero... podríamos ir a buscarla...

—¿Dónde vas a ir a buscarla, Salamandra? —Ella abrió la boca para contestar, pero no se le ocurrió nada que decir. Miró a su amigo y estalló:

—¡Tú deberías saberlo, Fenris! ¡Eres un mago, un Maestro mago!

Fenris esbozó una triste sonrisa.

—Desgraciadamente, Salamandra, no tengo ni la más remota idea de dónde puede estar Dana. La he buscado desde aquí con todos los medios a mi alcance, pero ni las bolas de cristal pueden mostrarme su imagen ni los genios que invoco saben responder a mis preguntas. Salamandra guardó silencio, pesadosa. —Lo siento —añadió el elfo.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —insistió ella. —Si la magia no funciona, habrá que probar otra cosa. Habrá que salir a buscarla, no importa dónde.

—Shi-Mae no nos dejaría abandonar la Torre, lo sabes. Y ahora debemos obedecerla a ella.

Lo dijo con tanta amargura que Salamandra no pudo evitar preguntar:

—¿Qué pasó con ella, Fenris? ¿Qué hubo entre Shi-Mae y tú?

Él la fulminó con la mirada.

—No es asunto tuyo.

Salamandra lo sabía, pero, aun así, le dolió el tono de voz del elfo, excesivamente duro y cortante, en su opinión.

—Creía que éramos amigos —dijo. —Pero... ¡oh, disculpa! Olvidaba que tú solo eres amigo de Dana.

—Salamandra... —empezó Fenris, irritado; pero ella seguía hablando.

—Aunque no eres muy buen amigo, que digamos. Dices que Dana está en peligro y lo dices así, tan tranquilo... ¡Si tú hubieses desaparecido, yo ya habría removido cielo y tierra en tu busca!

El enfado de Fenris desapareció como por encanto. El elfo le dirigió a la chica una mirada pensativa, y ella se sintió muy humillada por haberle revelado lo que consideraba una debilidad.

—... Cosa que, desde luego, no te merecerías en absoluto —añadió rápidamente, irritada. —¡Te importa más esa elfa que todos nosotros juntos! Eres el ser más egoísta que he conocido nunca.

Él no respondió. Ella lo miró a los ojos y le dijo, lentamente, y sin el menor asomo de temor:

—Te odio, Fenris.

Fenris podía haberla fulminado con un rayo con solo alzar la mano, Salamandra lo sabía. Pero, aun así, sostuvo su mirada sin pestañear, esperando su reacción.

Fenris se limitó a volverse de nuevo hacia las almenas y seguir contemplando el horizonte.

Dolida ante su impasibilidad, Salamandra dio media vuelta y se alejó hacia la puerta.

—Ten paciencia, Salamandra —oyó la voz de Fenris tras ella. —Aprende a leer las señales y a esperar el momento adecuado.

Salamandra no respondió, ni se dignó volverse hacia él.

Fenris regresó a su estudio, pensativo. Todavía flotaba en el ambiente el olor del demonio, y el elfo no pudo evitar un estremecimiento. Sabía exactamente qué era lo que iba a hacer. La criatura le había dado una pista, y no pensaba dejarla escapar.

Miró a su alrededor. La habitación presentaba un cierto aspecto siniestro después de la invocación. «Pregúntales a ellos», pensó el elfo. «Como si fuera tan sencillo.»

Se disponía a ejecutar un hechizo que limpiara todo aquello cuando de pronto, ante sus ojos, uno de los incensarios cayó al suelo, y su contenido se desparramó por las baldosas. Fenris se quedó un momento paralizado, preguntándose si el demonio seguía por allí. Pero no podía ser; no sentía su presencia, y el círculo estaba cerrado.

Entonces cayó el segundo incensario, como empujado por una brisa invisible. Y el tercero. Y el cuarto.

—No es posible —murmuró el mago, con los ojos muy abiertos—. ¿Sigues aquí?

—Estoy aquí —dijo una voz a sus espaldas, en idioma élfico.

Fenris no necesitaba volverse para saber que se trataba de Shi-Mae.

—Veo que has hecho una invocación —comentó ella, avanzando hasta colocarse a su lado, si bien a una prudencial distancia. —¿Qué te han dicho los demonios?

—¿Qué te han dicho a ti? —replicó él.

Shi-Mae clavó en Fenris la mirada de sus ojos de color zafiro.

—No la has encontrado, ¿verdad? ¿Todavía crees que se la han llevado?

Fenris no respondió.

Sabes que si se ha marchado por propia voluntad no la encontrarás —prosiguió ella. —Probablemente no quiere que nadie la encuentre.

No lo creo. Ella y yo hemos hablado sobre el tema muchas veces. No era su intención abandonar la Torre. Dijo que se quedaría a protegerla.

—De la maldición? —Shi-Mae movió la cabeza. —Si es inteligente, se habrá dado cuenta de que lo mejor que podía hacer era marcharse para no poner en peligro a los aprendices.

Fenris alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—En cualquier caso, también es problema mío, y voy a seguir buscándola.

—¿Y qué piensas hacer?

Fenris no respondió, pero Shi-Mae pareció entender, porque lo miró con horror y en sus labios apareció una mueca de desprecio.

—Sigues renunciando a ser un elfo —dijo.

—No puedo seguir huyendo de mí mismo, Shi-Mae.

—Entonces vete y haz lo que quieras, criatura odiosa; pero no te acerques a mí ni a la princesa Nawin. Te estaré vigilando.

Con un gesto, Shi-Mae desapareció de allí, y Fenris volvió a quedarse solo. Miró a su alrededor. Los incensarios seguían por los suelos, pero todo parecía en calma. El mago se preguntó si habrían sido imaginaciones suyas. Esta noche lo averiguaré —murmuró para sí mismo—.

Esta noche...

Dana no volvió para la hora de la cena, como había predicho Jonás, y los aprendices sentían crecer en ellos la incertidumbre a cada hora que pasaba.

Aquella noche los lobos aullaron muy alto en el valle. A Salamandra le costó mucho dormirse y, cuando lo logró, los aullidos de los pobladores de las montañas seguían resonando en sus sueños. Ojos amarillos brillando en la oscuridad, garras afiladas que desgarraban gargantas humanas, colmillos letales goteando sangre...

Salamandra despertó de su pesadilla bañada en sudor. Fuera, el viento silbaba con fuerza, y los aullidos de los lobos se alzaban hacia las estrellas de una noche siniestra que exhibía una luna de color amarillo pálido, envuelta en jirones de niebla.

Salamandra, temblando, se incorporó sobre la cama para mirar a través de la ventana.
—Solo ha sido un sueño —murmuró a media voz.

Entonces sintió que una leve brisa le mecía un mechón de sus cabellos pelirrojos, y se estremeció. Se peinó nerviosamente los rizos hacia atrás, y estaba a punto de comenzar a hacerse una trenza cuando un horrible aullido rasgó la noche y le heló la sangre en las venas.

Se quedó completamente quieta, con el corazón latiéndole muy deprisa.

Entonces oyó golpes en la puerta de la Torre.

La joven aprendiz tragó saliva y escuchó atentamente, conteniendo el aliento.

Los golpes sonaron de nuevo. Se oían débiles debido al silbido del viento, pero la habitación de Salamandra estaba justo sobre la puerta de entrada a la Torre, y no muy por encima de ella. La chica saltó hacia la ventana otra vez.

Reprimió una exclamación de asombro; una figura oscura yacía a las puertas de la Torre, envuelta en una capa gris. Bajo la luz de la luna llena, Salamandra pudo distinguir también los pliegues de una túnica roja.

No se entretuvo. Así como estaba, en camisón, bajó rápidamente los peldaños de la escalera de caracol hasta la puerta de entrada, sin pensar que había aprendido hacía poco un hechizo de teletransportación que podía ahorrarle unos segundos preciosos.

Cuando llegó a su destino, respiró hondo y abrió la puerta. Un cuerpo esbelto y flexible, caído sobre el suelo, a sus pies, manchaba de sangre las baldosas.

—¡Fenris! —susurró Salamandra, horrorizada. El elfo alzó la mirada hacia ella, mortalmente pálido.

—Cierra... la puerta...

Salamandra miró al frente y vio cómo, desde la oscuridad, una bestia peluda se abalanzaba hacia ella gruñendo, con los ojos brillantes...

La joven chilló, incapaz de moverse. La puerta se cerró de golpe, y el lobo chocó contra ella. Lo oyeron gruñir y arañar la madera con fuerza.

—Buenos reflejos —murmuró Fenris. Salamandra sacudió la cabeza, confusa; no había realizado ningún hechizo para cerrar la puerta.

—Creo que estamos a salvo...

—No —dijo él en un susurro. —No estamos a salvo. Salamandra se inclinó a su lado para examinarlo. La túnica roja de Fenris estaba rasgada, dejando ver su pecho surcado por profundos arañazos, de los que brotaba sangre abundante. Las huellas de los colmillos de los lobos marcaban su brazo derecho y sus dos piernas.

—¡Oh, Fenris! —dijo ella, consternada. Trató de ayudarlo a levantarse, pero el elfo apenas podía sostenerse en pie. Salamandra alzó la mirada hacia la larga escalera de caracol y suspiró. Fenris nunca podría subir solo, y estaba demasiado débil como para realizar ningún hechizo.

—Llama... a Shi-Mae —dijo él.

Salamandra lo miró, dolida.

—No voy a dejarte aquí solo.

Echó una mirada de reojo a la puerta; fuera, el lobo todavía trataba de entrar. Salamandra respiró hondo e intentó concentrarse en los hechizos de curación que había aprendido en el Libro de la Tierra.

—Eh —murmuró Fenris, algo mareado—. ¿Qué estás haciendo?

Salamandra no respondió. Colocó las manos sobre la herida del pecho de su amigo, sin llegar a rozarle la piel. Cerró los ojos y se esforzó por empezar a acumular energía.

—Eh —repitió Fenris. —Eh, tú no puedes hacer eso aún. Eres...

—... una aprendiz de primer grado, sí, ya lo sé.

Salamandra se mordió el labio inferior y siguió concentrándose. La energía mágica fluyó a través de ella hasta sus manos, y de allí pasó a la herida abierta de Fenris.

—Uh... ah —dijo el elfo.

La herida dejó de sangrar y comenzó a cicatrizar muy lentamente.

Salamandra frunció el ceño y siguió esforzándose. Notaba cómo su energía vital disminuía por momentos y pasaba a Fenris a través de sus manos, pero no por ello interrumpió el hechizo. Su rostro palideció y gotas de sudor comenzaron a perlar su frente.

—Déjalo, Salamandra —susurró Fenris con voz ronca. Ella negó con la cabeza y siguió concentrándose. Pero, de pronto, sintió una mano férrea atenazándola la muñeca, y abrió los ojos con una exclamación de asombro.

Fenris estaba muy cerca de ella, mirándola fijamente con un brillo de advertencia en la mirada de sus ojos ambarinos.

—Déjalo, Salamandra —repitió.

La chica gimió.

—Me haces daño —murmuró, pero Fenris no aflojó su presa.

—Te lo agradezco —dijo el mago—. Pero no debes meterte en esto, Salamandra. Lo digo por tu bien. Llama a Shi-Mae.

Salamandra lo miró, decepcionada, preocupada, furiosa y dolida, todo a la vez. Pero la expresión de Fenris no admitía réplica.

La muchacha se levantó, resignada. Pero se volvió un momento a mirar cómo Fenris se apoyaba en la fría pared de piedra.

—Dime al menos qué ha pasado.

El elfo había recuperado parte de sus fuerzas perdidas, gracias a la intervención de Salamandra. Irguió la cabeza y la miró, pensativo.

—Los lobos son tus amigos —insistió ella. —Tú entiendes su lenguaje.

—Sí —asintió Fenris. —Por eso he ido a preguntarles... si sabían dónde está Dana.

—¿Y por qué te han atacado?

—Porque está maldito —sonó una voz fría desde la oscuridad. —Los lobos saben que ha llegado la hora.

La alta figura de Shi-Mae avanzó hacia ellos, descendiendo por la escalinata de piedra.

—¿Maldito? —repitió Salamandra.

Miró a Fenris, pero este no dijo nada. Seguía apoyado contra la pared, sentado en el suelo, con la túnica hecha pedazos y el brazo, la pantorrilla y el tobillo aún sangrando.

—Fuisteis los dos, ¿no? —dijo Shi-Mae—. Dana y tú.

—Los tres —corrigió Fenris suavemente. —Dana, Maritta y yo. Después de su muerte. —Mmmm... Comprendo. Todo esto es más grave de lo que imaginaba.

Se inclinó junto a Fenris, con un crujido de ropajes dorados. Pasó una mano sobre sus

heridas mientras pronunciaba las palabras de un hechizo que Salamandra no conocía. Instantáneamente dejaron de sangrar.

—Gracias —dijo el mago secamente. Salamandra se sintió humillada y muy, muy celosa.

—No me las des —dijo Shi-Mae. —Has perdido mucha sangre y estás muy débil. Tardarás unos días en recuperarte del todo, a pesar de mi magia.

«¡Y de la mía!», quiso chillar Salamandra. Fenris callaba. La Archimaga se volvió hacia ella.

—Vuelve a la cama, jovencita —dijo Shi—Mae, cortante.

Salamandra, indecisa, no se movió. Pero entonces miró a Fenris y vio que él no parecía dispuesto a replicar. Se sintió furiosa. Nada le molestaba más que ver que Fenris no se atrevía a contradecir a Shi-Mae.

¿No se atrevía... o era que aún sentía algo por ella?

—Vuelve a tu habitación, Salamandra —dijo Fenris en voz baja. —Por favor.

Ella alzó la barbilla y lanzó a Shi-Mae una mirada desafiante. Después, sin dignarse a mirar al mago, realizó el hechizo de teletransportación y se esfumó en el aire.

Se materializó en su habitación y se sentó inmediatamente, mareada. La teletransportación se aprendía en el Libro del Aire, y era un hechizo de segundo grado. Pero Jonás se lo había enseñado y, aunque Salamandra no lo dominaba aún, lo utilizaba de vez en cuando.

Se quedó pensativa, preguntándose qué debía hacer. Los lobos seguían aullando en el valle.

VII CAOS EN LA TORRE

— Claro siempre jugando con lobos... alguna vez tenían que morderle.

—¡Pero él es un mago, un "túnica roja"!

—Pero, si Shi-Mae dice la verdad, y está maldito...

—Pues yo creo que hará bien en marcharse.

—¿Estás loco, tú? Si se va, quedaremos en manos de Shi-Mae y esa engreída princesa...

—Pues tampoco está haciendo nada por ayudar, ¿o sí? ¡Menudo mago! No ha movido un dedo para buscar a la Maestra, y ahora encima le atacan unos simples lobos...

—Eh, eh, Morderek... tú sabes tan bien como yo que no son unos simples lobos. Son los guardianes del valle.

—Mira, Conrado, todo eso estaba muy bien antes, pero ¿se te ha ocurrido pensar que, si eso es cierto, Shi-Mae tiene razón, y Fenris está maldito?

—Bueno, yo...

—Lo dicho: que será mejor que se marche, igual que se ha marchado la Maestra.

—¡La Maestra no se ha marchado! Salamandra dice que la han secuestrado.

—¿Y quién le ha contado ese cuento, Jonás? ¿Fenris el Maldito?

—¡Basta ya! —intervino Salamandra.—Mirad, yo solo sé que estamos en una situación de crisis. Si no hacemos algo, el Consejo de Magos tomará cartas en el asunto; a ellos no les importan nada Dana y Fenris, y probablemente tampoco nosotros. Los abandonarán a su suerte, cerrarán la Torre y a nosotros nos enviarán a cualquier otra parte. Yo, desde luego, no quiero que eso pase.

—Ni yo tampoco —murmuró Jonás, mojado un bollo en la leche. —Pero ¿qué vamos a hacer?

«Una señal», pensó Salamandra, recordando su conversación con Fenris. «Pero ¿dónde está esa señal?»

—Fenris está convaleciente, y Shi-Mae no deja que nos acerquemos...

—¡Qué pena! —se burló Morderek. —... pero, en cuanto sea posible, intentaré hablar con él para que me explique de una vez qué está pasando aquí —concluyó Salamandra sin hacerle caso—. Mientras tanto... habrá que esperar. —¿Esperar a qué?

—No lo sé —tuvo que reconocer Salamandra. —No tengo ni idea. A veces pienso que lo mejor que podríamos hacer es olvidarnos de todo este asunto...

Un agudo chillido la sobresaltó. Los cuatro se volvieron rápidamente. Tina, la cocinera, observaba aterrorizada un enorme cuchillo que flotaba frente a ella. Los cuatro aprendices se miraron unos a otros.

—¡Apartad eso de mí! —chilló Tina, retrocediendo; el cuchillo la seguía—. ¡Apartad eso de mí, os digo!

—Vale ya, Morderek, no tiene gracia.

—¡Eh, que no soy yo!

Uno de los cucharones también empezó a levitar en el aire. El cuchillo seguía irguiéndose amenazadoramente ante la cocinera.

—¡Pequeños monstruos! —chilló ella—. ¡Dejad de hacer eso!

—Jonás... —empezó Salamandra; pero una rápida mirada a su amigo le confirmó que el muchacho no era el causante del hechizo; parecía tan sorprendido como la propia Tina.

—¿Conrado? El chico negó con la cabeza. El cuchillo desvió su trayectoria y se acercó a los cuatro jóvenes, que retrocedieron, algo intimidados. Morderek dio un empujón a Conrado.

—¡Haz algo!

El joven carraspeó y pronunció una fórmula mágica. Todos esperaron, conteniendo el aliento. Pero el cuchillo no se movió de donde estaba. Conrado se miró las manos, confuso:

—¡No lo entiendo! ¡Es el contrahechizo para el conjuro de levitación, y sé positivamente que lo he pronunciado correctam...!

—¡Cuidado! —Salamandra tiró de él para apartarlo de la trayectoria del cucharón, que se había proyectado con gran violencia hacia la ventana.

¡Crash! El cucharón atravesó el cristal, dejando un enorme agujero en él. Tina chilló de nuevo.

—Eh... —murmuró Morderek. —Sea quien sea, que pare ya.

Pero nadie habló.

El cuchillo seguía frente a ellos. Salamandra gritó cuando lo vio avanzar en el aire... hacia ella. Retrocedió un poco. El cuchillo la seguía. Salamandra siguió retrocediendo.

—Espera —dijo Jonás. —No va a hacerte daño.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque, si quisiera hacerte daño, lo habría hecho ya.

A Salamandra no le convenció aquel razonamiento. Alzó la mano para realizar el hechizo de teletransportación y huir de allí, pero el cuchillo se movió con más rapidez que ella; dio media vuelta en el aire y se colocó contra su pecho, pero por la parte del mango. Salamandra respiró profundamente, muy alterada, y con el corazón laténdole con fuerza. El mango del cuchillo seguía rozando su pecho.

—¿Lo ves? —dijo Jonás.

—¡Pues no tiene gracia! —casi gritó Salamandra. —Deja ya este estúpido juego, ¿quieres?

—¡Ya te he dicho que no soy yo!

Súbitamente, el cuchillo salió proyectado hacia la ventana; atravesó el agujero del cristal y cayó fuera, sobre el césped del jardín.

Nadie se movió durante un momento. La cocinera miró a los chicos con rabia y los ojos llenos de lágrimas.

—No tenéis derecho a... —empezó, pero se calló en cuanto la alta figura de Shi-Mae se materializó en la cocina.

La Archimaga dirigió una breve mirada al cristal roto, y después estudió atentamente los rostros de los cuatro aprendices. Ninguno pronunció una sola palabra.

Entonces Shi-Mae habló, y sus palabras sonaron tan cortantes y frías como el hielo:

—Sabéis que no debéis utilizar vuestra magia para asustar a los no iniciados de la Torre.

—Nosotros no... —empezó Salamandra.

—¡Silencio! —la mirada de Shi-Mae volvió a pasearse por el grupo—. No toleraré otro incidente semejante, ¿entendido?

—Pero...

—¡SILENCIO!

Salamandra enmudeció, roja de rabia, y echando de menos a Dana con toda su alma.

—Tengo que deciros otra cosa importante —añadió Shi-Mae, lentamente. —Supongo que a estas alturas todos sabéis lo que le sucedió anoche a vuestro Maestro.

Nadie se atrevió a contestar, pero la Archimaga leyó en sus rostros que los cuatro lo sabían demasiado bien.

—Por circunstancias que no tienen que ver con vosotros, pesa sobre el valle una maldición —prosiguió ella. —Mientras no se solucione el asunto y no se aleje al causante de aquí, los lobos del valle representan un terrible peligro para todos, incluso para nosotros, los magos. Por tanto, queda terminantemente prohibido salir de la Torre por la noche, ¿entendido?

Conrado asintió, pero nadie más hizo el menor movimiento. Los ojos de Shi-Mae se posaron en Jonás.

—Quiero hablar contigo en privado, muchacho —dijo. —Sube conmigo al despacho.

Jonás se sobresaltó, y él y Salamandra cruzaron una mirada preocupada. Shi-Mae desapareció de la cocina.

—Suerte —dijo Conrado con un hilo de voz.

Salamandra oprimió la mano de su amigo para infundirle ánimos. El sonrió débilmente, realizó el hechizo de teletransportación y se esfumó en el aire.

Morderek, Conrado y Salamandra quedaron solos en la cocina con Tina.

—Fuera de aquí —dijo ella entonces.

Ninguno de los tres tenía ganas de discutir. Salieron al jardín, dejando en la cocina el desayuno a medio tomar.

—Están pasando cosas muy raras últimamente —comentó Conrado.

—Bah, lo que pasa es que Tina es una histérica —dijo Morderek. —Por una cosa como esa Maritta ni se habría inmutado. Se habría limitado a dejarnos sin postre.

—Pues yo sí me he asustado. No sé quién ha sido, pero lo ha disimulado muy bien.

—Pues habrá sido Jonás, hombre. ¿Para qué si no querría Shi-Mae hablar con él en su despacho?

—Oye, por cierto, ¿desde cuándo tiene Shi-Mae despacho en la Torre?

Ajena a la conversación de sus compañeros, Salamandra seguía pensando en el incidente y en las palabras de Fenris: «Aprende a leer las señales».

¿Señales? ¿Qué señales?

Los ojos de la muchacha se detuvieron en el agujero del cristal de la cocina.

«Queda terminantemente prohibido salir de la Torre...»

Salamandra bajó la mirada.

En el suelo, no muy lejos de la ventana, descansaba el cuchillo de cocina, inofensivo, como si jamás hubiese hecho otra cosa que pelar patatas.

No volvió a ver a Jonás hasta bastante más tarde, cuando ella estaba en el establo, dando de comer a su caballo, Fuego; el chico apareció por allí con gesto preocupado.

—Te he buscado por todas partes.

—Te he estado esperando un buen rato en la biblioteca, y no volvías —replicó ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha enfadado mucho Shi-Mae?

—¿Enfadarse? No. ¿Por qué tendría que enfadarse?

—Pues por el numerito de la cocina...

El chico le dirigió una mirada dolida.

—Ya te he dicho que no he sido yo.

Salamandra no opinaba lo mismo, pero decidió no insistir.

—Bueno, entonces, ¿qué quería Shi-Mae?

—Ha estado revisando mi expediente. Dice que llevo tres años con la túnica azul y

que esto no puede seguir así. Me examinará de tercer grado pasado mañana, y si no apruebo el examen...

Jonás no terminó la frase; Salamandra lo hizo por él, con un nudo en la garganta. — ¿Te expulsarán? El chico asintió.

—Bueno, pero... pero si llevas tres años con la túnica azul, seguro que estás preparado para hacer el examen, ¿no? Yo me examinaré para el segundo grado dentro de poco también... —se estremeció. —Aunque espero que haya vuelto Dana para entonces. No me gustaría que en mi primer examen en la Torre fuese Shi-Mae el tribunal.

—Pero no, Salamandra, yo no estoy preparado aún —objetó Jonás. —Si lo estuviese, ya me habría presentado al examen tiempo atrás.

—¿Y qué vas a hacer? —No lo sé.

Pero dirigió a la chica una mirada suplicante. Salamandra la captó enseguida.

—Jonás, yo no puedo ayudarte. Estoy en primer grado todavía, ¿recuerdas? No sé ni la mitad de cosas que sabes tú.

El la miró con un cierto rencor.

—Pues para echar una mano a Fenris siempre estás a punto, ¿eh? —comentó.

Antes de que la sorprendida Salamandra pudiese decir algo, Jonás salió del establo con malos humos.

—Pero ¿qué le pasa ahora? —murmuró la chica para sí.

—Es extraño que tú, tan perspicaz siempre, no te hayas dado cuenta —dijo la voz de Conrado tras ella. —Salamandra se sobresaltó. Rodeó a Fuego y se reunió con su compañero, que se había sentado sobre la valla.

—Podrías ayudarle tú —sugirió. —Estás ya en cuarto grado. Pasaste el examen hace tiempo.

Pero Conrado negó con la cabeza.

—Es tu ayuda la que quiere, Salamandra, no la mía. O, mejor dicho, tú apoyo.

—No lo entiendo.

—Sí que lo entiendes. Jonás es un buen chico, pero tiene pánico a los exámenes. No sabe cómo decirte que necesita que estés a su lado para sentirse más seguro.

—¿Precisamente yo?

—Precisamente tú —Conrado saltó de la valla y se dirigió hacia la salida. —No se atreverá a decírtelo más claro mientras sigas persiguiendo a Fenris por los pasillos, Salamandra.

Ella se puso roja de vergüenza e indignación, pero, por alguna razón, no lo contradijo.

Conrado ya se alejaba hacia la puerta del establo, pero Salamandra alzó la cabeza y le preguntó:

—¿Puede ser que tengamos un duende en la Torre, Conrado ?

—¿Un duende? Lo dices por lo de esta mañana en la cocina, ¿no? Podría ser. Pero te aseguro que Shi-Mae le habría echado el guante nada más llegar. No parece ser de las que toleren duendes trasteando por ahí.

Salamandra ladeó la cabeza. Una idea empezaba a tomar cuerpo en su mente.

—Conrado, ¿sabes dónde duerme Shi-Mae?

—Pues en el ala de invitados, claro.

—¿No en la habitación de la Maestra?

—No; usa su despacho, que yo sepa, pero no su cuarto.

Salamandra asintió; se despidió de él sin más explicaciones y subió a su habitación.

Nawin subía hacia la cúspide de la Torre cuando su fino oído captó pasos en las

escaleras. No eran pasos marcados por los pies ágiles y ligeros de un elfo; eran pasos humanos.

¿Quién subiría a ver a Shi-Mae?

La princesa se deslizó sigilosamente hacia un rincón en sombra y pronunció en voz baja las palabras del hechizo de mimetismo que enseñaba el Libro de la Tierra. Inmediatamente, tanto su túnica como su rostro se volvieron del color de la piedra de la pared.

Así camuflada pudo ver que se trataba de Morderek. El muchacho respiraba con dificultad y parecía bastante alterado. Quizá por eso no se dio cuenta de que una parte del muro presentaba una textura inusual.

Pasó frente a Nawin sin percatarse de su presencia y siguió subiendo hasta las habitaciones de la Señora de la Torre.

La princesa elfa lo siguió en silencio.

Para alguien que había nacido en un palacio y que estaba destinada a gobernar un día a todos los elfos, aquel tipo de acciones eran algo bastante habitual. Gracias a sus conocimientos mágicos y, sobre todo, al hechizo de mimetismo, Nawin había logrado enterarse de todas las intrigas de su palacio, había sobrevivido a varios intentos de asesinato y había desbaratado un buen número de conspiraciones organizadas por diferentes casas de la nobleza élfica que pretendían arrebatarse el trono.

Para Nawin, el espionaje era una forma de sobrevivir. Su instinto le decía que aquella visita de Morderek a la cúspide de la Torre no era casual.

Y su instinto pocas veces le fallaba.

Morderek se detuvo un momento ante la puerta del despacho de Dana, donde ahora estaba instalada Shi-Mae. Alzó la mano para llamar a la puerta, pero esta se abrió sola, sin que él la tocara.

—Pasa —dijo la Archimaga desde dentro. Morderek obedeció.

Nawin se apresuró a deslizarse al interior de la estancia, siempre pegada a la pared. Sabía que Shi-Mae no tardaría en descubrirla, pero no era de ella de quien desconfiaba.

Morderek cerró la puerta cuidadosamente. La Archimaga lo observaba, sentada tras la enorme mesa de roble que había pertenecido a Dana.

—Señora, yo... tengo que hablarte de lo que ha pasado esta mañana en la cocina.

Shi-Maeladeó la cabeza, divertida. —¿En serio?

—Sí. Verás, no fue ninguno de nosotros. Creo que hay algo, o alguien en la Torre... algo que no podemos ver. Actúa como si fuese un duende, pero creo que no lo es. Shi-Mae se echó hacia atrás. —Y creías que no me había dado cuenta... Morderek tragó saliva.

—Yo... como nos has acusado de asustar a los no iniciados...

—No te preocupes por esa criatura, muchacho. Mover cosas de vez en cuando es lo único que sabe hacer.

—Y... ¿qué es? —se atrevió a preguntar Morderek. Shi-Mae sonrió.

—Alguien que echa de menos a Dana, pero que no puede hacer nada por ella.

Morderek se estremeció. Se recordó a sí mismo todos sus propósitos y sus sueños de gloria y poder y alzó la cabeza para mirar a Shi-Mae a los ojos.

—Tú sabes dónde ha ido Dana, ¿verdad? —No. ¿Cómo voy a saberlo?

Morderek guardó silencio, intuyendo que Shi-Mae mentía. Ella se levantó para acercarse a él.

—Escucha, muchacho. No debes preocuparte por esa criatura, pero mantenme al tanto de lo que pasa entre el resto de los aprendices, ¿entendido? He visto que dos de ellos no parecen estar muy de acuerdo con el hecho de que yo esté sustituyendo a su Maestra. No

quiero que haya problemas de disciplina.

—Entendido —asintió Morderek.

—Y ahora márchate, aprendiz.

Morderek inclinó la cabeza, realizó el hechizo de teletransportación y desapareció de allí.

Hubo un breve silencio en la habitación.

—¿Qué te ha parecido, princesa? —preguntó Shi-Mae. Nawin salió de su escondite. Sus ropas volvieron a ser de color blanco.

—¿Confías en él, Maestra?

—No. Pero mientras pretenda agradarme seguirá siéndome útil.

Nawin no dijo nada. Shi-Mae adivinó sus pensamientos.

—Ellos confían en él —dijo. —Pero no confían en ti. Por eso le he encargado a él esta misión, y no a ti.

—Lo sé —asintió la princesa. —Aun así, creo que te equivocas con Jonás. Él no va a hacer nada contra ti. Deberías tener un ojo puesto en Salamandra, Maestra. —Es solo una aprendiz de primer grado. —Pero es rebelde.

Shi-Mae observó a la princesa con gesto pensativo. —Eres muy perspicaz, Alteza. Pero ahora mismo no me preocupa Jonás. Mañana sabré cuáles son sus intenciones.

—Es cierto, el examen —asintió Nawin—. ¿Y qué hay de Salamandra?

—Por si acaso me falla el chico humano... vigílala, Nawin.

Aquella noche Salamandra se esforzó por no dormirse. Esperó pacientemente hasta que la luna estuvo alta y calculó que todo el mundo estaría ya durmiendo; entonces se levantó sigilosamente, se puso una ligera bata y salió de su habitación.

Se estremeció cuando sus pies descalzos tomaron contacto con la fría piedra. Dentro de la Torre siempre se estaba caliente gracias a un hechizo térmico que la mantenía a salvo de las inclemencias del valle, pero el suelo seguía estando frío al tacto. Salamandra suspiró y decidió seguir adelante; no quería arriesgarse a que el ruido de los zapatos la delatase.

Lentamente, a oscuras, ascendió por la enorme escalera de caracol. Sabía que le llevaría tiempo y bastante esfuerzo llegar hasta la cúspide, pero ella no tenía prisa, de momento. Prefería tomárselo con calma y reservar fuerzas, y emplear el hechizo de teletransportación solo en el caso de que estuvieran a punto de sorprenderla.

Pasó frente al cuarto de Fenris y se detuvo un momento. No pudo evitar la tentación: abrió la puerta lentamente y entró.

El mago elfo estaba tendido en la cama, inconsciente. Murmuraba de vez en cuando palabras en élfico, que Salamandra no podía entender.

La muchacha suspiró. Shi-Mae había aplicado a Fenris un hechizo de curación mágica; lo mantendría sin sentido durante varios días, pero, cuando despertase, el elfo estaría completamente recuperado.

Salamandra tragó saliva y se aproximó para mirarlo más de cerca. Conteniendo él aliento, alargó la mano para apartarle de la frente un mechón de cabello cobrizo. El elfo no pareció notarlo.

Salamandra suspiró de nuevo y, en silencio, salió de la habitación.

Siguió su camino a través de la Torre hasta que, finalmente, llegó a su objetivo, los aposentos privados de Dana. Las cuatro puertas.

Por enésima vez, Salamandra se preguntó qué escondía la cuarta puerta. Sin poder resistir la tentación, se acercó a ella y trató de abrirla.

—Cerrada —murmuró para sí misma; el sonido de su propia voz la asustó y decidió no

tentar más a la suerte y centrarse en lo que había ido a hacer allí.

Entró en el despacho de Dana, que ahora era el de Shi-Mae. Se detuvo un momento en la puerta, vacilante. La luz de la luna entraba por el ventanal, y Salamandra echó una mirada circular, tratando de situarse. Respiró hondo y comenzó con su tarea.

Momentos después estaba muy ocupada registrando cuidadosamente el despacho de Dana, asegurándose de que volvía a dejar cada cosa exactamente donde y como estaba. No se sentía muy convencida de lo que buscaba; una carta, un objeto, cualquier cosa que le diese una pista sobre el paradero de su Maestra. La habitación de Dana estaba justamente al lado, pero Salamandra sospechaba que era allí, en el despacho, donde debía buscar, el lugar donde había visto a la Señora de la Torre hablando con un ser invisible...

«Kai», recordó ella, mientras trataba de abrir los cajones. «Tal vez Dana no estuviera loca al fin y al cabo».

El cajón se resistía. Salamandra forzó la vista para observarlo mejor a la luz de la luna. No tenía cerradura, así que no podía estar cerrado con llave. Sin embargo, no había manera de abrirlo.

Salamandra suspiró, y decidió dejarlo estar. Sabía que esa era una pista importante, un ser invisible. ¿Un duende? ¿Un genio? ¿Un demonio? ¿Un fantasma?

—Ojalá lo supiera —susurró para sí misma—. Kai...

El cajón se iluminó suavemente, y, para asombro de la aprendiz, se abrió solo sin el menor ruido.

—¡Una contraseña mágica! —murmuró ella, sorprendida.

Se apresuró a registrar el cajón. Había un pequeño cuaderno (las páginas estaban en blanco; Salamandra supuso que se trataba de otro hechizo de protección) y objetos tan dispares como un antiquísimo cuchillo de cocina, un fragmento de hueso muy grande, duro y amarillento, y una pequeña botella de color verde. Nada de aquello llamó la atención de Salamandra, a excepción del cuaderno que, desgraciadamente, no podía leer.

Cuando volvió a guardarlo en su sitio, sin embargo, sus dedos rozaron algo duro y frío. Lo sacó, sorprendida de no haber reparado en ello antes, y lo alzó para observarlo a la luz de la luna.

Se trataba de un colgante unido a una cadena de plata: un colgante que representaba una luna en forma de cuarto creciente que sostenía entre sus dos cuernos una estrella de seis puntas.

El colgante de Dana.

Salamandra tragó saliva. Llevaba un año en la Torre y nunca la había visto sin aquel colgante. Debía de poseer un enorme poder mágico, ya que la Archimaga no se separaba de él. Entonces, ¿por qué lo había dejado atrás ahora?

Movida por un presentimiento, Salamandra colocó las manos sobre el colgante para realizar un sencillo hechizo básico. Pronunció las palabras mágicas y aguardó. El amuleto despidió un leve resplandor azulado. Salamandra estaba desconcertada. Aquello significaba que, efectivamente, aquel colgante había formado parte de un conjuro. Pero no poseía magia en sí mismo; de lo contrario, la reacción habría sido más espectacular.

Repitió la operación con todos los objetos del cajón. Solo el cuaderno reaccionó levemente, con un suave resplandor rojizo, y Salamandra reconoció en él lo que ya había imaginado: un simple hechizo de protección. También la botella emitió un debilísimo fulgor, demasiado tenue como para admitir auténtica magia en ella. Era el mismo brillo que había presentado el colgante, pero mucho más débil. «Esto también formó parte de algún tipo de conjuro, pero hace mucho tiempo», pensó la chica.

Salamandra se detuvo un momento, pensativa. Le intrigaba mucho aquel colgante. Su breve examen le había permitido descubrir que no era mágico; pero, por lo visto, Dana lo había empleado para algún hechizo. La chica rememoró la escena que había visto a través del Óculo: la Señora de la Torre había dicho que iba a realizar un conjuro con aquel amuleto. ¿Lo habría hecho ya? ¿Sería ese el conjuro que había dejado restos de magia en el colgante? ¡Si al menos recordase qué era lo que Dana había tenido intención de hacer...!

Salamandra, desconcertada, iba a cerrar el cajón para buscar más pistas, pero de pronto sintió una presencia tras ella, y se volvió.

Dos pequeños puntos rojizos brillaban en la oscuridad. Salamandra se asustó al principio, pero enseguida recordó que así eran los ojos de Fenris de noche, porque los elfos podían ver sin luz, y se tranquilizó solo un tanto. No se trataba de ninguna criatura peligrosa, siempre que excluyera de esta categoría a Shi-Mae, por supuesto. ¿Qué otro elfo podría haberla seguido hasta allí?

—No sé qué estás haciendo aquí —dijo una melodiosa voz, con un fuerte acento élfico,

—pero no creas que vas a salir impune. Era la voz de Nawin. El cajón se cerró de golpe, sobresaltándolas a ambas.

VIII EL RETORNO DE KAI

Creo que eso no te importa —replicó Salamandra, aún temblando. —No eres quién para ir espiando a la gente.

—Ah —dijo Nawin. —¿Y tú sí eres quién para curiosear en el despacho de Shi-Mae?

—El despacho de Dana —corrigió Salamandra, irritada. —Dana, la Señora de la Torre, ¿recuerdas? Una Archimaga que ha desaparecido; es evidente que, si tu adorada Shi-Mae no mueve un dedo por encontrarla, alguien tendrá que hacer algo.

—¿Tú piensas hacer algo? —se burló la elfa. —¡Una aprendiz de primer grado!

—Sí, una aprendiz de primer grado. ¡Exactamente igual que tú!

Nawin no dijo nada. Salamandra estaba empezando a hartarse de aquella situación. Alzó la mano hacia ella en un gesto de advertencia.

—Mira, lárgate y déjame en paz, o...

—¿O qué? —de pronto, la mirada de Nawin se posó en el colgante que Salamandra sostenía en la mano. —¡Ah! Así que eso era lo que hacías aquí: ¡robar!

Salamandra abrió la boca para replicar, pero, antes de que se diera cuenta, Nawin había realizado un rápido hechizo de telekinesis y la joya estaba en sus manos.

—¡Eh! —exclamó la chica—. ¡Qué...!

—No es tuyo —replicó Nawin muy digna. —¿O sí?

—Pero... ¡tampoco es tuyo!

—Ya lo sé, estúpida. Voy a dejarlo en su sitio...

Nawin se dirigió hacia el cajón y trató de abrirlo mientras seguía hablando:

—... y mañana hablaré con Shi-Mae de todo esto. Parece mentira que haya semejante comportamiento en una Escuela de Alta Hechicería... ¡Vaya! ¡No puedo!

Salamandra observaba sus inútiles esfuerzos con un siniestro placer. No tenía ni idea de cómo podía haberse vuelto a cerrar el cajón, pero sí tenía claro que no pensaba decirle a Nawin la manera de abrirlo.

—Bueno, Nawin —dijo finalmente, satisfecha. —¿Y qué vas a hacer ahora?

La elfa se irguió y la miró a la cara. Sus ojos seguían brillando en la penumbra.

—¿Tú qué crees?

Antes de que Salamandra pudiera reaccionar, Nawin había realizado el hechizo de teletransportación y había desaparecido de allí, llevándose el amuleto consigo.

Salamandra se quedó sola en el despacho iluminado por la luz de la luna.

—¡Demonios! —gruñó. —¡Ella es más novata que yo y, aun así, siempre se me adelanta!

Llena de negros presentimientos, Salamandra salió del despacho y bajó las escaleras. No usó el hechizo de teletransportación porque no tenía ganas de volver a su cuarto. Sabía que no lograría dormir.

Al pasar frente al estudio de Jonás descubrió que salía luz por debajo de la puerta. Vacilando, se acercó y llamó suavemente.

La puerta se abrió sin ruido, y Salamandra entró.

Jonás estaba sentado frente a su escritorio, presidido por un ejemplar del Libro del Agua, observando un diminuto remolino que evolucionaba ante él. Salamandra se acercó en silencio. Sabía que Jonás era perfectamente consciente de su presencia, pero, aun así, no quería molestarlo.

Los dos observaron cómo el remolino se deshacía lentamente, hasta quedarse en

unas gotas de agua que, finalmente, cayeron sobre la mesa y desaparecieron por completo.

—¿Puedes hacer eso mismo en tamaño real? —preguntó Salamandra.

Jonás asintió en silencio. Salamandra no dijo nada.

—¿Qué quieres? —preguntó él.

Salamandra abrió la boca para empezar a contarle todo lo que había pasado en el despacho de Dana, pero se lo pensó mejor: Jonás tenía otros problemas en la cabeza.

—Nada —dijo suavemente. —Siento molestarte. Mejor me voy, ¿eh? Buenas noches.

Dio media vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí. Pero, cuando ya se marchaba, Jonás salió del estudio y la retuvo, cogiéndola por el brazo.

—Espera —dijo él.

Salamandra lo miró a los ojos. El chico estaba serio; ella nunca lo había visto así.

—Siento lo que te he dicho esta tarde —dijo la aprendiz. —No es que no quiera ayudarte; es que no me siento capaz de ello.

Jonás callaba; seguía mirándola fijamente, y Salamandra se sintió extraña, como si él no fuera el mismo de siempre.

—Hasta Nawin es mejor que yo —añadió, de mala gana.

Jonás esbozó una sonrisa, y Salamandra se lo agradeció con toda su alma. Necesitaba un amigo, y Jonás era, en el fondo, la persona en quien más confiaba; la idea de que él estuviese resentido con ella se le hacía difícil de aguantar.

—Nawin es muy buena —dijo él. —Será mejor que empieces a metértelo en la cabeza. Puedes pensar lo que quieras de Shi-Mae, pero no es tonta. No avalaría a una persona sin un mínimo de talento.

—Aun así, creo que ella ya sabía mucho antes de venir a la Torre. —Jonás se encogió de hombros.

—Es posible —dijo. —Quizá Shi-Mae le enseñara por su cuenta, pero ambas saben que para cambiar de grado hay que realizar un examen, y ni siquiera una Archimaga como Shi-Mae puede examinar a nadie si no es Maestra en una Escuela de Alta Hechicería.

—Entonces tampoco puede examinarte a ti.

—Ahora sí, porque Dana no está, y ella ha ocupado su puesto por decisión del Consejo. Como Señora de la Torre en funciones puede examinar a Nawin, o puede examinarme a mí, o a quien le plazca.

La mención del examen lo había puesto nervioso de nuevo, porque se retorció las manos casi sin darse cuenta. En un arranque de cariño, Salamandra se las cogió para evitar que se hiciera daño, y notó cómo él se estremecía entero.

La chica respiró hondo. Aquel era un momento difícil. Podía decirle a Jonás lo que pensaba al respecto, pero no le parecía buena idea; solo terminaría de hundirlo más.

Y, de todas formas..., no estaba del todo segura de que quisiera decírselo, todavía, con examen o sin él.

—Lo vas a hacer bien —le dijo suavemente. —Llevas tres años estudiando el Libro del Agua, te lo sabes de memoria.

Él la miró sin decir nada. Salamandra levantó la mano para apartarle un mechón moreno de la cara, pero él se separó de ella con cierta brusquedad.

—No —dijo, y Salamandra lo miró sin comprender. —No juegues conmigo, Salamandra —le advirtió, muy serio. —No me gusta.

—Yo no pretendía... —empezó ella; sin embargo, la interrumpió un agudo chillido procedente de algún lugar de la Torre. —¿Qué ha sido eso?

Jonás había saltado como si le hubiesen pinchado. —¡Viene del piso de abajo!

Los dos cruzaron una mirada. Jonás cogió la mano de Salamandra y realizó el hechizo de teletransportación. En un abrir y cerrar de ojos habían desaparecido de allí.

Pronto descubrieron que el grito procedía del cuarto de Nawin, porque, cuando se acercaron, se toparon con una escena caótica: la elfa se había acurrucado en un rincón, aterrorizada, y todas sus pertenencias estaban esparcidas por la habitación. Una fuerza misteriosa abría y cerraba cajones, revolvía las estanterías y arrojaba objetos al suelo.

Nawin pareció aliviada cuando vio a sus compañeros; fijó la mirada de sus ojos almendrados en la túnica azul de Jonás.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó él. Nawin ignoró por completo a Salamandra y le explicó al muchacho:

—No sé qué es; le he practicado todos los exorcismos que me sé, pero no parece un espíritu elemental.

«¡Exorcismos!», se dijo a sí misma Salamandra, sorprendida. «¡Pero eso es de tercer grado!» También Jonás parecía impresionado.

—Bueno, yo...

—Parece que está buscando algo —intervino Salamandra, observando atentamente lo que sucedía en la habitación; no había pasado por alto que aquella estancia era bastante más lujosa que la de cualquier otro aprendiz de la Torre. —¿Podéis adivinar qué?

Nawin no le hizo caso.

—...Tampoco es un genio —seguía explicándole a Jonás. —No he encontrado su objeto de origen. Pensé que sería un duende, pero...

Salamandra se plantó frente a ella. —¿Y qué dirías si te dijese que puedo detenerlo? Nawin la miró con una mueca de desprecio. Pero entonces la fuerza invisible arrancó de golpe las sábanas de su cama y las arrojó a un rincón, y la elfa emitió un gemido de miedo.

Salamandra sonrió. Avanzó hasta el centro de la habitación y dijo, en voz alta y clara:

—Kai.

De pronto, todo se calmó. Fuera quien fuese aquel que estaba organizando todo aquello, se había detenido. Salamandra se volvió hacia Nawin, triunfante.

—Sé que puede escucharnos y entendernos —dijo. —Quiere algo, y no va a parar hasta que lo tenga —se acercó a la princesa elfa para mirarla a los ojos. —Puedo quitártelo de encima, Nawin, a cambio de dos cosas.

Ella no respondió. Entonces el candelabro se alzó en el aire, solo, y se aproximó peligrosamente a su rostro. Nawin chilló.

—¡Está bien! —dijo. —Dime qué quieres.

Salamandra sonrió.

—En primer lugar, quiero el colgante de Dana.

El candelabro se retiró un poco del rostro de Nawin, y Salamandra supo que había dado en el clavo. Nawin respiró hondo y se sacó el colgante de debajo de la túnica. Se lo tendió a Salamandra de mala gana.

—En segundo lugar —prosiguió ella, cogiéndolo, —exijo de ti la promesa de que no vas a decirle nada de esto a Shi-Mae.

—¡Pero...! —empezó Nawin.

—Pero ¿qué?

—¡No puedo hacer eso!

—¿Ah, no?

—Dile que, como se vaya de la lengua, no volverá a dormir mientras esté en la Torre

—dijo una voz al oído de Salamandra.

Ella saltó como movida por un resorte. Se giró lentamente y casi dejó caer el colgante del susto.

Junto a ella había un muchacho rubio, de unos dieciséis años, que sostenía entre sus manos el candelabro que tanto asustaba a Nawin.

—Tú eres Salamandra, yo soy Kai —dijo él. —Hechas ya las presentaciones, ¿seguimos con lo que nos traíamos entre manos?

Salamandra retrocedió, intimidada, retorciendo nerviosamente el colgante entre sus manos.

—No sueltes eso —le advirtió Kai, o dejarás de verme. Y necesito con urgencia que alguien me escuche.

—¿Qué pasa? —preguntó Jonás, preocupado.

Salamandra no contestó. Seguía mirando fijamente a Kai, sin poder hablar.

—Oye —dijo Kai, con impaciencia. —No te voy a morder. Solo intentaba llamar un poco vuestra atención, eso es todo... y asustar un poco a esa elfa estúpida.

Salamandra sonrió débilmente. Jonás se colocó a su lado, dispuesto a protegerla de lo que hiciera falta.

—Es por el colgante, ¿verdad? —se atrevió a decir ella.

—Dana realizó sobre ese colgante lo que ella llama un conjuro de vinculación —explicó Kai. —Solo Dana puede verme y oírme; como yo no podría permanecer mucho tiempo junto a ella, hechizó el colgante para que fuese un puente entre los dos, para que yo pudiese acudir a ella cuando me necesitase, a través de este objeto. Pero lo dejó en el despacho después de realizar el conjuro, porque no debía tocarlo hasta que pasasen unas cuantas horas...

—Entonces, ¿por qué yo puedo verte y Nawin no?

—Porque tú fuiste la primera en cogerlo después del conjuro, y ahora el amuleto te ha tomado por el otro extremo del puente.

Salamandra se estremeció.

—Entiendo —dijo. —¿Tú sabes qué ha pasado, dónde está ella?

—Salamandra —intervino Jonás, muy serio. —¿Con quién hablas?

Kai miró a Jonás, pensativo, pero no dijo nada.

—Se llama Kai —explicó Salamandra. —Es amigo de Dana. Es... invisible.

—Bueno, pero tú... ¿tú lo ves?

—Sí; dice que es por el colgante...

Jonás alargó la mano y aferró la joya. Miró frente a sí, pero no vio nada. La soltó, decepcionado, y lanzó a Salamandra una mirada suspicaz.

Ella, en cambio, seguía viendo a Kai en la habitación. El muchacho los observaba, como dándole vueltas a una idea.

—Salamandra, tú me estás tomando el pelo —dijo Jonás.

Kai hizo un gesto de fastidio.

—Explícale lo que yo te he contado acerca del colgante, y dile que no tenemos todo el día.

Salamandra transmitió a Jonás el mensaje de Kai. El chico movió la cabeza, confuso.

—No entiendo nada —dijo. —Esto es...

Kai dejó el candelabro sobre la mesa y se volvió hacia Salamandra, impaciente. Ella retrocedió un poco, pero él fue más rápido. La acorraló contra la pared y acercó su rostro al de la chica, para mirarla a los ojos.

—No hay tiempo —dijo lentamente. —Dana está en peligro, y os necesito para

salvarla.

Los ojos de él eran de color verde, intensos, chispeantes. Movida por un presentimiento, Salamandra alzó la mano y trató de tocarlo.

No pudo. Sus dedos solo hallaron aire, aunque la aprendiz veía perfectamente a Kai justo frente a ella, tan cerca que podría hasta sentir su respiración... si él respirase.

—¿Quién eres? —susurró, fascinada.

Kai inspiró profundamente y cerró los ojos, como si le doliese recordarlo. Después volvió a mirarla.

—Confía en mí —dijo. —Por favor, confía en mí. Salamandra no respondió. No podía dejar de mirarlo. —Tú la quieres, ¿verdad? —preguntó.

Kai apartó la mirada y se separó de ella. Su gesto fue bastante elocuente, y Salamandra percibió, por un instante, todo el dolor que había detrás de aquella historia.

El chico volvió a mirarla a los ojos, apremiante.

—Ayúdame —suplicó. —Ayúdame, por favor. Necesito encontrarla.

Salamandra no lo pensó. Con sus ojos fijos en los de Kai, prometió:

—Te ayudaré, Kai. Te lo juro.

Él pareció relajarse un tanto.

—¿Qué he de hacer? —quiso saber ella.

Kai no respondió enseguida. Su mirada fue hacia la ventana del cuarto de Nawin; al otro lado, los lobos aullaban en la noche desde las montañas del valle.

Salamandra comprendió.

—Eras tú, ¿verdad? El del cuchillo en la cocina. Me estabas diciendo que hemos de luchar... y escapar... de la Torre añadió, recordando el cuchillo saliendo por la ventana.

Kai sonrió levemente.

—No sé usar esas plumas tan extrañas que empleáis los magos para escribir —dijo.

—Si supiera, os habría dejado un mensaje escrito hace tiempo.

Salamandra asintió. Parecía lógico. Eran plumas expresamente diseñadas para escribir en arcano, el lenguaje de la magia; también a ella le había costado mucho aprender a usarlas.

—Tú cerraste la puerta cuando aquel lobo saltó sobre Fenris la otra noche —prosiguió Salamandra. —Tú cerraste el cajón del despacho de Dana...

Kai asintió.

—También he intentado ponerme en contacto con Fenris, pero Shi-Mae siempre estaba con un ojo puesto en él. Y, ahora, Fenris está inconsciente y no puede ayudarnos.

Jonás, cansado de aquella situación, cogió a Salamandra del brazo.

—Escucha, yo... —empezó, pero ella estaba pendiente de los movimientos de Kai, que se había puesto rígido de pronto.

—Viene alguien —dijo, y, antes de que hubiese acabado de hablar, la alta figura de Shi-Mae se había materializado en la habitación.

Salamandra miró a Kai, y él le hizo un gesto de despedida con la mano.

—No te vayas —susurró ella, pero el chico movió la cabeza hacia Shi-Mae... y desapareció.

Salamandra se sintió de pronto muy sola, vacía y asustada, y se arrimó a Jonás, sin acordarse de que él le había pedido que no jugara con sus sentimientos; el chico tampoco parecía recordarlo, porque la abrazó, sin importarle que Shi-Mae estuviese frente a ellos, mirándolos con reprobación. Salamandra se sintió un poco mejor.

—Bueno —suspiró la hechicera, con cansancio. —Estoy esperando una

explicación.

Salamandra recobró algo de su aplomo. Aprovechando que estaba abrazada a Jonás, ocultó el colgante entre los pliegues de su túnica, utilizando el cuerpo de su amigo como barrera para que Shi-Mae no la viera. Después lanzó una mirada de advertencia a Nawin, que seguía en su rincón, sin hablar.

—Hemos oído gritos y por eso hemos venido a ver qué pasaba —empezó Jonás, sin mentir.

No fue capaz de decir nada más. Miró a Salamandra, que se esforzaba en buscar una mentira creíble.

De pronto, se oyó la voz, clara y fría, de Nawin

—Se me ha descontrolado un genio del aire que había invocado. Jonás me ha ayudado a enviarlo a su plano otra vez.

Shi-Mae se volvió hacia Nawin y alzó las cejas, desconcertada; pero su alumna sostuvo su mirada sin pestañear.

—Bueno —dijo la Archimaga. —Me sorprende que hayas conjurado a un genio del aire, Nawin. Eres una aprendiz de primer grado, al fin y al cabo. Pero todavía me sorprende aún más que este muchacho te haya ayudado a controlarlo —añadió con ironía.

Jonás tragó saliva. Cualquier aprendiz de tercer grado como él sabía que un genio del aire descontrolado era muy difícil de devolver a su plano.

—Él es un buen mago —intervino Salamandra, algo irritada, —no un inútil, como piensas tú. Lo único que pasa es que no tiene prisa. Quizá eso te sorprende en un humano, a ti, que eres una elfa y te tomas las cosas con calma. Pero no todos los humanos somos iguales.

Shi-Mae la miró, asombrada ante semejante osadía.

—¿Cómo te atreves?

—¿Cómo te atreves tú a juzgarnos sin conocernos? —replicó ella.

Se separó de Jonás y se irguió frente a la Archimaga.

—Expúlsame, si quieres —la desafió. —Pero no la tomes con Jonás. Él no ha hecho nada malo, es un buen chico. Yo soy la rebelde. Castígame a mí.

Shi-Mae la miró fijamente, como decidiendo qué hacer con ella. Finalmente, suspiró.

—No sé qué os pasa en esta escuela. Nunca me había topado con algo semejante.

—No pasa nada, Shi-Mae —intervino Nawin de nuevo. —Ha sido un error mío. No debería meterme a invocar elementales sin haber superado el examen básico. Ellos me han ayudado, Shi-Mae. De verdad.

Por suerte para los aprendices, la Archimaga estaba cansada y tenía pocas ganas de discutir.

—Ya hablaremos mañana —les advirtió; miró a Nawin. —Recoge todo esto y vete a dormir. Es muy tarde.

Antes de que se dieran cuenta, había desaparecido de la habitación.

Hubo un breve silencio. Entonces Salamandra dijo, de mala gana:

—Gracias.

—No me las des —replicó la elfa rápidamente. —Te lo había prometido, ¿no? Y he de reconocer que me has librado de esa criatura... —la miró con suspicacia. —¿La has invocado tú?

—¡No! Es un amigo de Dana, y está haciendo lo imposible por encontrarla. Necesita nuestra ayuda.

Nawin se levantó, pensativa. —Me resulta difícil creerte.

—No me sorprende —replicó Salamandra con ironía. —¿Qué parte de la historia es la que no te crees?

—Creo —intervino Jonás, —que el problema radica en que tanto Nawin como Shi-Mae piensan que Dana es una mala persona.

—Pues no entiendo por qué.

—Bueno... —Jonás parecía incómodo. —Admítelo, Salamandra. A nadie lo maldicen sin una buena razón.

—¡Exacto! —dijo Nawin; hizo un pase mágico y todas las cosas de la habitación empezaron a volver solas a su lugar. —¿No conocéis la primera regla de una escuela de hechicería?

—No —admitió Salamandra a regañadientes, envidiando la facilidad con que la elfa estaba ordenando su cuarto sin apenas esfuerzo; miró a Jonás y vio que él sí ponía cara de saber de qué estaba hablando su compañera.

—La primera regla de una escuela de hechicería es —recitó Nawin —que ningún aprendiz, bajo ningún concepto, debe jamás rebelarse contra su Maestro...

—... porque, si lo hace, su maldición lo perseguirá para siempre —concluyó Jonás en voz baja. Salamandra los miró, incrédula. —¿Queréis decir...?

—Así es como Dana se hizo con el control de la Torre del Valle de los Lobos —dijo Nawin, muy seria—. Usurpando el poder del anterior Maestro. Por eso ahora ella está maldita.

Salamandra movió la cabeza, horrorizada.

—¡No te creo!

Jonás la miró, algo preocupado.

—Tranquila, Salamandra. Averiguaremos qué fue lo que pasó. Kai te lo contará.

—Kai se ha ido —suspiró ella—, y no sé si volverá.

—Podrías preguntarle a la única persona de la Torre que estuvo allí para verlo —sugirió Nawin fríamente. —Si estuviera consciente para contestar a vuestras preguntas, claro.

Salamandra cruzó una mirada con Jonás.

—Mala suerte —dijo el chico. —Será mejor que nos vayamos a dormir, Salamandra.

Ella asintió de mala gana.

Cuando los dos chicos hubieron abandonado el cuarto de Nawin, Shi-Mae volvió a materializarse allí.

Nawin seguía sentada sobre la cama, y no se movió. Shi-Mae avanzó hacia ella.

—¿Por qué lo has hecho, princesa? —preguntó. —¿Por qué me has mentado?

Nawin se volvió lentamente hacia la Archimaga.

—Tú dijiste que no confiaban en mí. Pues bien, tengo... que ganarme su confianza, ¿no?

Shi-Mae esbozó una sonrisa.

IX BUSCANDO A DANA

Salamandra no quiso levantarse aquella mañana con el amanecer. Se quedó en la cama hasta muy tarde, despierta, pensando. A media mañana sonaron golpes en su puerta.

—Salamandra... —era la voz de Jonás. —Salamandra, abre. Sé que estás despierta.

Salamandra apartó las mantas de mala gana y se levantó de la cama para abrir la puerta.

Jonás estaba fuera, muy serio y tieso. Se había asegurado de que su túnica azul estaba perfectamente lavada y planchada, y él mismo parecía recién bañado, aunque estaba pálido y ojeroso, y daba la impresión de no haber dormido mucho. Pero había un brillo de decisión en su mirada, y su actitud era bastante resuelta.

—Hola —dijo al verla; sonrió. —Tampoco tú has dormido bien, ¿eh?

—No —murmuró ella. —Vas a hacer ahora el examen, ¿verdad? ¿cómo estás?

Jonás no respondió enseguida. Cuando habló, lo hizo lenta y suavemente.

—Gracias por lo de anoche, Salamandra.

—¿Por qué? —a Salamandra le costaba trabajo recordar todos los detalles de lo que había sucedido la noche anterior.

—Por lo que le dijiste de mí a Shi-Mae. Fuiste muy valiente.

Salamandra se frotó el pie izquierdo descalzo contra la pierna derecha, sin saber muy bien qué decir.

—Gracias por creer que soy un buen mago —añadió él. —Gracias por creer en mí.

—Yo... No tienes que darme las gracias por eso, Jonás. Es verdad, eres un buen mago.

Él alzó la cabeza, sonriendo.

—Voy a hacer el examen —repitió. —Y cuando vuelva me verás con la túnica violeta.

Ella sonrió.

—Estoy segura, Jonás.

El chico se volvió para marcharse.

—Volveré dentro de un rato.

—Buena suerte —le deseó ella. —Te estaré esperando.

Jonás se fue pasillo abajo, y Salamandra se le quedó mirando, pensativa.

—Es un buen momento para buscar a Dana —dijo una voz en su oído.

Salamandra se sobresaltó, y se giró como si le hubieran pinchado. Junto a ella estaba Kai.

La chica se había olvidado casi por completo de él. Para asegurarse de que no era una ilusión, aferró con fuerza el colgante de Dana, que se había puesto al cuello la noche anterior. Pero Kai seguía allí, mirándola.

—¿Como has dicho?

—Que es un buen momento para buscar a Dana —repitió él —Shi-Mae estará examinando a Jonás. No se entrometerá.

Salamandra decidió que estaba demasiado aturdida para considerar la propuesta de Kai, y lo echó de su cuarto mientras se cambiaba de ropa y se vestía con su túnica blanca. Poco después bajaba a lavarse la cara y a robarle a Tina un bollo de la cocina, siempre seguida por Kai.

—Bueno, bueno, ya voy —gruñó la aprendiz finalmente.

Se volvió hacia Kai.

—Exactamente, ¿dónde quieres que la busquemos?

—Debo volver a mi mundo y preguntar allí. Seguro que alguien sabe decirme si la han visto.

—¿Tu mundo? ¿Y qué mundo es el tuyo?

Kai esbozó una triste sonrisa.

—Eso ahora no importa. Solo me gustaría saber si tenéis en la Torre algún objeto que pueda servir de puerta dimensional.

—Este... pues no lo sé.

—¿Puedes preguntarle a alguien?

—Debería acudir a Shi-Mae, pero sospecho que no es una buena idea —Kai negó vehementemente con la cabeza. —Bueno, entonces, como Fenris sigue sin conocimiento, el siguiente en la gradación es Conrado.

Jonás se situó en el círculo de la Sala de Pruebas. Frente a él, en la Silla del Examinador, estaba Shi-Mae.

—¿Estás preparado, aprendiz? —preguntó ella.

Jonás asintió, con un nudo en la garganta. Inspiró profundamente y recitó:

—Yo, Jonás, aprendiz de tercer grado de la Escuela de Alta Hechicería de la Torre, me presento voluntariamente al examen del Libro del Agua, para convertirme en aprendiz de cuarto grado e iniciarme en los misterios del elemento Fuego.

—Se aprueba tu presentación —dijo Shi-Mae; parecía un tanto aburrida. —Veamos qué sabes hacer, aprendiz. ¿Conoces el hechizo 47-c del Libro del Agua?

Jonás tragó saliva de nuevo. Cerró los ojos para concentrarse mejor.

«El hechizo de la barrera acuática», recordó de pronto. Lentamente, empezó a pronunciar las palabras mágicas.

—¿Una pu... puerta dimensional? —tartamudeó Conrado.

—Sí, una puerta —repitió Salamandra.

—No tengo ni idea —dijo el chico. —La Torre está llena de trastos viejos que podrían ser antiguos objetos mágicos en desuso.

—Pero una puerta dimensional es algo muy importante —susurró Kai. —Seguro que ningún Archimago que pasase por aquí dejaría un objeto así cogiendo polvo en un trastero.

—Pero una puerta dimensional es algo muy importante —se apresuró a repetir Salamandra—. Seguro que ningún Archimago que pasase por aquí dejaría un objeto así cogiendo polvo en un trastero.

—Mmm —dijo Conrado. —Pues en tal caso estará en el estudio de la Maestra, ¿no?

Kai y Salamandra cruzaron una mirada.

—Shi-Mae está ocupada ahora —le recordó Kai.

Salamandra no respondió. Conrado la miró, muy preocupado.

—¿Qué es lo que pasa, Salamandra?

Ella le devolvió una mirada pensativa.

—Voy a contarte un secreto, Conrado. Por favor, necesito que no le digas nada de esto a nadie.

Jonás respiró profundamente. Estaba muy cansado, pero creía que el examen le estaba saliendo bastante bien.

Shi-Mae se reclinó sobre la Silla del Examinador y lo observó atentamente. Jonás trató de adoptar un aire resuelto.

—Siguiente ejercicio —dijo Shi-Mae—. Invocación 33-e.

Jonás palideció. Era una de las invocaciones más complejas.

Trató de sobreponerse. «No debo dudar, no debo tener miedo», se dijo a sí mismo.

Lentamente, empezó a conjurar.

—No deberíamos estar aquí —dijo Conrado por enésima vez.

Kai, harto de sus escrúpulos, abrió la puerta del estudio de golpe, y el muchacho se sobresaltó.

—Sa... Salamandra, dile a tu amigo que no haga esas cosas... —murmuró, mirando muy nervioso a su alrededor. —No es mi amigo, es amigo de Dana, ya te lo he dicho

—Salamandra se detuvo frente a la cuarta puerta y trató de abrirla, como solía hacer siempre, sin mucha fe; pero, para su sorpresa, la puerta se abrió. —Eh, mirad. Está abierta.

Conrado estaba a punto de entrar en el estudio de Dana, pero se volvió rápidamente.

—¡Salamandra! —susurró. —¿Qué haces? —Solo voy a echar un vistazo, solo un momento... Conrado vaciló. Tenía puesta la mano en el picaporte, pero Salamandra ya había desaparecido en el interior de la habitación misteriosa. Con un suspiro, el chico se apartó de la puerta del estudio de la Señora de la Torre y entró tras su amiga.

Salamandra se había detenido en el centro de la habitación y miraba a su alrededor con curiosidad.

—¿Pero qué ha pasado aquí? Está todo patas arriba. —Fue aquí donde Dana, Fenris y Maritta derrotaron al Maestro —dijo Kai en voz baja.

—¡El Maestro! —repitió Salamandra, sobrecogida. —¿Te refieres al Maestro de Dana?

Pero Kai no la escuchaba. Se dirigía hacia un bulto inmóvil en una esquina de la habitación. Salamandra lo siguió, intrigada.

Se trataba de una forma plana y ovalada, cubierta por un enorme paño de terciopelo azul. Salamandra la tocó con precaución.

—Esto no estaba aquí antes —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Conrado, acercándose a ella.

—Porque todo lo que hay aquí está lleno de polvo, y esto no. La tela parece muy nueva.

Antes de que Conrado pudiera detenerla, Salamandra dio un fuerte tirón, y el paño cayó al suelo, descubriendo un enorme espejo.

—Vaya —comentó la chica. —¿Es un espejo mágico?

—Creo que es más que eso —comentó Conrado, acercándose para examinarlo—. Es la puerta dimensional que andabas buscando. ¡Qué casualidad!

—No creo que sea una casualidad —opinó Kai, sombrío. Conrado no podía oír sus palabras, pero Salamandra sí, y se volvió inmediatamente hacia él.

—¿Qué quieres decir? —Este espejo no es de Dana.

—Mira, son caracteres élficos —dijo entonces Conrado, que estaba examinando el marco del espejo. —Veamos, tengo mi élfico un tanto oxidado, pero parece que dice... «Pregunta y te contestarán».

—Qué absurdo —comentó Kai. —Te contestarán si les da la gana. ¿Puedes hacer que funcione?

Conrado no contestó. Seguía examinando el espejo, y Salamandra recordó entonces que el chico no podía ver ni oír a Kai. Se apresuró, por tanto, a formularle la pregunta a

Conrado:

—¿Puedes hacer que funcione?

Conrado dio un respingo.

—Esto... no lo sé. Es un objeto muy poderoso.

Salamandra miró a Kai, que asintió.

—Inténtalo —dijo la muchacha.

—No sabes para qué sirve, ¿verdad? —dijo Conrado, estremeciéndose—. Este espejo sirve para invocar a los muertos.

—Solo ellos pueden decirnos dónde está Dana —dijo Kai. —No os preocupéis. Limitaos a abrir la puerta y yo haré el resto.

Salamandra transmitió a Conrado el mensaje de Kai; el aprendiz no parecía muy convencido.

—Salamandra, podrían pasar cosas terribles...

—Shi-Mae tardará aún un rato...

—No me refiero a eso. Podríamos traer algún espíritu del Otro Lado. No se debe jugar con las almas de los muertos.

—No pasará nada de eso —intervino Kai. —Confíad en mí. Solo tenéis que dejarme entrar ahí.

—¿Y si no puedes volver? —dijo Salamandra, preocupada.

—Mientras la puerta esté abierta podré volver. Solo necesito, Salamandra, que no te alejes de aquí, y que no sueltes ese colgante por nada del mundo. Es el puente, ¿recuerdas?

Conrado miraba a Salamandra muy serio.

—No termino de acostumbrarme a verte hablar con alguien a quien no puedo ver ni oír.

Salamandra explicó a su amigo lo que quería Kai. Conrado movía la cabeza, preocupado.

—Está bien, lo intentaré —dijo finalmente, tragando saliva.

Retumbó un trueno. Un pesado manto de nubes negras había cubierto la sala. Comenzó a llover copiosamente, y pronto la Archimaga y el aprendiz estuvieron completamente empapados, pero ninguno de los dos pareció notarlo. Un soplo de aire húmedo recorrió la sala de pruebas. En un rincón oscuro se oyó una risa grave; Shi-Mae y Jonás vieron que desde allí los miraba un pequeño rostro cambiante en el que solo se apreciaban bien unos ojos rojos, estrechos y alargados.

—El elemental de la tormenta —murmuró Jonás.

El elemental voló por toda la habitación. Era como una ráfaga de viento con rostro, un rostro de rasgos picudos; a veces se podían distinguir las formas de un pequeño cuerpo de miembros largos, esbeltos y escamosos.

—¿Sabes controlarlo, aprendiz? —preguntó Shi-Mae, enarcando una ceja.

Jonás vaciló.

—Elemental, ven a mí —ordenó en idioma arcano.

El elemental se detuvo y miró al aprendiz. Jonás pensó que no le haría caso, y que Shi-Mae lo suspendería, por inútil. Pero súbitamente la criatura del agua se deslizó hacia él, y Jonás sintió que lo rozaba algo húmedo y viscoso que le heló hasta el tuétano de los huesos. Miró a su alrededor, en busca del elemental, mientras la lluvia seguía cayendo pesadamente sobre él.

Lo encontró a su lado, quieto, mirándolo, esperando sus órdenes.

Jonás suspiró imperceptiblemente. Shi-Mae asintió, satisfecha.

Conrado terminó de pronunciar las palabras mágicas y el espejo se iluminó. Dejó de reflejar la habitación para mostrar un paisaje brumoso y espectral, de formas cambiantes y colores inverosímiles.

—No tardaré —prometió Kai.

Antes de que Salamandra pudiese decir nada, el muchacho entró a través del espejo y desapareció. Incluso Conrado notó que se había ido, porque se le puso la piel de gallina.

—No entiendo nada de lo que está pasando, Salamandra.

—Yo tampoco —confesó ella, aferrando con fuerza el amuleto de Dana, que aún llevaba colgado al cuello. —Solo nos queda esperar que vuelva antes que Shi-Mae —miró a Conrado con seriedad. —Creo que el espejo es suyo.

Conrado gimió, lleno de remordimientos.

Kai recorrió el mundo de los espíritus sin tener muy claro adonde iba. A veces se detenía a preguntar, pero nadie era capaz de decirle dónde estaba Dana. «¿Puede haber un lugar que los muertos no conozcan?», se preguntaba el chico. Dana no estaba muerta; si fuera así, él ya la habría encontrado.

Y recordaba, con espantosa claridad, unas palabras que había oído pronunciar a alguien, no hacía mucho, en aquella misma dimensión: «Pequeño insensato, esta vez ni siquiera tú podrás evitar que cumpla mi venganza, porque he reservado para Dana un destino peor que la muerte...». Un destino peor que la muerte...

De pronto oyó un rumor; era un rumor lejano, pero Kai oyó en él la palabra «Kin—Shannay», y supo que hablaban de Dana. Corrió hacia el lugar de donde salía el rumor. Eran dos espíritus viejos; el color especial de su aura indicó a Kai que habían sido magos en vida.

—Busco a una Kin-Shannay que no está muerta, pero que tampoco parece estar viva, —dijo.

Los espíritus callaron.

—Soy su Kai, —insistió el muchacho. —Mi deber es encontrarla y protegerla, en el nombre de las criaturas del Otro Lado. Vosotros deberíais ayudarme.

Los espíritus guardaron silencio un momento. Entonces uno de ellos dijo, con un suspiro:

—Muchacho, no creo que te sea posible recuperarla ya.

Y el otro añadió:

—¿Has oído hablar del Laberinto de las Sombras?.

Conrado se incorporó, muy nervioso.

—¿Qué es eso?

Salamandra también lo había sentido, una especie de ondulación en la superficie del espejo.

—Quizá sea Kai, que vuelve —dijo, esperanzada.

Pero un estremecimiento la recorrió de arriba abajo cuando oyó en su mente una voz susurrante:

—¿Eres tú? ¿Qué es lo que quieres ahora?.

Conrado miró a Salamandra, aterrado. También él la había sentido. Una voz masculina, baja y bien modulada.

—¿Quién eres tú?, —pensó Salamandra inmediatamente.

—¿Qué significa esto?, —preguntó la voz, irritada. —¿Quiénes sois vosotros?.

—Podemos mostrártela, —añadieron los espíritus, —pero no puedes llegar hasta ella desde aquí. El Laberinto de las Sombras tiene su propia puerta.

Kai asintió, impaciente. Los espíritus abrieron una ventana y el chico pudo ver por fin

el Laberinto de las Sombras.

Ninguno de los aprendices tuvo valor para contestar a la pregunta telepática. Disgustada, aquella presencia que se había comunicado con ellos a través del espejo los abandonó y se marchó de nuevo al lugar de donde había venido.

—¿Qué... era eso? —susurró Salamandra, aterrada.

Shi-Mae alzó la cabeza súbitamente, y frunció el ceño. Habría jurado que él la llamaba... pero no, no podía ser. Había dejado la puerta del espejo cuidadosamente cerrada la última vez. Él no podría haberla abierto por sí mismo. Y en la Torre no había nadie que tuviese los conocimientos necesarios para hacerlo, a excepción de Fenris y ella misma, claro.

La arruga de la frente de Shi-Mae se hizo más profunda. Estaba aquel aprendiz de cuarto grado (la Archimaga no recordaba su nombre), pero no lo consideraba lo suficientemente osado como para atreverse a revolver en las pertenencias ajenas.

De cualquier modo, solo había una forma de averiguarlo.

Se levantó; pero entonces cayó en la cuenta de que Jonás estaba todavía ahí, ejecutando el último hechizo que le había dicho que hiciera. Shi-Mae se volvió a sentar, indecisa. Jonás estaba tratando de controlar a dos elementales de la tormenta a la vez. Si lo interrumpía, los elementales podrían descontrolarse y tardarían semanas en volver a enviarlos a su plano.

La Archimaga suspiró con impaciencia. Tendría que esperar.

Dana vagaba por un mundo en el que todo parecía irreal. Sabía que estaba atrapada, sabía que no lograría escapar de allí a no ser que recibiese ayuda del exterior; pero aquella idea le daba miedo. ¿Cuántos de sus seres queridos acabarían prisioneros con ella por intentar salvarla?

Hacía tiempo que la Señora de la Torre se habría dejado llevar por la desesperación. Sin embargo, luchaba por seguir consciente, por mantener la cordura, por continuar viva... si es que seguía viva.

Dana ya no estaba segura de ello.

Y entonces oyó la voz de Kai, llamándola entre la niebla.

Lo primero que pensó fue que se trataba de una ilusión. Pero aquella voz había encendido la llama de la esperanza en su corazón, y avanzó entre las brumas, titubeante.

—¿Kai?

Pronunció las palabras de un hechizo para despejar la niebla. Las brumas susurrantes se alejaron un tanto de ella, y Dana se sintió un poco mejor.

Le pareció ver el rostro de Kai un poco más allá. Corrió a su encuentro. Se miraron a los ojos.

Sí, era él. Dana jamás podría olvidar la mirada de los ojos verdes de Kai. Se sintió exultante de alegría, y alargó la mano para rozar la de su amigo.

Dado que Kai no era un ser corpóreo, aquel contacto nunca era material. Sin embargo, la mayoría de las veces Dana podía sentirlo.

Aquella vez no lo sintió. Supo entonces que Kai no estaba allí, con ella.

Ya sé dónde encontrarte, —dijo la voz de él en su corazón. *Pronto estaré a tu lado.*

La imagen de Kai desapareció, y Dana volvió a quedarse sola entre la niebla.

No pudo evitar un gemido de dolor y desesperación.

A Jonás le estaba resultando realmente difícil concentrarse. Daba la sensación de que Shi-Mae no le estaba prestando atención.

Los elementales de la tormenta se burlaban de él, y a Jonás le costaba muchísimo trabajo conseguir que esto no fuera demasiado evidente.

—Está bien, basta —dijo la Archimaga, para alivio del chico. —Envíalos de nuevo a su plano.

La superficie del espejo se onduló de nuevo. Salamandra se incorporó de un salto.

—¿Kai? —preguntó, ansiosa.

La inconfundible figura del muchacho atravesó el cristal. Salamandra iba a contarle lo que les había sucedido con la voz del espejo, pero se detuvo al ver la expresión sombría de él.

—Traigo malas noticias —dijo solamente.

—¿Qué? ¿Es que Dana está...?

—No, no está muerta. Pero puede que se trate de algo peor.

—Pero... ¿he... he aprobado?

Shi-Mae lo miró, pensativa.

—¡No hay tiempo para explicaciones! —dijo Conrado, muy nervioso. —¡Tenemos que cerrar el espejo y marcharnos de aquí cuanto antes!

Shi-Mae pronunció las palabras del hechizo de teletransportación y abandonó la Sala de Pruebas, dejando solo a Jonás. Se materializó en la cúspide de la Torre, en la habitación que había sido el estudio del Maestro, y se dirigió hacia el espejo mágico.

La sala estaba desierta, y el espejo seguía en un rincón, cubierto por el paño de terciopelo azul. Shi-Mae no necesitaba acercarse más para saber que la puerta dimensional estaba cerrada.

X PLANES DE RESCATE

Salamandra se detuvo frente a la puerta de la habitación de Fenris, indecisa, y se volvió hacia su incorpóreo acompañante.

—No va a querer hablar conmigo.

—Seguro que sí —a Kai le brillaron los ojos mientras esbozaba una sonrisa maliciosa,

—en cuanto le digas que me he puesto en contacto contigo.

—¿El te conoce? —preguntó Salamandra, sorprendida.

—En cierto modo —respondió Kai ambiguamente. —Anda, entra.

Salamandra llamó a la puerta, y esta se abrió. La chica entró tímidamente.

El elfo ya estaba consciente, tal y como le había asegurado Kai momentos antes, pero Salamandra se dio cuenta enseguida de que aún se encontraba débil; seguía en cama y estaba muy pálido, y parecía que le había costado un tremendo esfuerzo mover la cabeza para ver quién acababa de entrar.

—Siento molestarte —se disculpó ella. —Créeme, no lo haría si no fuera importante.

Fenris no dijo nada. Salamandra añadió:

—¿Recuerdas que me dijiste que fuera paciente y aguardara la señal? Bueno, pues esa señal ya ha llegado.

Fenris tampoco habló en esta ocasión, pero la muchacha no se amilanó. Desvió la mirada hacia Kai, que se había acomodado sobre el alféizar de la ventana y los observaba, divertido.

—He hablado con Kai —dijo.

Los ojos almendrados de Fenris la miraron con sorpresa. Kai, desde la ventana, sonreía ampliamente. El elfo habló por primera vez.

—¿Qué estás diciendo? No me tomes el pelo, Salamandra.

Salamandra miró a Kai, pidiendo ayuda. Fenris se volvió siguiendo la dirección de su mirada: la ventana. Pero no vio nada.

—Bueno, dile solo que una vez seguimos a un unicornio a través del bosque y terminamos encerrados en un agujero en ninguna parte —sonrió Kai. —Estoy convencido de que no lo ha olvidado.

Salamandra transmitió a Fenris el mensaje de Kai e inmediatamente la expresión del mago cambió. Trató de incorporarse un poco.

—Salamandra, por los cuatro elementos, dime cómo lo has hecho.

Ella sacó el colgante de debajo de la túnica y se lo mostró. El elfo lo miró fijamente e indicó a Salamandra que se sentara cerca de él.

—¿Conoces la primera regla de una escuela de hechicería, Salamandra?

Ella asintió y dijo:

—Un aprendiz no debe rebelarse jamás contra su Maestro o, de lo contrario, su maldición lo perseguirá para siempre. ¿Es eso lo que hicisteis Dana y tú?

Fenris desvió la mirada hacia la ventana.

—Es algo que el Consejo no perdona, pase lo que pase. Pero el Maestro no nos dejó otra opción —sonrió con amargura. —También él estaba maldito, ¿sabes? Parece que es una situación que se repite bastante en las escuelas de hechicería, a pesar de las reglas y las amenazas.

Salamandra no estaba dispuesta a dejar cabos sueltos.

—¿Qué quieres decir con eso de que no os dejó otra opción?

—Exactamente lo que he querido decir. Es una historia muy larga, Salamandra. Me gustaría que te bastara con saber que el Maestro no era un hombre bueno. Estuvo a punto de matarnos a todos. Nosotros nos enfrentamos a él, y entre todos logramos derrotarlo; pero fue Maritta quien le dio el golpe de gracia, ¿entiendes?

Salamandra negó con la cabeza.

—Es sencillo —explicó el elfo. —Maritta era la cocinera, no una alumna del Maestro, luego su maldición no podía alcanzarla. Pero, muerta ella, la maldición ha pasado a los siguientes, Dana y yo. En el primer aniversario de la muerte de Maritta. Así funcionan las cosas, Salamandra. A estas alturas, lo más probable es que Dana esté muerta. Y después de ella será mi turno: los lobos me lo dijeron la otra noche.

—¡No! —dijo ella. —Kai ha buscado a Dana en el mundo de los muertos y no la ha encontrado. Pero dice que está en un lugar llamado el Laberinto de las Sombras.

—Los espíritus me han contado —intervino Kai —que es la peor prisión que existe sobre la tierra, porque quien entra allí ve cosas tan terribles que lo vuelven loco. Se pasa las horas y los días huyendo de esas visiones... hasta que pierde la razón. Dicen que si pasas demasiado tiempo allí dentro, tú también te conviertes en una sombra, por toda la eternidad, vagando por los límites de ambos mundos, sin estar vivo ni muerto. A eso se refería el Maestro cuando dijo que había reservado para Dana «un destino peor que la muerte».

Con un estremecimiento, Salamandra contó a Fenris todo lo que le había dicho Kai.

—El Laberinto de las Sombras —murmuró el elfo, pensativo. —Sí, he oído hablar de ese lugar. Si existe, es obvio que no está en este mundo, ni tampoco en el Otro Lado. Por eso yo no he podido encontrar a Dana. Bien mirado, es el único sitio donde ella podría estar.

—Los espíritus dijeron a Kai que el Laberinto tiene su propia puerta. ¿Cómo podemos abrirla? —preguntó Salamandra, en un susurro.

Fenris la miró fijamente.

—Tú no vas a ir, Salamandra. Es demasiado peligroso. Hablaré con Shi-Mae y veremos qué podemos hacer.

—¡No! —exclamó Kai. —¿No te das cuenta de que no puedes confiar en ella?

Salamandra le dijo a Fenris lo que acababa de decir Kai, pero el mago la interrumpió con un gesto.

—Yo estoy débil, y vosotros no estáis preparados para ir allí, Salamandra. Lo mejor que podemos hacer por Dana es dejar este asunto en manos del Consejo de Magos.

Salamandra iba a decir algo, pero vio que Kai negaba con la cabeza, y se calló.

Los dos chicos se despidieron de Fenris y salieron de la habitación.

—¡Maldita sea! —gruñó Kai. —No hemos sacado nada en limpio.

—No entiendo su actitud —suspiró Salamandra.

—Yo la comprendo, pero no la comparto. El Laberinto de las Sombras es un lugar terrible, y Fenris cree que tendrá más oportunidades de rescatar a Dana un grupo de Archimagos que un grupo de aprendices.

—Pero el Consejo no va a hacer nada por ella.

—Ya lo sé; pero eso es algo que Fenris no quiere aceptar.

—¿Por qué?

—Supongo que porque, pasase lo que pasase entre él y Shi-Mae, esa elfa es una Archimaga competente. No hay razones para que no quiera ayudar a Dana... aparentemente.

—¿Qué quieres decir con... aparentemente?

—¿Te has preguntado por qué querría Shi-Mae comunicarse con los muertos?

Aquella tarde Salamandra encontró a Jonás cerca del bosque, sentado junto a un arroyo. Lo vio de lejos; estaba de espaldas a ella, y la muchacha apreció perfectamente que aún llevaba puesta la túnica azul. Se le encogió el corazón.

—Jonás —dijo suavemente, acercándose.

—Te he estado buscando —respondió él—. No estabas en tu habitación.

—Lo sé, y lo siento.

No quería preocuparlo con sus problemas. Se sentó junto a él, en silencio.

—¿En qué andas metida, Salamandra?

Pero ella no respondió.

—¿Cómo te ha ido? —se atrevió a preguntar.

Él inclinó la cabeza. Salamandra siguió la dirección de su mirada y vio que el chico sostenía sobre su regazo una prenda de color violeta, doblada cuidadosamente. Abrió la boca, pero no pudo decir nada.

—Lo he conseguido, Salamandra —dijo él.

La muchacha, llena de una súbita alegría, le echó los brazos al cuello con tanto ímpetu que casi rodaron los dos hasta el arroyo.

—¡Oh, tonto! ¿Por qué no me lo has dicho antes? He llegado a pensar que...

—¡Mujer de poca fe! —bromeó él; se puso serio de pronto y se acercó a ella para mirarla a los ojos. —¿Quieres celebrarlo conmigo? —le pidió solemnemente. —Mañana tengo pensado...

—No puedo, Jonás —cortó ella; desvió la mirada, temiendo que su amigo se lo tomase a mal.

Pero él se quedó mirándola fijamente, muy serio. Le cogió la mano y le hizo alzar la cabeza y mirarlo a la cara.

—¿En qué andas metida, Salamandra? —repitió.

Ella vaciló al principio, pero acabó contándole todo, con pelos y señales. Jonás escuchó atentamente, y no le cambió la expresión ni siquiera cuando Salamandra le habló de Kai, de su experiencia con el espejo mágico de Shi-Mae y del lugar que llamaban el Laberinto de las Sombras.

—Vamos a ir a buscar a Dana —concluyó ella.

Jonás calló, muy serio. Luego dijo, lentamente:

—Quiero mucho a Dana. Es mi Maestra, me ha enseñado mucho, y no deseo que le pase nada. Pero a ti te quiero más todavía, Salamandra, y me niego a dejar que te pongas en peligro. Encuentro lógico que sea Kai quien vaya a buscarla, pero ¿por qué tú?

Salamandra sintió una oleada de emoción ante la cálida confesión del muchacho.

—Yo... —tartamudeó—. Verás, Kai está vinculado a Dana. Cuando viene a este mundo ha de estar siempre donde está ella, y no puede moverse de allí. Pero Dana se encuentra ahora en un lugar fuera de las leyes espacio-temporales, así que él no ha podido seguirla. Está en este mundo atado a un objeto de ella: su amuleto de la luna y la estrella. Para moverse y poder abandonar la Torre, alguien con cuerpo ha de acompañarlo y llevar el amuleto consigo. Y él confía en mí.

—De todas formas, no vamos a entrar en el Laberinto de las Sombras. Conrado dice que puede abrir la puerta. Pero será Kai quien entre a buscar a Dana.

—¿Y por qué tenéis que marcharos de la Torre?

—Porque, si hacemos el conjuro aquí, Shi-Mae nos sorprenderá antes de que logremos acabarlo. Nos teletransportaremos a otro lugar, más allá del bosque, en las

montañas.

Jonás calló un momento, pensativo. Finalmente, gruñó:

—Pues me da igual lo que diga Kai, ¿sabes?

Se levantó de un salto y, con un ágil movimiento, se quitó la túnica azul. Desplegó su nueva túnica violeta y se la puso. Le encajaba a la perfección.

—Me voy contigo —añadió, muy serio. —Y no vas a hacerme cambiar de opinión. Salamandra sonrió.

Morderek subió de nuevo las escaleras para llegar hasta el estudio de Shi-Mae.

La halló ocupada escribiendo en un libro de hechizos. Aguardó en la puerta, hasta que ella le dio permiso para entrar.

—¿Y bien?

—He estado espiando a Jonás y a Salamandra. Ellos dos y Conrado se marchan esta noche.

Shi-Mae frunció el ceño, mientras Morderek le contaba los pormenores de la conversación entre los dos aprendices.

La Archimaga no dijo nada. Morderek terminó de hablar y calló, esperando una respuesta de ella. Como no llegó, se atrevió a preguntar:

—Señora..., tú sabías que Dana está en el Laberinto de las Sombras, ¿verdad?

Shi-Mae clavó su mirada en él.

—¿Crees que saldrá de allí? —preguntó el chico.

—No —respondió por fin la Archimaga. —No lo creo.

—Bien —asintió Morderek. —Porque, si volviera, quizá tendría que quedarme en la Torre, con ella, y no podría aprender de ti.

Shi-Mae no dijo nada, pero lo observó, pensativa. Los ojos de Morderek, de color verde pálido, sostuvieron su mirada con frialdad.

Nawin tenía la sensación de que Salamandra le había estado dando esquinazo todo el día. La había visto con Conrado, luego con Fenris y después con Jonás, y no se había atrevido a acercarse por si alguno de ellos la descubría. Había intentado hablar con Jonás; se acercó a él para felicitarlo por haber aprobado el examen, pero el muchacho parecía preocupado y ausente. Mala señal, se dijo la princesa.

Sospechaba que Shi-Mae le ocultaba muchas cosas. ¿Por qué hablaba tanto con Morderek?

El instinto volvía a decirle a Nawin que estaban pasando cosas muy raras en la Torre. Después de lo sucedido en su habitación, la princesa no dudaba de la existencia de Kai. ¿Pero quién era Kai? ¿Por qué estaba allí?

Nawin cerró el libro de conjuros que había estado intentando leer durante toda la tarde y decidió que era hora de hacer algo.

Echó un vistazo por la ventana. Anochecía, y los lobos volvían a aullar sobre el valle.

A la hora convenida, Salamandra, Conrado, Jonás y Kai se encontraron en el jardín, temblando de nerviosismo. Momentos después salían del recinto de la Torre y atravesaban la pradera para llegar al bosque. Cuando estuvieron a una distancia prudencial, Jonás osó encender la lámpara que llevaba para iluminarles el camino.

—Ya sabéis que, mientras alguno de los habitantes de la Torre esté maldito, no debéis

atravesar el bosque de noche, o los lobos os devorarán —les recordó Kai.

—Teletransportaos hasta las montañas, deprisa.

Salamandra transmitió a sus compañeros las palabras de Kai.

No tardaron en desaparecer de allí.

Shi-Mae se aseguró de que Morderek se había marchado y tomó nota mentalmente de que había que hacer algo con él. Sospechaba que, igual que había abandonado a Dana a su suerte, era también perfectamente capaz de traicionarla a ella en un futuro. Eso había que tenerlo en cuenta.

Salió del despacho y entró en la habitación que hasta poco después de su llegada había estado sellada. Cerró la puerta cuidadosamente tras de sí y se dirigió al espejo del fondo.

Abrió la puerta y esperó.

Enseguida una voz serena y bien modulada le llenó la mente.

—*¿Qué es lo que ha pasado?*

—Los chicos lo saben todo.

—*Lo suponía. Te dije que tenías que deshacerte de Kai.*

—Yo... ¿cómo iba a imaginarlo? Solo Dana podía verlo y oírlo. Y el mago elfo estaba inconsciente. No pensé que...

—*Ya es tarde, —la interrumpió la voz. —Kai ha atravesado el espejo esta misma mañana. Todos tus secretos están cayendo, uno tras otro.*

—Han huido de la Torre; van hacia las montañas para abrir la puerta al Laberinto de las Sombras. ¿Debo impedirselo?

—*No. Todo lo que has de hacer es cerrar la puerta tras ellos. Seguro que el Consejo se dará cuenta de que unos simples aprendices nunca debieron meterse en hechizos tan complejos.*

Shi-Mae asintió.

—Era la posibilidad que más me convenía.

—*No te preocupes, Archimaga. Las cosas no están saliendo exactamente como las planeamos, pero no van mal del todo. El elfo sigue sin intervenir, y esos aprendices nunca lograrán rescatar a Dana. Yo tendré mi venganza y tú tendrás la Torre y todos sus secretos».*

—No voy a conformarme con la Torre, y lo sabes.

—*Sí. Lo sé.*

Apenas se oyó un leve rumor entre las sombras. Si Shi-Mae hubiera estado mirando, tal vez habría apreciado que un pedazo de muro parecía diferente del resto.

Pero a la Archimaga no le hacía falta mirar para saber quién había estado en la habitación todo el tiempo.

—*¿Quién estaba ahí, contigo?, quiso saber la criatura que hablaba desde el otro lado del espejo.*

Shi-Mae sonrió de nuevo.

—No todos mis secretos han sido desvelados aún, mago —dijo.

Los chicos se habían materializado en un lugar que todos conocían, una pequeña cueva al pie de las montañas. Jonás y Salamandra habían reforzado la entrada con una barrera mágica para protegerse de los lobos, mientras Conrado estudiaba nerviosamente un libro a la luz de una pequeña hoguera.

—¿Tardarás mucho más? —preguntó Salamandra, nerviosa.

—Ya va, ya va. Este conjuro es más complicado de lo que yo pensaba.

Kai paseaba arriba y abajo, como un león encerrado. —Lo siento —dijo Salamandra.

—No podemos hacer más. Kai gruñó algo, pero no dejó de caminar. —Ya va, ya va —repitió Conrado.

—No —dijo Jonás. —Tómame el tiempo que sea necesario. Tenemos que asegurarnos de que el conjuro sale bien.

Mientras, en la Torre, Fenris no podía dormir. No dejaba de pensar en su conversación con Salamandra, y en todo lo que había pasado en la escuela en los últimos días. De pie junto a la ventana de su habitación, el elfo contemplaba la nieve cayendo sobre el valle y escuchaba los aullidos de los lobos.

Había hablado con Shi-Mae, y ella se había comprometido a comunicarse con el Consejo de Magos para rescatar a Dana de la situación en la que se encontraba. Fenris sabía que él no tenía poder suficiente para hacer nada por ella, y esa idea le hacía sentirse muy mal.

Movió la cabeza para estirar los músculos del cuello, que tenía entumecidos de dormir poco, y calculó cuántas horas faltaban para el amanecer. Gracias a la cura mágica, ahora sentía que había recuperado gran parte de poder.

Entonces vio una sombra deslizándose sigilosamente por el patio. Llevaba de la brida a uno de los caballos élficos. La visión nocturna del elfo le permitió distinguir la capa de piel blanca de la princesa Nawin.

Rápidamente, se teletransportó a la entrada de la Torre. Interceptó a la muchacha cuando esta estaba a punto de cruzar la verja de entrada.

—¿Adonde crees que vas?

Nawin lanzó una exclamación de sorpresa; fue más rápida de lo que había previsto el elfo. Realizó otro hechizo de teletransportación y desapareció de allí con el caballo.

Fenris se quedó parado, perplejo, preguntándose qué demonios estaba pasando allí. Tuvo una sospecha y corrió al establo. Alide, su caballo, le dio la bienvenida con un suave relincho. Fenris saludó a los otros animales y vio que todos seguían allí, pero eso no lo tranquilizó. Sondeó la Torre mentalmente con un hechizo de localización y descubrió inmediatamente quiénes eran los que faltaban.

El elfo aulló de rabia; los caballos piafaron, nerviosos y asustados.

—Kai, esta me la pagas —juró con gesto torvo.

Nawin apareció en medio del bosque. Su caballo relinchó, asustado, y la sobresaltó. La princesa miró a su alrededor. No conocía bien aquel bosque, pero su visión nocturna le permitía ver en la oscuridad y, además, los elfos poseían una cualidad innata para orientarse en la floresta.

Temblaba de miedo. Todavía tenía en la mente la conversación que había escuchado entre Shi-Mae y el ser del espejo, y aún no podía creerlo. ¡La Archimaga que debía velar por su seguridad, la Señora de la Torre en funciones, estaba dispuesta a encerrar a los demás aprendices en el Laberinto de las Sombras! Nawin no sabía qué significaba todo aquello, pero sí sabía una cosa: tenía que avisar a los demás, cuanto antes. Aunque no le cayesen bien aquellos humanos, ella no deseaba su muerte, de ninguna de las maneras.

Y aquello del Laberinto de las Sombras no sonaba nada bien.

Nawin respiró hondo y subió a la grupa de su caballo. «Hacia las montañas», pensó.

Un lobo aulló en la lejanía.

XI A TRAVES DEL BOSQUE

Fenris topó con una sombra, que se escondía en un rincón y alargó la mano hacia allí. Era un tembloroso Morderek.

—No sé nada..., te juro que no sé nada...

—Entonces, ¿qué haces aquí a estas horas?

—Yo... no sé... no podía dormir...

Fenris temblaba de ira.

—Mientes. Tú sabías que iban a marcharse.

—Y Shi-Mae también —se defendió el chico. —Yo mismo se lo dije.

Fenris lo soltó, sorprendido. Movido por un oscuro presentimiento, realizó el hechizo de teletransportación y desapareció de allí.

Aún temblando, Morderek se apoyó contra el muro de piedra.

—Ayudadme —indicó Conrado. —Tenemos que formar un círculo.

Jonás y Salamandra obedecieron. Los tres chicos se tomaron de las manos, mientras Kai observaba, expectante.

Conrado cerró los ojos y se concentró. Ninguno de sus compañeros se atrevía a respirar siquiera, para no distraerlo.

Lo vieron morderse el labio inferior, y sintieron que acumulaba energía.

Sentado en un rincón de la cueva, Kai también cerró los ojos, deseando con todas sus fuerzas que aquello saliera bien, evocando el rostro de Dana y sintiendo que su existencia no tendría sentido si llegaba a perderla para siempre.

Fenris entró sin ceremonias en el despacho de Shi-Mae.

—¡Se han ido! —exclamó. —¿Tú sabías algo de esto?

—Cálmate —ella le indicó una silla, pero el mago no quiso sentarse.

—No puedo calmarme. Maldita sea, Shi-Mae, estás a cargo de la Torre. Tus alumnos se han marchado, y ya sabes lo peligroso que resulta salir de aquí por las noches desde que la maldición del Maestro cayó sobre nosotros.

—He mandado a un elemental a buscarlos, mago. No tardará en traerlos de vuelta.

—Estás mintiendo —Fenris plantó las manos sobre el escritorio de Shi-Mae y se inclinó hacia ella, ceñudo—. Tú sabías que iban a marcharse. No lo has impedido. ¿Por qué? Shi-Mae se levantó.

—No me hables en ese tono, hechicero. ¿Olvidas quién es la Señora de la Torre?

—No —Fenris se separó de ella, irritado. —No he olvidado quién es la Señora de la Torre. Y durante todo este tiempo había supuesto que el Consejo tampoco lo había olvidado. Ahora veo cuan equivocado estaba.

Shi-Mae no respondió.

—No es la primera vez que los aprendices toman la iniciativa en la Torre —prosiguió Fenris. —La experiencia debería habernos enseñado a escucharlos. Incluso Nawin, tu protegida...

Se calló súbitamente, dándose cuenta de que algo no encajaba. Miró a Shi-Mae, que seguía sin hablar.

—Nawin, tu protegida —susurró el elfo. —La princesa de los elfos. Nawin, la última de su dinastía.

Palideció cuando comprendió qué era lo que estaba pasando.

—La has enviado a la muerte —musitó. —Porque tú perteneces a la familia noble más influyente de nuestro reino.

—Porque si ella muere y tú mueves un par de hilos... podrías ser la próxima reina de los elfos.

Shi-Mae no replicó a la acusación, pero Fenris leyó la verdad en sus ojos.

—Tú... —balbuceó el elfo.

Shi-Mae sonrió. Temblando de ira, Fenris se lanzó sobre ella; sin embargo, se detuvo a medio camino. Lo pensó mejor y, con un aullido de rabia, se teletransportó lejos de allí.

Shi-Mae se quedó sola en el despacho.

—Corre hasta ella, mago —murmuró, satisfecha. —Corre hasta ella y alcánzala. La luna llena brilla esta noche.

Nawin oyó el coro de lejanos aullidos y se sobresaltó. Su caballo se encabritó y se alzó de manos. La princesa hizo lo posible por controlarlo, pero no lo logró. Cayó al suelo.

Pudo levantar un poco la cabeza, justo para ver cómo su caballo se perdía en la oscuridad.

Se levantó, cojeando, y se dijo que, al fin y al cabo, un caballo no le servía de mucho de noche, en pleno bosque. Miró a su alrededor. Estaba perdida, pero eso no era ninguna novedad.

—Tengo que llegar a las montañas —se recordó a sí misma.

Tuvo que admitir que no sabría llegar sola. Un nuevo aullido resonó por el bosque, y Nawin supo que los lobos no tardarían en encontrarla. Sin embargo, eso no le preocupaba. Conocía varios hechizos que podían neutralizarlos. Shi-Mae le había enseñado bien, al fin y al cabo.

Tuvo una idea. Se arrodilló en el suelo, junto a un árbol, cerró los ojos y se concentró para comenzar a acumular energía.

Después, empezó a entonar el cántico mágico de llamada a los espíritus del bosque.

Conrado murmuraba las palabras del hechizo mágico. Un pequeño remolino de color azul comenzó a formarse en el centro del círculo.

Conrado calló, y fue el turno de Jonás. Pronunció la misma fórmula, pero con pequeñas variantes, y al remolino azul se unió uno de color violeta. Ambos se fusionaron en uno más grande que comenzó a girar a mayor velocidad.

Salamandra tragó saliva, pero se esforzó en evitar que su voz temblara cuando pronunció la tercera variante del hechizo. Sintió que una gran cantidad de energía salía de su cuerpo para unirse al resultado del conjuro de sus compañeros. Se notó muy débil de pronto y comprobó que las piernas le temblaban, pero se mantuvo firme.

Otro remolino, de color rojo, se unió a los otros dos. Giraban los tres a una velocidad considerable, y formaban ya un tornado tricolor de la altura de Jonás.

Salamandra respiraba entrecortadamente, exhausta. Notó que Jonás le oprimía la mano para infundirle ánimos, y eso la ayudó un poco.

Ambos miraron a Conrado, que sudaba copiosamente y temblaba casi con violencia. El muchacho trató de sobreponerse y comenzó a pronunciar la última parte de la fórmula.

Jonás y Salamandra hicieron que fluyera hacia él parte de la poca magia que les

quedaba.

El rostro del hada era etéreo y juvenil, pero mostraba una pequeña mueca de preocupación.

—Pequeña mortal, no deberías salir de noche. El Valle de los Lobos está maldito.

Nawin oía los aullidos de los lobos cada vez más cerca.

—Busco a unos chicos humanos —dijo. —Por favor, necesito que me ayudes.

—Jóvenes aprendices de la Torre —asintió el hada. —No han pasado por el bosque.

Nawin abrió la boca, sorprendida; pero el hada seguía hablando:

—Han volado directamente a las montañas.

—Por favor, llévame hasta ellos.

El hada no respondió, pero echó a volar ante ella, dejando tras de sí una leve estela de luz dorada.

Nawin la siguió.

El lobo alzó la cabeza y olfateó en el aire. No había rastro de los aprendices, pero sí olía a la joven elfa. Podría encontrar fácilmente el lugar donde ella se había materializado.

Con un aullido de triunfo, el animal echó a correr entre los árboles, en busca de la muchacha que había osado adentrarse en el bosque.

—Resiste, Conrado —murmuraba Kai para sí mismo. —Por favor, resiste. La existencia de Dana depende de ello.

Conrado seguía pronunciando el hechizo. Cada palabra salía de sus labios tras un enorme esfuerzo. Cada frase del conjuro extraía de su ser una enorme cantidad de energía vital.

—Aguanta, Conrado —repitió Kai.

De nuevo pensó en Dana, deseando con todo su ser que no fuera demasiado tarde para ella.

Shi-Mae volvió a retirar el paño de terciopelo para abrir la puerta al mundo de los muertos.

No tuvo que esperar mucho. Enseguida, la voz de aquel que se comunicaba con ella desde allí llenó su mente:

—¿Y bien?

—Todo sale según lo previsto. Los aprendices abrirán la puerta, y no tendré más que empujarlos al otro lado.

—¿También a Fenris?

—No. Para él reservo otra sorpresa.

La voz calló, intrigada. Shi-Mae sonrió.

El hada se volvió rápidamente.

—¡Ya están aquí, joven mortal! —avisó. —¡Huye! ¡Vuelve a la Torre antes de que sea demasiado tarde!

Nawin pensó que el hada la subestimaba. Conocía muchos hechizos de ataque y defensa, y, al fin y al cabo, los lobos eran solo lobos. Se dio la vuelta. Su mirada nocturna apreció perfectamente varios pares de ojos observándola desde la oscuridad.

Juntó las manos y preparó un hechizo que petrificaría a cualquier lobo que se cruzase en su camino. El hada la observaba, preocupada.

Las últimas palabras del conjuro no llegaron a salir de los labios de Conrado. El muchacho, con un suspiro, cayó desvanecido; a pesar de que Jonás y Salamandra trataron de que el círculo no se rompiera, las manos de Conrado se soltaron de las de sus compañeros.

Inmediatamente, los tres remolinos mágicos desaparecieron.

—¡No! —exclamó Kai. —¿Qué es lo que ha pasado?

Salamandra corrió a socorrer a Conrado, pero miró a Jonás.

—Kai quiere una explicación.

—Este conjuro necesita que se invoque a las fuerzas de los cuatro elementos de este mundo —dijo Jonás, no muy seguro de a quién dirigirse. —Conrado ha invocado al aire, yo he invocado al agua y Salamandra ha invocado al fuego. Como faltaba una cuarta persona, Conrado ha decidido asumir él mismo la invocación a la tierra. Pero, al fin y al cabo, solo es un estudiante de cuarto grado. Su magia no es tan poderosa como para resistir dos invocaciones seguidas.

—Genial —murmuró Kai. —Y ahora, ¿qué hacemos?

El primer lobo se lanzó sobre la princesa. Ella gritó las palabras del hechizo de petrificación, e inmediatamente el animal cayó al suelo, convertido en un bloque de granito. Nawin sonrió. Se volvió para neutralizar a otro lobo, y el resultado fue también satisfactorio.

Pero apreció de pronto un movimiento a su derecha, y descubrió, con horror, que el lobo petrificado volvía a la vida. Nawin se apresuró a volver a preparar el hechizo y se preguntó en qué podía haber fallado.

Se giró hacia el hada... pero la criatura había desaparecido.

Nawin miró a su alrededor y se vio rodeada de lobos, lobos que 'la miraban con ojos brillantes, lobos que gruñían y enseñaban los dientes.

Conrado volvió en sí y miró a sus amigos, confuso.

—Lo... lo siento —murmuró. —Eh, ¿qué es eso?

Los demás se giraron hacia el lugar donde miraba Conrado, la entrada de la cueva.

Allí había una pequeña criatura alada, de ojos grandes y límpidos y figura de mujer.

—Sois vosotros —dijo el hada. —Los tres mortales y el muchacho inmaterial. Una amiga vuestra está en peligro.

Kai se levantó de un salto.

—¡Dana! —exclamó. —¿Tú puedes llevarnos hasta ella?

—No han abierto la puerta —dijo Shi-Mae, observando atentamente a través del Óculo.

—Van al encuentro de Nawin.

—*Parece que hay un pequeño fallo en tu plan.*

—No importa. Los lobos los devorarán a todos. El resultado será el mismo.

Nawin gritó, y cayó al suelo de rodillas, agotada. El círculo de lobos se estrechaba, y la princesa elfa acababa de comprender, demasiado tarde, las advertencias del hada.

A aquellos lobos no les afectaba la magia.

No tenía fuerzas para preparar un nuevo hechizo defensivo, pero quizá pudiera

teletransportarse a un lugar seguro.

¿Dónde? Nawin pensó inmediatamente en el Reino de los Elfos, pero luego se dio cuenta de que estaba demasiado cansada; su tierra quedaba demasiado lejos, al otro lado del mar; no podría alcanzarla, y menos con las pocas fuerzas que le restaban.

Después pensó en la Torre; pero inmediatamente recordó a Shi-Mae, y a sus compañeros, que estaban a punto de caer en la trampa preparada por la persona en quien ella había confiado.

Se preguntó por qué la habría abandonado el hada.

De pronto, cuando ya pensaba que estaba todo perdido, algo o alguien tiró de ella hacia arriba y la alzó en el aire.

Los lobos aullaron de rabia cuando vieron que su presa se alejaba volando.

Morderek los oyó desde su habitación, en la Torre, y tembló. Llevaba un rato escuchando lo que decían los lobos. Sabía que estaban furiosos porque había una maldición que debía cumplirse, y, aunque la maldición solo recaía sobre Dana y Fenris, nadie en el valle se libraría hasta que una de las dos partes resultara vencedora en el conflicto.

Durante un buen rato, Morderek había imaginado que Shi-Mae acudiría a castigarlo por haber hablado con Fenris. Sin embargo, la Archimaga no se presentó, y el muchacho adivinó que tenía otras cosas más importantes que hacer.

Los lobos aullaron otra vez, y Morderek se sintió contento de estar seguro en la Torre, en lugar de haber salido aquella noche.

Sin embargo, había algo que le preocupaba.

Había unos aullidos que no lograba descifrar. ¿Qué tipo de animal hablaba de esa forma?

El lobo llegó al claro donde momentos antes Nawin había estado a punto de ser devorada por sus compañeros. Olfateó el suelo. Sí, la muchacha había pasado por allí. Se había dejado en aquel lugar grandes cantidades de magia. Pero su rastro se perdía de pronto. ¿Hacia dónde podía haberse marchado?

El lobo miró a su alrededor, confuso. La chica elfa no había sido atacada por los otros lobos, porque, de lo contrario, habría por allí restos de sangre.

El animal alzó la cabeza hacia la luna y aulló.

Estuviera donde estuviese, la encontraría.

Nawin levantó la cabeza, sorprendida, y vio algo asombroso: era Salamandra quien la sostenía en el aire; a la muchacha le habían crecido unas enormes alas de pluma blanca en la espalda, y volaba sobre las copas de los árboles llevando a la elfa consigo... hacia las montañas.

—No me des las gracias —se apresuró a gruñir Salamandra—. El hada nos avisó de que estabas en peligro, y Jonás y Conrado hicieron el hechizo; me tocó a mí porque soy la más ligera.

—¿Adonde vamos? —pudo decir Nawin.

Salamandra no contestó. Al cabo de un rato Nawin vio que descendían de nuevo a una velocidad vertiginosa, y cerró los ojos...

Antes de que se diera cuenta, estaban de nuevo en el suelo. Cuando volvió a mirar, Salamandra estaba junto a ella, y ya no tenía alas. Sonreía ampliamente.

—Bonito aterrizaje, ¿verdad?

Nawin miró a su alrededor. Estaban al pie de las montañas, en un desfiladero cubierto de nieve, frente a una cueva de la que salía el cálido resplandor de una hoguera. De entre las sombras surgieron también Conrado y Jonás.

—Supongo que vienes de parte de Shi-Mae —dijo Salamandra. —Bien, no pensamos volver a la Torre, por el momento. Además, casualmente necesitábamos a una cuarta persona para un conjuro... y creo que la hemos encontrado.

—¡No! —exclamó Nawin—. No debéis ejecutar ese conjuro. Shi-Mae quiere enviaros a todos al Laberinto de las Sombras.

—¡Qué embustera! —soltó Salamandra. —¿Por qué haría eso? ¿Y por qué ibas a decírnoslo tú, eh?

—Porque yo no soy como ella —Nawin se acercó a Jonás y a Conrado, suplicante.

—Tenéis que creerme. La oí hablar con ese espejo que tiene. Quiere hacerse con el control de la Torre. Dijo que Dana estaba en el Laberinto de las Sombras y que no pensaba hacer nada por ayudarla.

Salamandra iba a decir algo, pero se calló al ver la expresión de Kai.

—Es él —murmuró el muchacho. —El espectro del Maestro está detrás de todo esto.

—Espera, Nawin —dijo Jonás. —¿Quieres decir que...?

Nunca llegó a terminar aquella frase. Dos enormes lobos grises se lanzaron sobre él, y el muchacho gritó...

—¡Sí! —dijo Shi-Mae.

Sus largos y finos dedos aferraron con fuerza la suave superficie del Óculo. A sus espaldas, proveniente del espejo mágico, se oyó una risa apagada.

¡No! —chilló Salamandra. Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, alargó las manos hacia los lobos. Ante su sorpresa, de sus dedos brotaron chorros de fuego que lanzaron a los lobos lejos de Jonás. Los animales, aullando, fueron a refugiarse en la maleza, envueltos en llamas.

—¡Eso es un hechizo de cuarto grado! —dijeron a la vez Nawin y Conrado.

Salamandra temblaba, sin entender muy bien lo que acababa de pasar. Jonás se levantó, vacilante.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo Kai.

Aunque solo Salamandra podía oírlo, los otros se dieron cuenta enseguida de que tenían que irse a cualquier otra parte.

Se miraron unos a otros. La cueva ya no era segura, y, ya que no podían volver atrás, solo les quedaba seguir adelante, a través de las montañas, lejos del Valle de los Lobos.

Shi-Mae apartó las manos del Óculo, pensativa.

—*Mala suerte, —comentó la voz del espejo.*

—Aún no he dicho la última palabra. Las montañas no son fáciles de cruzar, y, además, los lobos no tardarán en alcanzarlos.

—*Tampoco tardarán en alcanzar la Torre.*

Shi-Mae se volvió rápidamente hacia él.

—*No me digas que no sabías que, sin Fenris en la Torre, los lobos pueden acercarse a ti todo lo que quieran, —se rió la voz. —No me digas que no sabías que su presencia aquí es una garantía para los habitantes de la Torre cuando los lobos claman venganza.*

Shi-Mae dio la espalda al espejo; no quería admitir que aquello se le había pasado por

alto.

Salamandra miró a Kai, y lo vio por primera vez desanimado y sin fuerzas para seguir.
—No te preocupes —le dijo. —La encontraremos.

Kai negó con la cabeza.

—No a este paso. Me había equivocado: no estabais preparados.

Salamandra se sintió herida por el comentario del chico, pero no tenía ganas ni fuerzas para discutir. En cambio Jonás seguía adelante, infatigable. Caminaba a través del desfiladero, y Conrado y Nawin lo seguían; la muchacha avanzaba con dificultad, envuelta en su capa de piel blanca, aterrada, pero sin proferir una sola queja. Salamandra no pudo dejar de admirar su coraje.

—Llegaremos —dijo, alzando la cabeza con decisión. —Llegaremos a tiempo, y rescataremos a Dana, o no volveremos para contarlo. Pero no nos vamos a echar atrás. De pronto, vio que Jonás retrocedía unos pasos. —¿Qué pasa?

Miró a su alrededor, intentando ver algo más allá en la oscuridad, bajo la luz de la luna llena. Como contestando a su pregunta, un coro de aullidos se elevó entre las rocas de las montañas nevadas. Entonces Salamandra descubrió que estaban rodeados por bultos que se acercaban cada vez más a ellos. Se volvió hacia Kai, y vio que el muchacho parecía completamente desalentado.

—Nos han alcanzado —murmuró él. —Estamos perdidos. Sacudí la cabeza, y miró a sus compañeros. —Es el final del viaje —dijo. —Usad el hechizo de teletransportación y volved a la Torre, antes de que sea demasiado tarde.

Salamandra repitió para sus compañeros el mensaje de Kai y se volvió hacia él para preguntarle

—¿Estás seguro? —No, no lo estoy —confesó el muchacho—. Pero conozco el valor de la vida, y no os llevaría voluntariamente a la muerte.

—Pero no podemos marcharnos ahora —objetó Salamandra. —No tendremos otra oportunidad para...

—¡Ya lo sé! —casi gritó Kai, transido de dolor. —¡Sé que si nos vamos ahora perderé a Dana para siempre, pero también sé que, si nos quedamos, os matarán a todos! ¡Maldita sea, no me lo pongas más difícil!

El círculo de lobos se iba estrechando en torno a ellos. Todos podían oír perfectamente sus gruñidos en la oscuridad.

—Salamandra —dijo Jonás, cogiéndola del brazo. —Hemos de marcharnos.

Pero ella se desasíó, furiosa.

—¡No seas cobarde! —le reprochó. —¡Hemos llegado hasta aquí y no...!

Él la agarró de nuevo con más fuerza y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Salamandra, sabes que daría mi vida por ti. Me quedaré luchando, acompañaré a Kai a buscar a Dana, pero, por lo que más quieras, vuelve a la Torre o te llevaré yo mismo a la fuerza.

Ella no fue capaz de pronunciar una palabra.

Uno de los lobos saltó hacia ellos. Jonás se volvió con rapidez y lanzó un hechizo de congelación. El lobo cayó a sus pies, hecho un témpano de hielo.

Tanto Nawin como Conrado habían cerrado filas y preparaban sendos hechizos de ataque. Jonás se volvió de nuevo hacia Salamandra e inició sobre ella el pase mágico del hechizo de teletransportación.

—¡No! —se rebeló la muchacha, parándole el brazo con la mano.

Forcejearon. Salamandra logró escapar, rodó sobre la nieve, se levantó y echó a correr.

—¡Vuelve, Salamandra, no seas niña! Salamandra se detuvo de golpe cuando vio que los lobos la rodeaban.

—¡Salamandra! —chilló Jonás, fuera de sí. —¡No! Los lobos se lanzaron sobre ella. Salamandra chilló y cerró los ojos—De pronto se oyó un siseo, y varios aullidos agónicos, y el crepitar de unas llamas, y un fuerte olor a chamusquina invadió el ambiente.

La chica abrió los ojos, y lo que vio la dejó atónita. A su alrededor había un círculo de fuego, y siete lobos se estaban carbonizando entre las llamas. La muchacha se dejó caer de rodillas sobre la nieve, aterrada.

—Increíble criatura —murmuró Kai, sorprendido. Jonás usó un hechizo de levitación para saltar por encima del círculo de fuego y correr a su encuentro. La abrazó con fuerza. Salamandra apoyó la cabeza en su pecho y se echó a llorar.

—¡Jonás! ¡Salamandra! —gritó Kai. —¡Vamonos antes de que vengan más!

Jonás apartó la enmarañada melena pelirroja de Salamandra para echar un vistazo a los lobos, que aún ardían entre las llamas. Uno de los animales, medio carbonizado, movió la cabeza para mirarlo y le enseñó los dientes con un gruñido.

—Maldita sea —murmuró. —Shi-Mae tenía razón; son inmortales.

Miró a su alrededor. Los lobos se habían reagrupado y los habían rodeado de nuevo; sin embargo, se mantenían a una distancia prudencial, limitándose a gruñirles.

Jonás volvió con sus compañeros.

—Hemos de volver a la Torre —dijo Conrado, temblando.

—¡No! —gritó Nawin. —Shi-Mae os matará. Tenéis que creerme.

De pronto, como si se hubieran puesto de acuerdo, todos los lobos saltaron sobre ellos a la vez. Todo fue muy confuso. Kai lanzó la voz de alarma, Nawin gritó, Jonás soltó a Salamandra y preparó un hechizo defensivo. Durante un segundo tuvieron el convencimiento de que iban a morir.

Pero una enorme bestia peluda se lanzó sobre los lobos, gruñendo y aullando, y, con una furia inusitada, abrió vientres y desgarró gargantas. Los lobos recularon un poco y se arrojaron sobre él, con aullidos de rabia.

Los chicos retrocedieron.

—¿Qué está pasando? —murmuró Salamandra, un poco mareada.

Miró a Jonás y a Kai; el rostro de este último mostraba una expresión extraña.

El enorme lobo que había acudido al rescate de los aprendices tenía problemas. Era más grande que los demás, pero tenía a doce encima y, aunque se defendía valientemente, parecía estar condenado.

—No —dijo Kai. —No.

Se volvió hacia Salamandra.

—Haz algo, ¿quieres?

—¿Por qué? —replicó ella, aún temblando—. Mejor vamonos de aquí.

—No, maldita sea, ¡hay que salvarlo!

La chica iba a replicar cuando un tercer elemento entró en la batalla: era algo que se movía, pero que resultaba difícil de distinguir entre la nieve.

—¡Es un lobo blanco! —exclamó Nawin—. ¡Mirad, un lobo blanco!

Los chicos comprobaron enseguida que la elfa tenía razón: un gran lobo de pelaje blanco como la nieve acababa de acudir en ayuda del que estaba en minoría, y los otros

lobos aullaron de rabia.

La lucha tomó un cariz diferente. El enorme lobo blanco peleaba con furia, y pronto el otro animal pudo ayudarlo. Era una escena terrible, pero tenía algo de salvaje y de fascinante que hacía que los aprendices no pudiesen apartar la mirada de ella. Parecía que los dos lobos se entendían a la perfección, parecía que eran diferentes de los demás, parecía que mientras lucharan juntos nada podría vencerlos.

Así, en poco tiempo, entre los dos lograron dispersar a la jauría.

El lobo grande se volvió hacia su compañero. Ambos cruzaron una mirada de entendimiento; pero, de pronto, el lobo blanco dio media vuelta y echó a correr, de nuevo, hacia las montañas. El otro lobo lo llamó con un aullido y corrió tras él unos metros; pero debía de tener una pata herida, porque le falló y tuvo que detenerse. Se quedó mirando con impotencia cómo el lobo blanco se perdía en la lejanía.

Entonces se volvió hacia los chicos y se aproximó a ellos. Todos retrocedieron, incluido Kai, que lo observaba con cierta desconfianza.

El animal entró dentro del círculo de luz proyectado por la lámpara que sostenía Nawin. Los chicos pudieron ver que, efectivamente, estaba herido: regueros de sangre manchaban su pelaje de color castaño cobrizo.

Jonás inició de nuevo el hechizo de teletransportación.

—Espera —dijo Kai. —No podemos abandonarlo.

—¿Por qué? —preguntó Salamandra.

Pero parecía que Kai no las tenía todas consigo. Aun así, Salamandra detuvo una vez más el brazo de Jonás, antes de que terminase de trazar el signo mágico.

El lobo se acercó a ellos. Los aprendices retrocedieron un poco más, sin saber cómo debían actuar. El animal clavó en ellos una mirada pensativa, demasiado inteligente como para pertenecer a un ser irracional.

—Nos has alcanzado —dijo entonces Kai. —¿Qué vas a hacer ahora?

El lobo gruñó, y, sorprendidos, los aprendices entendieron perfectamente que decía.

—Debería despedazarte. Y, créeme, lo haría, si tuvieses un cuerpo que pudiera despedazar.

Kai sonrió, aunque algo intranquilo.

—¿Puedes verme y escucharme? —preguntó.

—Bajo esta forma, sí —respondió el lobo—. Tiene sus ventajas.

De pronto, Nawin chilló. —¡Eres tú! ¡Nos has seguido!

Salamandra miró de nuevo al lobo con mayor atención.

El animal se estaba lamiendo una herida de la pata, pero alzó la cabeza y clavó en ella unos ojos ambarinos que la muchacha conocía demasiado bien.

—No... —susurró.

El lobo sonrió. Avanzó un poco y alzó las patas delanteras; entonces un extraño cambio comenzó a operarse en él, sus miembros se alargaron, su hocico se acortó, sus colmillos menguaron y su pelaje fue retrocediendo hasta descubrir una piel fina y bronceada.

Alzó la cabeza y se incorporó, poco a poco.

—Tú... no... —repitió Salamandra.

El echó la cabeza hacia atrás y aulló, y Salamandra sintió que se le ponían los pelos de punta. Lo vio incorporarse, estirando sus miembros y desplegando su túnica de color rojo. Lo vio sacudir hacia atrás su fino cabello de color de cobre, y abrir de nuevo sus ojos almendrados para mirarlos, con una serena sonrisa

—¡Tenían razón! —exclamó Nawin. —¡Tú... eres un monstruo, un error de la

naturaleza! —retrocedió un poco mientras lo miraba, aterrorizada. —¡No deberías haber nacido!

El sonrió de nuevo. Cuando habló, su voz melodiosa sonó un poco más grave de lo habitual.

—Yo también me alegro de verte, Nawin.

XII

HISTORIAS DEL PASADO

—*Mala suerte*, —repitió la voz del espejo.

Shi-Mae volvió a retirar las manos del Óculo, perpleja.

—No esperaba que hubiese aprendido a controlar sus cambios.

—*Era un plan muy retorcido, querida. De modo que pretendías que los lobos matasen a Nawin para echarle las culpas a Fenris ante los de su raza, ¿no?*

—Podría haberlo lanzado a él también al Laberinto de las Sombras —murmuró Shi-Mae

—. Pero es demasiado pronto aún; todavía no he tenido ocasión de verlo sufrir.

—*Pobre elfo*, —comentó la voz. —*Me pregunto qué habrá hecho para merecer esa sed de venganza por tu parte.*

Shi-Mae no respondió.

—*De todas formas, no olvides nuestro trato: puedes jugar con Fenris todo lo que quieras, pero, al final, ha de ser mío.*

—No te preocupes: lo tendrás. Una vez haya terminado con él, lo arrojaremos al Laberinto de las Sombras, para que haga compañía a Dana... o a lo que quede de ella.

Fenris se estiró para habituarse a caminar erguido. Se volvió hacia el lugar por donde había desaparecido el lobo blanco, con una expresión seria y pensativa.

—¿Era amigo tuyo? —preguntó Jonás. Pero Fenris no contestó. Se volvió hacia los aprendices y les dirigió una mirada severa.

—Sabíais que no debíais salir de la Torre de noche. —¿Dónde está Kai?

Avanzó hacia ellos, pero los chicos retrocedieron, intimidados.

—Tú... —empezó Salamandra. —Eres un...

—... ¡Licántropo! —completó Nawin. —¡Un elfo—lobo, una bestia que no merece vivir entre seres racionales!

—Por eso te desterraron —murmuró Salamandra. —Por eso no puedes volver a tu tierra.

—No voy a haceros daño —dijo él—. Os he salvado la vida, ¿no?

Kai lo observaba atentamente.

—De modo que lo has conseguido —murmuró. —Has aprendido a controlar tus cambios.

Pero Fenris ya no podía escucharlo. Solo en forma lobuna podían sus sentidos percibir a los seres como Kai.

—¡Kai! —lo llamó. —Donde quiera que estés, me debes una explicación, ¿no te parece? Jonás respondió por él.

—Estabas inconsciente; no había tiempo que perder, y Kai pensó que debíamos abrir la puerta nosotros, y dejarle entrar en el Laberinto de las Sombras para rescatar a Dana. Como no confiábamos en Shi-Mae, decidimos huir de La Torre.

El rostro de Fenris cambió ante la mención de la hechicera.

—En eso os doy la razón —asintió. —Habéis hecho bien en marcharos. Teníais razón, y yo estaba equivocado.

—Nawin dice que Shi-Mae quería ser la Señora de la Torre, y que no ayudaría a Dana por nada del mundo —intervino Conrado.

Fenris se volvió rápidamente hacia Nawin, que retrocedió un paso.

—No vuelvas a acercarte a Shi-Mae, muchacha. Quiere algo más que la Torre; quiere el Reino de los Elfos.

Nawin abrió la boca, sorprendida, pero no llegó a decir nada.

De pronto el rostro de Fenris se crispó con una mueca de dolor; le flaquearon las piernas y cayó de rodillas sobre la nieve.

—¡Estás herido! —exclamó Salamandra.

Corrió junto a él, pero no se atrevió a acercarse más. Aún recordaba con espantosa claridad la imagen del lobo que había sido Fenris.

—No quieres tratos con una bestia, ¿eh? —murmuró el elfo con cierta amargura.

A Salamandra se le encogió el corazón. Se arrodilló resueltamente junto a él para examinarle las heridas, y le dijo en voz baja:

—Tú no eres una bestia. Eres Fenris, mi amigo y Maestro.

El no dijo nada. Se limitó a apartarla de sí con suavidad y a pronunciar las palabras del hechizo de autocuración.

—¿Crees que tienes fuerzas? —preguntó ella, preocupada; pero Fenris siguió adelante con el hechizo hasta que sus heridas cicatrizaron del todo.

Trató de levantarse entonces, pero se había quedado tan falto de energías que tuvo que apoyarse en el hombro de Salamandra.

—Os diré qué es lo que vamos a hacer —dijo. —Quiero que, en cuanto recuperéis fuerzas, abramos la puerta al Laberinto de las Sombras entre todos; pero solo Kai y yo entraremos a buscar a Dana. Conrado y Jonás irán al Consejo de Magos a denunciar a Shi-Mae; Nawin y Salamandra viajarán al Reino de los Elfos para poner las cosas en su sitio.

Los aprendices estaban demasiado cansados para replicar. Sin embargo, Nawin objetó:

—No podemos abrir la puerta del Laberinto de las Sombras. Es exactamente lo que Shi-Mae quiere que hagamos.

Salamandra miró a Kai, que apretó los puños con rabia.

—Pero hemos de hacerlo, o Dana estará perdida —dijo. —¿No hay alguna forma de protegernos contra Shi-Mae?

—Sí, la hay —dijo Fenris, y sonrió.

La imagen de la bola de cristal se hizo borrosa y, de pronto, desapareció.

—¡Condenado mago! —gruñó la hechicera—. Ha velado el Óculo.

El aullido de un lobo resonó escalofriantemente cerca.

—*Se te acaba el tiempo, Shi-Mae.*

Ella se volvió furiosa hacia el espejo.

—¡También a ti! Si Kai y el mago entran en el Laberinto y rescatan a Dana...

—*Nunca lo conseguirán. Para ello, primero deben derrotar al Laberinto, y después derrotarme a mí. En cambio no parece que tú vayas a poder evitar que esos aprendices denuncien tus intrigas al Consejo de Magos...*

—No es el Consejo lo que me preocupa —Shi-Mae se acercó a la ventana, pensativa.

—Es Nawin. Ella tiene aún partidarios poderosos en la Corte.

La voz rió de nuevo. Shi-Mae se volvió hacia el espejo, irritada.

—Creo que ha llegado la hora de que me ocupe personalmente de todo este asunto.

Otro aullido ascendió hasta ellos. —Date prisa, —aconsejó la voz que hablaba desde el mundo de los muertos. —Los lobos vienen por ti.

—A mí me gustaría saber quién es Kai —declaró Jonás.

Los demás asintieron, apoyando su petición. Fenris los miró, dudoso. Salamandra desvió la mirada hacia Kai, pero el muchacho tenía la vista fija en el fuego, como si no estuviera escuchando.

Dentro de la campana de protección, y ahora que Fenris estaba con ellos, los aprendices se sentían algo más seguros. Resguardados de la nieve, del frío, de los lobos y de la mirada de Shi-Mae, mientras trataban de recuperar fuerzas para aquel hechizo vital para el futuro de Dana y de la Torre, los chicos hablaban para que el silencio no los llenase de malos presagios.

—Está bien —accedió el elfo.

Kai no se movió. Los aprendices se prepararon para escuchar la historia.

—Hace quince años, cuando Dana llegó a la Torre —comenzó Fenris, —allí solo vivíamos tres personas: Maritta, el Maestro y yo. El Maestro era un hombre solitario y centrado en sus estudios, y su única obsesión era convertirse en Archimago.

Dana se limitaba a estudiar y a ir avanzando grado a grado. Ella y yo no teníamos mucha relación entonces, pero a ella eso parecía no importarles: no estaba sola, nunca estuvo sola.

Kai seguía mirando el fuego, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Aunque yo no lo sabía, Dana no era como los demás chicos de su edad, ni siquiera como los demás magos. Por eso la trajo el Maestro al valle. Habéis visto el espejo de Shi-Mae, ¿verdad? Ese tipo de objetos no están al alcance de cualquiera. Por tanto, muy pocos magos pueden hablar con el Más Allá.

Bien, pues a Dana nunca le haría falta una cosa parecida. Porque ella había nacido con el poder de comunicarse con los espíritus de los muertos.

Kai respiró hondo y cambió de posición, desviando la mirada hacia el espeso manto de nieve que caía fuera de la campana protectora.

—Ese tipo de magos son sumamente raros —prosiguió Fenris. —Se llaman Kin-Shannay, y son un portal abierto entre ambas dimensiones. Por tal motivo, los espíritus del Otro Lado los cuidan y protegen, y asignan a cada uno un guardián, un compañero, para que viva junto a ellos los primeros años de su vida y los adiestre en el camino a seguir.

—Esa era la misión de Kai, y por eso su espíritu volvió del mundo de los muertos, para proteger a Dana hasta que fuera la hora de abandonarla. Cosa que, desgraciadamente, sucedió cuando ella tenía quince años. No se habían vuelto a ver hasta hace unos días, cuando él...

—Cuando él volvió para advertirla de un grave peligro, la maldición —completó Salamandra. —Entonces, él... tú... —rectificó, volviéndose hacia Kai. —¿Eres un fantasma?

—Sí, maldita sea, soy un fantasma —dijo él, irritado. —Me mató un dragón hace quinientos años, cuando yo no había cumplido los diecisiete, ¿contenta? Nunca había apreciado tanto la vida como cuando volví a vivirla junto a Dana, y eso que yo ya no tenía cuerpo y solo ella podía verme...

—... Pero no podía tocarte —adivinó Salamandra, conmovida—. Y se enamoró de ti.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —gruñó Kai. —Me resulta bastante doloroso

recordarlo, ¿sabes?

Salamandra dijo a los demás lo que le había dicho Kai, y el elfo sonrió con tristeza.

—Es un sentimiento que no conoce las fronteras de la vida y la muerte —dijo. —Por eso el Maestro ha enviado a Dana al Laberinto de las Sombras. un destino peor que la muerte, como dijo Kai. Si ella se deja vencer por el poder del Laberinto, desaparecerá sin más, y no estará ni viva ni muerta; por lo tanto, ella y Kai nunca volverán a encontrarse, ni en este mundo ni al Otro Lado.

Kai se levantó bruscamente y se alejó de ellos, perdiéndose en la oscuridad.

—¡Kai! —lo llamó Salamandra, pero él no respondió.

—¿Se ha ido? —preguntó Conrado, mirando a todas partes.

—Has sido muy poco delicado con él, Fenris.

—Bueno, no es difícil olvidar que él está presente —opinó Jonás. —Nadie puede verlo, excepto Salamandra.

La chica oprimió con fuerza el colgante de Dana. Fenris le brindó una cálida sonrisa.

—Volverá, no te preocupes. Solo necesita estar solo.

—Es complicado todo esto —gimió Conrado. —No acabo de entender lo que está pasando.

—Es sencillo —sonó la voz de Nawin, fría y desapasionada. —¿Cómo no me había dado cuenta antes? Shi-Mae tiene al Consejo de Magos de su parte. Jamás me habrían enviado al Valle de los Lobos si ella no hubiese querido.

Sobrevino un silencio. Fenris asintió, pesaroso.

—De modo que ella quería venir a la Torre. ¿Para qué? ¿Para usurpar el puesto de Dana? ¿Para vengarse de mí? ¿Para deshacerse de Nawin fuera del Reino de los Elfos?

—Para las tres cosas —dijo Salamandra. —Y, si os dais cuenta, no está sola.

—La voz del espejo —recordó Conrado. —¿Queréis decir que quizá se trate del Maestro?

—Con toda seguridad —respondió Fenris. —Ahora empiezo a verlo claro, esos dos han hecho un trato.

—¿Un trato?

—Un trato de ayuda mutua. Es algo común entre magos de gran poder. Cada uno de ellos tiene un objetivo distinto; se alían para conseguir ambos objetivos, y así los dos salen beneficiados.

—El Maestro solo quiere una cosa: venganza. En esa venganza entramos Dana y yo, y posiblemente Kai, aunque en menor medida. Y Shi-Mae quiere...

—Ser la soberana del Reino de los Elfos —dijo Nawin, sombría.

—El plan era retorcido, pero, hasta el momento, les ha dado buenos resultados. Shi-Mae se puso en contacto con el Maestro, o quizá fue él quien la llamó a ella, no lo sé. Con la puerta de Shi-Mae abierta, el Maestro podía llevar a cabo su venganza en el mundo de los vivos. Por tanto, ella le ayudaba a enviar a Dana al Laberinto de las Sombras, y a cambio obtenía un escenario perfecto para sus planes la Torre, situada en un remoto valle, con cuatro aprendices, sin Maestros... ya que Shi-Mae se aseguró también de que yo me mantuviera inconsciente durante algunos días...

—Pero, si lo que ella quería era matar a Nawin —intervino Salamandra, —¿por qué ella sigue viva? Shi-Mae ha tenido muchas ocasiones para hacerlo.

—No lo sé. Imagino que hay una parte de su plan que se me escapa, pero no consigo adivinar en qué consiste. Y, de todos modos, ya habéis visto que no debía de ser un mal plan, ya que ha estado en un tris de matarnos a todos.

—Supongo que querría echarle la culpa a los lobos del valle —dijo Jonás, que llevaba un buen rato sin hablar—. No podía matar a Nawin así, sin más. Es una princesa. Pero me parece que se las ha apañado bastante bien para conseguir que ella saliese corriendo de la Torre de noche, para que los lobos acabasen con ella. Si no es así, no me explico por qué no le había dicho a Nawin que era peligroso salir de noche. Todos lo sabíamos, excepto ella.

—A mí me sorprende que Fenris siga vivo —declaró Conrado, —dado que los dos magos quieren vengarse de él.

—Tengo muchos enemigos —asintió el elfo lúgubrememente. —Imagino que tenían... o tienen... otros planes para mí.

Salamandra se estremeció y lo miró fijamente.

—Sabes que vas a entrar en el Laberinto de las Sombras de todas formas —dijo.

—Lo único que tienen que hacer es asegurarse de que no vuelvas a salir.

Morderek supo enseguida que Shi-Mae se había ido.

Lo supo porque los lobos comenzaron a aullar más alto, y porque había algo en la Torre que no era igual. El edificio pareció de pronto más silencioso, más vacío, más solo.

A Morderek no le importó. Hasta aquel momento no había podido dormir, temeroso de que Fenris o Shi-Mae acudiesen a ajustar las cuentas con él. Ahora que ninguno de los dos estaba en la Torre, el muchacho podía respirar tranquilo.

Podía imaginar perfectamente por qué se había marchado Shi-Mae, y adonde había ido. No compadecía a sus compañeros; si habían sido lo bastante estúpidos como para cruzarse en el camino de una Archimaga ambiciosa, ellos mismos se lo habían buscado.

Se frotó los ojos, cansado y soñoliento. Iba a volver a acostarse cuando los aullidos de los lobos reclamaron de nuevo su atención. Los escuchó sin mucho interés. Decían lo de siempre. Hablaban de maldiciones y venganzas.

Pero esta vez sonaban triunfantes y transmitían un nuevo mensaje.

—Cuidado, magos. Ya nada nos impide entrar en la Torre. Vamos por vosotros.

El terrible rugido del viento despertó a Salamandra de un sueño inquieto y poco reparador. Se incorporó un poco y vio a sus compañeros durmiendo, con excepción de Kai, que no estaba, y de Fenris, que contemplaba la hoguera, pensativo. Se acercó a él.

—Deberías estar durmiendo —se limitó a decir el elfo.

Salamandra no replicó. Se sentó junto a él.

—¿En qué piensas?

Fenris guardó silencio. Luego dijo:

—¿Recuerdas el lobo blanco que me ayudó en el desfiladero? Pues no es uno de los lobos del valle. Nunca lo había visto antes.

—Bueno, sería un lobo extranjero que estaba de paso. ¿Qué tiene eso de particular?

—No era un lobo corriente. No me refiero a que estuviese o no embrujado debido a una maldición, es... —calló un momento; luego prosiguió, en voz baja—: Creo que es como yo.

—¿Un hombre-lobo...? Quiero decir, ¿un elfo-lobo?

—No lo sé. Solo nos miramos un instante, y luego... Pero ojalá pudiera volver a encontrarlo. Puede que él tenga la respuesta a mis preguntas.

Salamandra no dijo nada. Fenris añadió

—Pero ahora no tengo tiempo de ir en su busca. Tenemos que entrar en el Laberinto de las Sombras antes de que sea demasiado tarde.

Salamandra asintió en silencio. Desvió de nuevo su mirada hacia el fuego de la hoguera, y Fenris descubrió que temblaba.

—Tengo miedo —dijo ella, contestando a la muda pregunta del elfo.

—No vas a entrar en el Laberinto, Salamandra. No te preocupes; pronto habrá acabado todo esto para ti.

—No —Salamandra se irguió para mirarlo a los ojos. —Solo acaba de empezar —se observó las manos con desolación. —¿Qué es lo que soy, Fenris? ¿Por qué soy así?

Él colocó una mano sobre su hombro, en señal de consuelo.

—Tienes un gran poder, muchacha. Ahora te asusta, pero cuando aprendas a controlarlo...

—¡Controlarlo! Tú no has visto lo que hice en el bosque.

—Le salvaste la vida a Jonás, por lo que tengo entendido.

—Pero fue casualidad. Todo fue muy rápido, apenas apunté. Podría haber fallado y haberlo calcinado a él —Salamandra se cubrió el rostro con las manos. —Oh, Fenris; si le hubiese hecho daño a Jonás, no me lo habría perdonado nunca.

—Pero no lo hiciste. Le salvaste la vida, y es lo que cuenta, ¿no?

Salamandra suspiró y volvió a mirarlo a los ojos.

—Tengo miedo de mí misma —confesó. —Quiero hacer muchas cosas, no soporto quedarme sentada mientras hay problemas. Pero solo soy una aprendiz de primer grado, eso es lo que me dice la gente. Y, sin embargo, si saco lo que hay dentro de mí... —se estremeció. —Podrían pasar cosas terribles. Hasta ahora ha ido bien, pero... ¿y más adelante?

—Irá bien, estoy convencido. Verás, la mayoría de los que venimos aquí tenemos algo dentro que no podemos controlar. Pasamos mucho tiempo angustiados, pensando que somos diferentes, que somos monstruosos, que la gente no nos va a aceptar. Hasta que comprendemos que ese lado salvaje también forma parte de nosotros mismos; no hay que luchar contra él, solo aprender a controlarlo y canalizarlo de forma adecuada. Entonces aprendemos que no se trata de un error de la naturaleza; es un don, un regalo, si hacemos buen uso de él.

Salamandra miró a su amigo, pensativa.

—¿También a ti te pasó eso?

—También a mí. Pero para mí fue mucho más terrible, créeme. Maté a mucha gente antes de poder controlar mi lado salvaje.

Salamandra se estremeció. Fenris la miró con simpatía.

—Para ti, en cambio, será diferente. Porque ya has empezado a aprender.

Ella no dijo nada durante un rato. Entonces, lentamente, murmuró:

—También tengo miedo por otras cosas, Fenris. Tengo miedo por ti. Tengo miedo de que no logres volver y el Laberinto de las Sombras te destruya.

Fenris sonrió.

—Cuando encuentras un obstáculo debes luchar para superarlo —dijo.

—Cuando, a pesar de todos tus esfuerzos, ese obstáculo te vence, es porque era tu destino que sucediese así.

Salamandra se levantó de un salto. —¡No! —dijo. —Yo no lo acepto. Yo no creo que haya un destino que está escrito. Y si es así, y tu destino es quedar encerrado en el Laberinto de las Sombras, yo lo cambiaré.

Se alejó de él, muy confusa, y Fenris no hizo nada para detenerla. Salamandra sentía que tenía las mejillas ardiendo, y buscó un lugar privado para sentarse a pensar.

—Lo has visto transformado en lobo y ni siquiera te importa —oyó la voz de Kai en un susurro. —Supongo que debe de ser amor.

—Dana sabe que estás muerto y ni siquiera le importa —respondió ella. —Eso también es amor —se volvió para mirarle. —Por eso sé que lo conseguiremos, Kai. Ella no va a rendirse. Luchará hasta el final. Por ti.

—Y por vosotros —añadió él.

Hubo un breve silencio. Entonces, Salamandra confesó:

—Sí que me importa. Le tengo miedo.

—Cuando yo lo conocí —rememoró él, —todas las noches de luna llena se transformaba sin remedio y se convertía en una bestia asesina. Fenris ha sufrido mucho, Salamandra.

—Ella... Shi-Mae... lo rechazó, ¿verdad? Y él todavía la quiere.

—No. En eso te equivocas. Estoy convencido de que ya no la quiere.

Ella alzó la cabeza con una luz de esperanza en sus ojos oscuros.

—Pero —añadió Kai, —yo que tú esperarías. Puede que no te hayas dado cuenta aún, Salamandra, pero tienes el corazón dividido.

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa, y se volvió para mirarlo.

Kai contemplaba la tormenta de nieve con un brillo especial en la mirada. Se había sentado sobre una roca baja, con los brazos sobre las rodillas.

—Es extraño —comentó la muchacha—. Pareces...

—¿Real? —la ayudó él—. ¿Corpóreo? No todos los fantasmas son como yo, en eso tienes razón. Yo regresé de nuevo al mundo de los vivos; todo es exactamente igual... excepto mi cuerpo.

Salamandra no quiso preguntarle dónde estaba su cuerpo... o lo que quedara de él. Se le hacía muy extraño hablar de aquello.

—Y, aun así, la quieres.

—Puedo sentir cosas —aseguró Kai. —Ahora mismo siento a Dana muy, muy cerca... aquí —y se llevó la mano al pecho. —Siento un dolor terrible. Siento...

Kai calló. Salamandra también. Luego, la joven dijo:

—¿Cuántos años tiene ella?

—No lo sé. Entre veinticinco y treinta, supongo.

—Pero tú no pareces tener más de dieciséis...

—Tú lo has dicho: parezco. Ahora me ves con el aspecto que tenía en la época de mi muerte. En realidad, tengo más de quinientos años, Salamandra.

—¡Otro longevo! —suspiró ella.

—Soy más que eso —repuso él con una sonrisa. —Soy eterno. Y tú también lo eres, ¿sabes? Todos lo son, excepto aquellos que acaban sus días en el Laberinto de las Sombras. Es eso lo que quieren arrebatarte a Dana su espíritu.

—Es terrible —dijo ella, estremeciéndose.

—Sí, ya lo sé. Por eso tenemos que rescatarla cuanto antes —se levantó. —Mejor será que despertemos ya a los demás. Ha llegado la hora.

Morderek se dio cuenta de que Shi-Mae lo había abandonado a su suerte cuando los lobos comenzaron a arañar las puertas de la Torre. Estaba pensando qué podría hacer para ahuyentarlos cuando oyó un grito proveniente de la parte baja, y recordó que no estaba solo en la Torre.

Se teletransportó hasta la cocina, donde Tina intentaba atrancar la puerta de salida al

patio. Fuera, los lobos gruñían y arañaban la madera, tratando de entrar.

La cocinera se volvió hacia Morderek, aterrada.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? ¿Por qué no hace nada la Señora de la Torre?

—Se ha ido, Tina. Todos se han ido. Estamos solos tú y yo.

Un mago y cuatro aprendices formando un círculo. Un mago y cuatro aprendices recitando, por turno, las palabras mágicas. Un mago y cuatro aprendices abriendo la puerta al Laberinto de las Sombras.

La furiosa tormenta de nieve seguía golpeando la campana protectora, pero Fenris y los chicos no parecían notarlo. Concentrados en su tarea, solo se preocupaban de dos cosas acumular toda la energía mágica que les fuera posible y pronunciar correctamente las palabras del conjuro.

Uno por uno fueron realizando las invocaciones a los elementos. Uno por uno fueron aportando su magia. Uno por uno fueron contribuyendo a que la puerta entre ambas dimensiones se abriese un poco más.

Finalmente, cuando el círculo estaba a punto de romperse, la puerta se abrió.

Los cinco abrieron los ojos, con precaución. Frente a ellos, en el centro del círculo, había un enorme agujero gris que giraba lentamente sobre sí mismo. Fenris se quedó mirándolo, con semblante inexpresivo. Soltó las manos de Jonás y avanzó un paso al frente.

Pero Kai se le adelantó. Entró en el círculo y se arrojó temerariamente al interior del agujero interdimensional. —¡Kai! —gritó Salamandra, y Fenris dio un respingo. —¿Qué ha pasado?

—¡Kai ha entrado en el Laberinto!

Fenris se volvió hacia sus alumnos.

—En tal caso, ha llegado la hora de despedirnos. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Salamandra avanzó hasta situarse frente a él y mirarlo a los ojos. No fue capaz de decirle nada, pero Fenris leyó en su mirada cuáles eran sus sentimientos.

—No sufras, Salamandra —dijo. —Volveré. No creo que sea mi destino desaparecer entre las sombras como si jamás hubiese existido.

Salamandra sonrió débilmente.

—No, tampoco yo lo creo.

Se separó de él y le dio la espalda.

—¿Lista, Nawin? —preguntó.

La princesa elfa nunca llegó a contestar a esa pregunta. Súbitamente un viento huracanado salido de no se sabía dónde la empujó, junto con el resto de los aprendices, hacia la puerta del Laberinto de las Sombras. Rápidamente, el agujero se los tragó.

Fenris saltó hacia delante con un grito, pero llegó demasiado tarde. Se había quedado solo.

Se disponía a lanzarse tras los chicos cuando oyó una voz conocida:

—Has podido ocultarte de mí durante mucho tiempo, mago. Pero ni tu campana protectora puede evitar que yo encuentre la puerta al Laberinto de las Sombras, una vez que ha sido abierta.

La alta figura de Shi-Mae avanzó hacia él desde las sombras de la tormenta de nieve. Fenris la miró con un rictus de rabia dibujado en su rostro.

—¿Por qué lo has hecho? Solo son jóvenes aprendices.

—...Que iban a denunciarme al Consejo de Magos.

Fenris quiso matarla allí mismo, pero se contuvo a duras penas.

—Déjalos marchar. Tú solo me odias a mí, Shi-Mae.

Ella le dirigió una mirada pensativa.

—Ahora estás demasiado débil como para defenderte —dijo. —Te tengo en mi poder. Por fin puedo destruirte, como tendría que haber hecho cuando descubrí quién eras.

Ladeó la cabeza y siguió observándolo, pensativa.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento. Esperando el momento de mi venganza. Ahora vendrás conmigo, mago, y me aseguraré de que sufres lo indecible antes de morir...

—¡No! —tronó de pronto una voz, y los dos elfos se volvieron rápidamente—. Un trato es un trato, Shi-Mae. Has desaprovechado tu oportunidad. Ahora Fenris me pertenece a mí.

Ninguno de los dos magos vio a la persona que se escondía tras aquella voz, pero sí se dieron cuenta de que procedía de la puerta al Laberinto de las Sombras. Antes de que ninguno de los dos pudiese reaccionar, el agujero dimensional se agrandó y comenzó a girar más rápido; un extraño efecto de succión tiró de Fenris hacia la puerta...

El elfo ahogó un grito y alargó el brazo, tratando de agarrarse a algo.

Y encontró el brazo de Shi-Mae.

Ella chilló y trató de desasirse, desesperada, pero ya era tarde.

En apenas unos segundos, Fenris había desaparecido por la puerta dimensional, arrastrando a Shi-Mae con él.

XIII PESADILLA

Parecía que olía a quemado, y hacía mucho calor.

Salamandra abrió lentamente los ojos. Esperaba ver a Fenris, a Jonás, a Conrado y a Nawin, probablemente a Kai y, tal vez, a Dana.

En lugar de eso, vio una multitud observándola con gesto serio. «¿Qué es esto?», se preguntó. De pronto uno de los niños de la primera fila chilló:

—¡Bruja!

Y ella se dio cuenta entonces de dónde estaba: atada a un poste, en lo alto de una pira encendida. La estaban ejecutando, por bruja. Bela la había delatado al tribunal.

—¡No! —gritó, pero las llamas ahogaron su voz.

No podía estar pasándole aquello otra vez. Quiso pronunciar las palabras del hechizo de teletransportación, pero no las recordaba. Se debatió, furiosa, pero solo logró que las cuerdas se clavaran más en su carne.

Escudriñó entre la muchedumbre, esperando ver una túnica roja. No entendía qué era lo que estaba pasando, pero sí sabía que Fenris vendría a buscarla, como la última vez...

... Si es que había habido última vez. Aquel pensamiento le congeló la sangre en las venas.

Nada en su vida había sido igual desde que Fenris la rescatara de las llamas. ¿Había sucedido todo aquello en realidad? ¿Fenris, Dana, la Torre, el Valle de los Lobos? ¿Existían de veras, o los había imaginado ella en una pérdida de consciencia producida por el miedo?

¿Acababa de despertar de un sueño para darse cuenta de que seguía en la hoguera y estaba a punto de morir abrasada?

—¡¡No!! —chilló de nuevo. —¡¡Fenris!! ¡¡Jonás!!

Nadie acudió a su llamada.

El fuego prendió en su vestido y alcanzó su piel. Salamandra sintió un dolor lacerante y chilló de nuevo. Ni por un solo momento, durante su encierro en el calabozo, había pensado que podía ser una muerte tan dolorosa.

Cerró los ojos, y suspiró, quizá por última vez, pensando en la Torre.

Había sido un bonito sueño.

Fenris despertó en mitad del bosque, de noche, solo. Se incorporó de un salto y llamó a sus aprendices. Solo obtuvo como respuesta el silbido del viento y el aullido de los lobos.

Se estremeció, y se frotó la sien, un poco mareado. Recordaba perfectamente cómo había rescatado a los chicos en el desfiladero y cómo habían abierto la puerta del Laberinto de las Sombras. También recordaba al lobo blanco, aquel lobo blanco que parecía salido de otro mundo.

O de un sueño.

Fenris sacudió la cabeza. Quizá había sido un sueño, al fin y al cabo. Miró a su alrededor y decidió que estaba claro que seguía en el bosque; lo conocía como la palma de su mano. Tal vez había perdido la consciencia por alguna razón que no acertaba a comprender, y había soñado...

En tal caso, había perdido un tiempo precioso. Salamandra, Nawin, Conrado y Jonás estaban en grave peligro si pretendían enfrentarse a los lobos ellos solos.

No lo pensó más. Alzó la mirada hacia el cielo, hacia la luna tapada por un grueso manto de nubes, y aulló. Dejó que su parte animal fluyera a través de él y tomara posesión de su cuerpo, que fue modificándose para convertirse en el de un enorme lobo de pelaje cobrizo, y sintió aquel júbilo salvaje que lo inundaba cuando aquello ocurría. Se puso a

cuatro patas mientras se completaba la transformación, echó la cabeza atrás y aulló otra vez.

Momentos después corría a través del bosque, hacia el desfiladero, donde se oían los aullidos de los lobos. Sentía la frialdad de la nieve bajo sus patas, el viento acariciándole el lomo, toda la naturaleza revelándole sus secretos. Sus sentidos estaban hiperdesarrollados y su fuerza y resistencia habían aumentado. Corrió y corrió, ebrio de aquella salvaje sensación de libertad.

La noche era suya.

Pronto llegó al desfiladero. Vio desde lejos a los aprendices luchando contra los lobos y, con un aullido de triunfo, se lanzó hacia la escena de la pelea.

Los lobos lo saludaron con gruñidos de camaradería, y Fenris supo que lo habían echado de menos. Se alegró de verlos. Los lobos le hablaron de intrusos en su territorio: cuatro chicos y una criatura inmaterial a la que, por si acaso, mejor era no acercarse. Fenris les preguntó a los lobos cuál era el problema. Eran casi niños, no tardarían mucho en despedazarlos. Serían un bocado apetitoso.

Los lobos acogieron su mensaje con ladridos de aprobación, y esperaron que él liderase el ataque. Fenris aceptó encantado. Avanzó hacia los muchachos enseñando los dientes, con el pelaje del lomo erizado. Olían muy bien, y él tenía hambre. La muchacha humana parecía más apetitosa que los otros tres, una elfa y dos chicos. Desde luego, y ya que era el líder de la manada, Fenris pensaba quedarse con el mejor bocado.

Se lanzó sobre ella. La muchacha chilló y cayó sobre la nieve. El color de su cabellera recordó a Fenris el color de la sangre, y ello lo excitó todavía más. Abrió la boca para devorarla...

Y entonces se dio cuenta de que estaba atacando a Salamandra, su protegida, su amiga. Fenris trató de retroceder, horrorizado, pero su parte animal dominaba todas sus acciones. Sin poder evitarlo, clavó los dientes en la carne de la chica. El olor de la sangre lo volvió más salvaje todavía. La sangre de Salamandra sobre la nieve blanca...

Fenris (la parte del lobo que era Fenris, el elfo) gritó en plena agonía, luchando por controlarse, luchando por invertir el cambio y transformarse de nuevo en una criatura racional. Absolutamente desesperado, mientras se preguntaba cómo era posible que le fallara el control de repente, después de diez años de transformaciones a voluntad, veía cómo la bestia en la que se había convertido destrozaba a la pobre Salamandra...

Fenris gritó de nuevo, deseando morir antes que seguir matando, pero su voz racional quedó ahogada bajo los gruñidos de la bestia.

«Eres una salamandra. El fuego no puede dañarte».

Ella abrió los ojos lentamente y miró a su alrededor, tratando de localizar aquella voz; pero el humo le impedía ver nada, y el dolor era tan intenso que no la dejaba pensar.

«El fuego no puede dañarte», repitió la voz.

—No —murmuró ella. —Es mentira.

«Es verdad. Despierta, Salamandra. Abre los ojos». —Tengo... los ojos abiertos... —murmuró ella, jadeando con sus últimas fuerzas.

Pero los abrió más todavía y trató de ver más allá de la cortina de humo.

«Abre los ojos, Salamandra», insistió la voz. «Estás en el Laberinto de las Sombras».

—¡¡Salamandra, maldita sea, despierta!! ¡No te estás quemando! ¡No es más que una pesadilla!

Salamandra abrió los ojos, aturdida, y se encontró cara a cara con un alterado Kai.

—Qué...

—Era una pesadilla, Salamandra. Solo una pesadilla. ¿No recuerdas lo que nos dijo Fenris? No hagas caso de lo que veas aquí, porque ese es el poder del Laberinto de las Sombras. Si te dejas llevar por los malos sueños, nunca despertarás.

Salamandra se incorporó un poco, confundida, y miró a su alrededor.

Solo vio brumas y formas confusas en la niebla. La luz tenía un matiz extraño, irreal. Salamandra gimió, sintiendo que su sueño parecía mucho más auténtico que aquel onírico lugar.

—¿Esto es el Laberinto de las Sombras?

—Eso parece —asintió Kai. —No tengo la menor idea de dónde están los demás, así que levántate y ayúdame a buscarlos antes de que sea tarde.

—Tú... ¿tú no tienes pesadillas?

—Yo estoy muerto —replicó Kai lacónicamente. —El Laberinto solo tiene poder sobre los vivos. Vamos, levántate. Tenemos mucho que hacer.

Salamandra obedeció, aún algo aturdida.

Caminaron por entre las brumas, sin saber a ciencia cierta adonde iban. Salamandra se envolvía en su capa y se cubría la cabeza con la capucha, pero no lograba escapar de la humedad que, con mil dientecillos helados, le mordía la piel. Su respiración formaba vaho en aquel extraño aire de luces y sombras y sus pies tropezaban con alguna clase de raíces invisibles.

Pero lo peor eran las voces. Al principio, Salamandra había intentado ignorarlas, hacer como que no existían, pero llegó un momento en que no pudo. Le susurraban al oído cosas que ella no podía entender, eran como siseos, como palabras perdidas en el viento.

—¿Qué es eso? —preguntó, temblando. —Sombras —respondió Kai. —Restos de espíritus perdidos. No están ni vivos ni muertos; algún día desaparecerán, sin que quede nada para recordarlos, ni en este mundo ni en el Otro Lado.

Salamandra se estremeció, y apretó el paso. Vagaron y vagaron sin rumbo fijo. En varias ocasiones volvieron a asaltar a Salamandra imágenes terribles, y todas aquellas veces Kai tuvo que sacarla de su pesadilla. Sin embargo, la muchacha estaba cada vez más agotada, y con menos fuerzas para luchar contra ella.

—No los encontraremos —murmuró, apoyándose en una fría pared. —No sabemos adonde vamos, Kai. Podríamos estar alejándonos de ellos.

Kai se detuvo y la miró, pensativo. Entonces le rozó la mano, y Salamandra se sintió un poco mejor. No era un contacto corpóreo, pero lo había sentido; se trataba de algo más cálido que la húmeda niebla que la envolvía, y tenía algo...

—Espérame aquí y no te muevas. Volveré a buscarte, te lo prometo.

—No... —empezó ella, pero, antes de que pudiera darse cuenta, Kai había desaparecido. —No —repitió, temblando de frío y de miedo.

Se acurrucó junto a la pared y escrutó las sombras cambiantes con aprensión. Le dio la impresión de que a veces adoptaban rasgos que parecían humanos.

—¡Kai! —llamó, aterrada.

Le pareció que solo un siseo respondía a su llamada. Se dejó resbalar por la pared hasta que cayó de rodillas al suelo. Se encogió allí, arrebujándose en su capa, sollozando de puro terror.

Jonás oyó la voz de Shi-Mae pronunciando su nombre y sacudió la cabeza, algo confuso. Qué raro; tenía tantas ganas de acabar ya que por un momento había imaginado que escapaba de la Torre para ir a rescatar a Dana.

Pero era evidente que no había terminado, ya que seguía en la Sala de Pruebas, y Shi-Mae lo observaba con el ceño fruncido desde la Silla del Examinador.

Jonás respiró hondo. Había estudiado mucho para aquel examen; no podía fallar, aunque fuera Shi-Mae, y no Dana, quien fuera a juzgar sus conocimientos aquel día.

Entonces la Archimaga dijo algo, algo que Jonás no entendió del todo, y se quedó esperando. Al chico le entró el pánico. ¿Qué le había preguntado? Tímidamente, le pidió que volviera a repetir lo que había dicho. La arruga del ceño de Shi-Mae se hizo más profunda, pero repitió la pregunta.

Jonás sintió que un sudor frío le recorría la espalda. Había oído a Shi-Mae perfectamente, pero no tenía ni idea de lo que le había preguntado. Se quedó parado, sin saber qué hacer. El hechizo que le había pedido no le sonaba de nada. ¡No podía estar en el Libro del Agua! ¿O sí?

Sintió que se mareaba; tragó saliva mientras alzaba los ojos para mirar a Shi-Mae.

—Eres una nulidad como mago —decretó ella. —Regresa a tu casa y no vuelvas a poner los pies en la Torre.

Jonás sintió que se le caía el mundo encima. No imaginaba su vida lejos de la Torre, pero, por encima de aquello, estaba aquél abrumador sentimiento de fracaso, y la pregunta de si se atrevería a volver a mirar a Salamandra a la cara después de aquello.

Salamandra había perdido la noción del tiempo. Las visiones la acosaban sin tregua, y estuvo a punto de dejarse llevar por su engañosa sensación de realidad. Incluso la pira encendida parecía mejor que aquella bruma fantasmagórica y susurrante.

Pero de pronto oyó una voz. Al principio se tapó los oídos, creyendo que las sombras del laberinto la acosaban otra vez. Pero entonces se dio cuenta de que se trataba de una voz humana, con consistencia, y no un siseo ininteligible. Se irguió y escuchó con atención.

Era una voz que canturreaba una canción sin palabras, una tonada triste y ausente. Salamandra se levantó y trató de alcanzarla, segura de que aquella voz le resultaba conocida.

Anduvo por entre jirones de niebla y paredes húmedas y oscuras, entre luces y sombras, siguiendo a aquella misteriosa voz que iba y venía. En ocasiones le parecía que veía entre las brumas una figura que vagaba sin rumbo, pero cuando intentaba alcanzarla la perdía misteriosamente.

Salamandra no se resignó. Había algo en aquella voz que le resultaba poderosamente familiar; pero, a su vez, había también algo que la inquietaba.

Fuera quien fuese, aquella persona cantaba casi sin darse cuenta, como si no se sintiera consciente de ello, como si simplemente se topara con las notas por casualidad.

Por fin la vio frente a ella, una figura vestida con ropajes blancos. Una larga cabellera, lisa y negra como el ala de un cuervo, destacaba entre el claroscuro del Laberinto de las Sombras.

Salamandra la reconoció entonces, y corrió tras ella.

La alcanzó en una esquina; la cogió por los brazos y la obligó a mirarla a los ojos.

—¡Maestra! —llamó. — Maestra, soy yo, Salamandra. Hemos venido a buscarte.

Pero los ojos de ella le devolvieron una mirada perdida y vacía.

—¡Dana! —insistió Salamandra, sacudiéndola con desesperación. —¡Dana, escúchame! No debes rendirte. Tenemos que salir de aquí.

Ella trató de separarse de la muchacha. Pero Salamandra no pensaba dejarla marchar.

—Dana, por favor.

Consiguió que la hechicera la mirase por fin; pero lo hizo como si mirase a través de ella, como si no la viera, o no la reconociera.

—Maestra, soy yo, soy Salamandra —repitió ella, aunque ya sin esperanzas de ser oída.

—Tan lejos... —suspiró Dana.

Salamandra se irguió.

—¿Cómo has dicho? —la sacudió suavemente—. Háblame, Dana. Dime...

Pero ella sollozó y se dejó caer. Salamandra tuvo que sostenerla.

—Lejos —repitió. —Sola... No.

A Salamandra se le encogió el corazón. Iba a pedirle que siguiera hablando, pero la mujer inició de nuevo su melodía sin palabras.

—Dana —susurró Salamandra. —No te rindas, Dana. No ahora.

«Salamandra está viva».

Era un pensamiento absurdo, se dijo Fenris con ironía. Acababa de devorarla. Y había disfrutado con el festín.

En un soberano esfuerzo de voluntad, se había lanzado contra uno de los lobos, esperando que él aceptase la provocación y luchara contra él, y lo matara de una vez. Pero el lobo había pensado que era un juego, y de todas formas, no osaría enfrentarse al jefe de la manada. Tendrían que atacarle todos a la vez para hacerle daño.

«Salamandra está viva», insistió la voz.

Fenris soltó una amarga carcajada, que sonó como un bajo gruñido. Estaba viendo perfectamente cómo sus compañeros de manada se repartían los despojos de los cuatro chicos.

«Abre los ojos, Fenris. Esto es solo una pesadilla».

Esa era una posibilidad interesante, se dijo Fenris. Desgraciadamente, no era verdad. Si hubiera sido una pesadilla, habría despertado tiempo atrás, seguro.

«Despierta, Fenris. Estás en el Laberinto de las Sombras. Esto no es real».

Fenris abrió los ojos, aturdido. De pronto, ya no vio ante sí el desfiladero, la nieve salpicada de sangre ni las sombras de los lobos, sino una extraña niebla hecha de luces y sombras. Parecía tan inverosímil que Fenris estuvo a punto de convencerse de que se trataba de un sueño en medio de la pesadilla que estaba viviendo bajo su forma lobuna... cuando, de pronto, el rostro de Kai apareció ante él.

—¡Eh! —exclamó el elfo, algo mareado—. ¿Qué haces tú aquí?

—Estamos buscando a Dana —le recordó el espíritu.

En el Laberinto de las Sombras.

—¿Dana? —Fenris se incorporó de un salto y miró a su alrededor. —¿Dónde están...?

—Salamandra está bien. La he dejado no lejos de aquí. Solo me faltan Nawin, Conrado y Jonás, pero creo que no tardaré en encontrarlos. Este lugar no parece muy grande.

Fenris asintió y se miró las manos, pensativo.

—Eres un elfo —le dijo Kai, y sonrió. —Y los salvaste en el desfiladero. No les hiciste ningún daño.

Fenris recordó.

—El lobo blanco... —murmuró. —Entonces, ¿eso era verdad? —fijó su mirada en Kai.

—¿Y por qué puedo verte yo?

—Porque no estás en tu mundo, sino en otra dimensión —sonrió. —Por cierto, me alegro de que podamos vernos por fin, cara a cara.

Adelantó una mano. Sin tenerlas todas consigo, Fenris le tendió la suya.

—Va a ser algo difícil —opinó.

Trató de estrechar la mano de Kai, pero sus dedos se cerraron en el vacío.

—Con eso me basta —dijo el fantasma. —¿Comprendes ahora lo que se siente?

—Siempre lo he sabido —replicó el mago. —Conozco a Dana muy bien. Nunca ha dejado de pensar en ti, ni de recordarte, a pesar de que nunca ha podido rozarte siquiera.

—En eso te equivocas —Kai sonrió con tristeza. —Hubo una vez... un momento... solo un momento...

Se separó de él bruscamente y sacudió la cabeza para alejar de sí aquellos pensamientos.

—Date prisa —dijo con voz ronca. —Tenemos que encontrar a Dana.

Salamandra se había acurrucado junto a una pared, sujetando a la Señora de la Torre para que no se alejara de ella. Recordaba perfectamente que Kai le había dicho que no se moviera, y ahora era incapaz de encontrar el camino de vuelta. Temía que él no pudiera llegar hasta ella de nuevo, y aquel pensamiento la llenaba de terror.

A menudo, sin embargo, tenía otras cosas en qué pensar. Dana se debatía de vez en cuando en espasmos de terror y gritaba cosas incongruentes, con los ojos azules abiertos de par en par. En tales ocasiones, Salamandra debía sujetarla con fuerza y susurrarle palabras tranquilizadoras al oído, hasta que la aterradora visión que atormentaba a la hechicera pasaba, y ella volvía a sumirse en aquella apatía distante.

«Qué horrible», se dijo Salamandra, acariciando los cabellos de Dana, mientras ella sufría entre sombras y pesadillas. «¿Cuánto tiempo llevará aquí? ¿Y cuánto tiempo será capaz de aguantar ella... o nosotros?»

Luchar por que Dana permaneciese en la realidad le ayudaba a combatir sus propias pesadillas. Sin embargo, Salamandra sabía que no resistiría mucho más.

Fenris y Kai encontraron a Conrado acurrucado en un rincón, sudando y gritando en medio de una pesadilla que parecía tener que ver con su padre. Kai lo escuchó atentamente para tratar de adivinar cuáles eran sus sueños. No le costó mucho sacarlo de ellos.

—Abre los ojos, Conrado —le susurró al oído, —y verás que sigues siendo un aprendiz de mago; verás que puedes volver a la Torre y seguir estudiando, y que nadie va a obligarte a golpes a que regreses a tu cabaña en el bosque para ser leñador, como tu padre y tus tres hermanos —hizo una pausa, y añadió —La Señora de la Torre está muy orgullosa de ti.

—La Señora de la Torre... —murmuró el muchacho.

—Nos está esperando, Conrado. Despierta; hemos de ir a buscarla.

Fenris se irguió de pronto y escuchó atentamente.

—Tenemos suerte, Kai —dijo. —Creo que oigo la voz de Jonás, que grita.

Las voces de sus amigos sacaron a Salamandra de un confuso sueño en el que se mezclaban lobos, fuego y espectros amenazantes. Se sobrepuso y abrió los ojos para despertar de su nueva pesadilla.

Dana seguía junto a ella, con la mirada perdida en las brumas. Salamandra escrutó

las sombras y vio a lo lejos una túnica de color rojo.

—¡Fenris!

—¡Salamandra! —era la voz de Jonás—. ¿Estás bien?

Pronto se reunieron todos. Salamandra miró a su alrededor.

—¿Dónde está Nawin?

No le respondieron. Acababan de darse cuenta de que Dana estaba allí, con la muchacha.

—La has encontrado —murmuró Kai.

Se arrodilló junto a ella y la rodeó con sus brazos.

—Dana —dijo. —Dana, soy yo. ¿Me escuchas?

—Los muertos vienen y van —murmuró ella. —Fuego, fuego. Serpiente.

—Dana, respóndeme —la llamó Kai—. Soy yo, Kai. He venido a buscarte.

Ella no dijo nada. Pareció que miraba a través de él, como si no pudiera verlo. Volvió a tararear una melodía nueva.

Un pesado silencio reinó entre sus amigos.

—Hemos llegado a tiempo de evitar que pierda su espíritu —murmuró Fenris, apesadumbrado—. Pero, desgraciadamente, creo que la razón ya no va a recuperarla.

Kai alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No —dijo. —Dana es fuerte, la conoces tan bien como yo. Saldrá de esta.

Se inclinó de nuevo junto a su amiga y susurró —Dana, escúchame. Tienes que dar media vuelta. Ese camino que has escogido no es el adecuado. Vuelve atrás; yo te estoy esperando. Si sigues adelante, ya no podré alcanzarte.

Ella gimió. Salamandra miró a su alrededor, inquieta.

—Deberíamos marcharnos de aquí, antes de que sea tarde.

—Pero falta Nawin —objetó Jonás—. No podemos irnos sin ella.

—Yo iré a buscarla —dijo Fenris. —Quedaos aquí, y no os separéis de Dana y Kai.

Se alejó de ellos, y las sombras se lo tragaron. Salamandra se quedó mirando el lugar por donde se había marchado, llena de sentimientos contradictorios.

Dana gritó algo ininteligible, mientras se convulsionaba torturada por una nueva pesadilla. Kai trató de sujetarla, pero sus brazos inmateriales no lograban retenerla.

—¡Suéltalo! —gritó ella. —¡Haré lo que quieras, pero suéltalo, déjalo marchar!

Por el rostro de Kai pasó una sombra de tristeza.

—¿Entiendes lo que dice? —preguntó Jonás.

—Desgraciadamente, sí.

Rozó la mejilla de Dana, bañada en lágrimas.

—No voy a abandonarte —susurró, —pero tienes que quedarte en un lugar donde yo pueda encontrarte.

—Me prometiste... —musitó ella.

—Y mantengo mi promesa —Kai la abrazó de nuevo, o, al menos, lo intentó. —Solo se trataba de una separación temporal, Dana. Una vida a cambio de una eternidad. Te estaré esperando si regresas a la vida, querida amiga.

Ella no respondió. Kai la miró a los ojos, esperando encontrar algún signo de reconocimiento en ellos. Pero su mirada seguía siendo vacía y ausente.

Nawin corría por los pasillos de su palacio en el Bosque Dorado. Había sucedido lo que llevaba tiempo mascándose en el ambiente, una conspiración. La más poderosa de las familias de la nobleza élfica se había alzado en su contra. Ahora sus asesinos la perseguían

en su propio palacio, y aunque Nawin gritaba pidiendo ayuda, nadie parecía escucharla.

Abrió una puerta y se encontró con Shi-Mae. Se sintió muy aliviada. Los padres de Nawin habían muerto mucho tiempo atrás, de modo que Shi-Mae no había sido solamente su tutora y Maestra, sino también su amiga y protectora, casi una madre para ella. Shi-Mae era una Archimaga poderosa; ella desbarataría la revuelta y pondría cada cosa en su lugar.

La llamó, pidiéndole ayuda, y la hechicera tendió las manos hacia ella. Nawin corrió a refugiarse entre sus brazos, convencida de que allí estaría segura. Alzó la cabeza para mirar a Shi-Mae a la cara... ..Y leyó la verdad en sus ojos.

Sintió que las manos de Shi-Mae se cerraban en torno a su cuello, pero era demasiado tarde para escapar.

Transformado en lobo, Fenris recorría el Laberinto de las Sombras. Le había costado mucho tomar aquella decisión, porque todavía lo atormentaban los recuerdos de aquel mal sueño en el que devoraba a sus aprendices. Sin embargo, era la mejor solución. No importaba cuánto lo engañase aquel lugar con sus brumas fantasmales, él se limitaba a seguir el olor de Nawin, que lo llevaba directamente hacia donde se encontraba la princesa elfa.

La halló en un rincón, convulsionándose mientras gritaba palabras incoherentes en élfico. Se detuvo a unos pasos de ella. Su instinto de lobo le dijo que llevaba mucho tiempo sin comer, y que la muchacha apenas opondría resistencia.

Sin embargo, Fenris era perfectamente consciente de lo que estaba pasando. Se visualizó a sí mismo con forma de elfo, y no tardó mucho en abandonar su cuerpo lobuno.

De pronto oyó gritos entre la niebla, y reconoció la voz de Shi-Mae; adivinó entonces que ni siquiera la poderosa Archimaga había logrado escapar de las pesadillas del Laberinto, y decidió que, a pesar de todo, trataría de ayudarla a ella también. «Pero vayamos por partes», se dijo.

Se levantó y caminó hacia Nawin.

—Escúchame —le dijo en élfico—. No es más que una pesadilla...

No muy lejos de allí, Kai todavía luchaba por recuperar a Dana. La Señora de la Torre seguía murmurando cosas que no parecían tener ningún sentido para nadie, excepto para el muchacho que había vuelto del mundo de los muertos para rescatarla.

Salamandra escudriñaba las sombras, esperando ver aparecer a Fenris. Conrado se había encogido sobre sí mismo, temblando, y Jonás miraba pensativo a Kai y a Dana.

—Está tardando demasiado —murmuró la aprendiz.

—No te preocupes, volverá —le aseguró Jonás.

Salamandra lo miró a los ojos, y entendió cuánta razón había tenido Kai al afirmar que tenía el corazón dividido. Jonás no era misterioso y fascinante como el elfo, pero era cálido y agradable, y Salamandra se sentía segura a su lado. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro del muchacho, con un suspiro. Jonás le acarició el pelo.

—Saldremos de aquí —le prometió.

Shi-Mae corría por el Bosque Dorado, huyendo de una espantosa criatura con forma de lobo que pretendía devorarla. Ella era apenas una aprendiz de primer grado y no sabía cómo defenderse de aquel monstruo; pero eso no era lo peor; no, lo más espantoso era que aquella bestia había sido momentos antes un apuesto y joven elfo, un elfo que ella conocía muy bien, y que, súbitamente, se había transformado en un horrible lobo a la luz de la luna

llena, justo cuando Shi-Mae acababa de convencerse de que estaba enamorada...

Mientras corría por salvar su vida, Shi-Mae oyó de pronto la voz de él entre los gruñidos de la bestia. Era una voz tan agradable como la de cualquier elfo, y la llamaba por su nombre, y le decía que todo aquello no era más que una pesadilla. Shi-Mae sabía que no era una pesadilla. Sabía que aquel lobo estaba a punto de devorarla, sabía que debajo de aquella forma animal se escondía la persona de la que estaba enamorada, una persona que le había ocultado hasta aquel momento su terrible secreto.

Una persona en la que ya nunca más podría confiar. Shi-Mae cerró los ojos a la bestia; decidió que, si tenía que morir, se dejaría llevar por aquella voz...

Y vio a Fenris frente a ella, y vio que sostenía en brazos a una chica elfa que le resultaba conocida... y recordó de golpe que ella era Shi-Mae, la Archimaga del Bosque Dorado, que había sido arrastrada al Laberinto de las Sombras y que aquella jovencita era lo único que se interponía entre ella y el trono del reino de los elfos.

Sin embargo, estaba demasiado débil para hacer nada, siquiera para moverse. Cuando vio que el elfo volvía a transformarse en lobo, decidió que, seguramente, seguía en medio de una pesadilla.

XIV RETORNO A LA VIDA

—¡Kai! —gritó entonces Dana, entre sueños. —Estoy aquí, Dana —dijo Kai suavemente.

—A tu lado. Ella cerró los ojos y sonrió, un poco más relajada.

—Parece que reacciona —comentó Salamandra, esperanzada. —Te ha oído, Kai.

—Mirad —dijo entonces Jonás. —Viene alguien. Todos, excepto Dana, que seguía ausente, se volvieron hacia el lado que señalaba el chico. Vieron entre las brumas la figura de un enorme lobo acercándose. Conrado se irguió, como movido por un resorte.

—No —murmuró. —¿Qué has hecho? Jonás se removió, nervioso; sin embargo, Salamandra mantuvo su mirada clavada en la sombra del lobo, con la esperanza de que las pesadillas de Fenris no se hubiesen hecho realidad. Las sombras seguían susurrando a su alrededor; la muchacha estaba aprendiendo a no escucharlas, pero en esta ocasión no logró evitar que sembraran su corazón de inquietud.

—Fenris —murmuró. —No, Fenris.

Sintió que Jonás la rodeaba con el brazo. Eso la reconfortó.

El lobo se aproximó a ellos, surgiendo de las brumas y del juego de luces y sombras de aquella engañosa prisión. Se detuvo frente a ellos y los miró.

Entonces inclinó la cabeza y todos pudieron ver que, montada sobre su lomo, aferrada al pelaje de su cuello y muy asustada, pero sana y salva, estaba Nawin, la princesa elfa.

—¡Nawin! —exclamó Jonás; sin embargo, no se atrevió a acercarse al enorme lobo.

El animal sonrió, y comenzó su transformación. Lo vieron adoptar de nuevo su forma de elfo, lo vieron desplegar su túnica de color rojo y fijar en ellos la mirada de sus ojos de color miel.

Sostenía entre sus brazos a Nawin. Avanzó hacia ellos y, con gesto serio, depositó a la princesa en el suelo. Entonces se giró y miró hacia atrás, y los otros pudieron ver que tras él estaba Shi-Mae, aturdida, en pie entre las sombras.

Kai se volvió también para mirarla, mientras todavía acariciaba el pelo de Dana, en un desesperado intento de que reaccionara.

—Lo que faltaba —murmuró.

Mientras, en la Torre se libraba una dura batalla. Tina y Morderek se habían atrincherado en la zona alta, mas allá de las almenas, donde el edificio se estrechaba y por tanto era más sencillo cortar el paso a los lobos. Tina luchaba valientemente, manteniendo a raya a los animales con una tea ardiendo, mientras el joven aprendiz les obstaculizaba el paso lanzando un conjuro tras otro.

No le había dicho a Tina, sin embargo, que si hubieran querido podrían haberse marchado tiempo atrás, con el hechizo de teletransportación.

No, Morderek no quería abandonar la Torre, ahora que le pertenecía por completo. Había cientos de objetos mágicos en el estudio de Dana, cientos de objetos mágicos que ahora estaban a su alcance, y no pensaba dejarlos atrás. Solo tenían que resistir un poco más...

—Kai, vuelve, vuelve conmigo —musitó Dana. Kai se apresuró a reunirse con ella.

—Dana, ¿me escuchas? —Kai, ¿estás aquí? —murmuró ella. —¿De verdad estás aquí, conmigo?

Kai tomó el rostro de Dana entre sus manos.

—Mírame, Dana. Estoy a tu lado. Mírame, escúchame.

Y ella lo miró. Sus ojos azules se encontraron con los ojos verdes de él, como tantas otras veces, cuando ella era niña. Y vio tanta ternura y amor en ellos que su alma no pudo mantenerse mucho tiempo alejada de aquel muchacho que la miraba de aquella forma.

—Estás aquí, Kai —dijo Dana, sonriendo. —¿Dónde te habías metido?

Kai no pudo decir nada. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Dana! —pudo decir Fenris, radiante de alegría.

—¡Hurra! —exclamó Jonás. —¡Hurra, Maestra!

Dana miró a su alrededor, aturdida.

—¿Dónde... dónde estamos?

—En el Laberinto de las Sombras —dijo Fenris, ayudándola a levantarse. —Y vamos a salir de aquí.

—¡Estupendo! —dijo Salamandra. —Teletransportémonos

—La teletransportación solo funciona dentro de una misma dimensión —cortó Fenris.

—Para teletransportarnos a la Torre primero hemos de salir de aquí.

—¿Y cómo lo hacemos? —le preguntó Nawin.

—Para salir del Laberinto de las Sombras el propio Laberinto debe dejarte salir

—intervino Shi-Mae, avanzando hacia ellos; se plantó frente a Dana y la miró a los ojos

—Y no va a dejarnos salir a todos, Señora de la Torre.

Dana la observó sin comprender; súbitamente, Shi-Mae pronunció las palabras de un hechizo de ataque, y un rayo mágico brotó de sus manos en dirección a la hechicera. Dana ahogó un grito y se echó a un lado; el rayo cayó junto a ella.

—¡Dana! —gritó Kai, y corrió a su encuentro.

Shi-Mae extendió el brazo hacia él y pronunció unas palabras mágicas.

Y Salamandra vio que, de pronto, estaban todos en el centro de un torbellino de sombras que giraba y giraba a su alrededor...

Tina chilló de nuevo, y Morderek se apresuró a lanzar un hechizo de hielo que bloqueó el pasillo con un muro gélido de varios metros de grosor.

—Eso los detendrá un rato, pero no mucho más.

La joven se volvió hacia él, con la frente cubierta de sudor.

—Tiene que haber algo más que podamos hacer.

—No, no lo hay —mintió Morderek.

Dana se dio cuenta enseguida de lo que había pasado: sus amigos estaban allí, pero no podían moverse. Shi-Mae los había atrapado en una jaula mágica de muros invisibles pero infranqueables.

—Ahora solo quedamos tú y yo, Dana —dijo Shi-Mae, y volvió a ejecutar un conjuro de ataque.

En un movimiento reflejo, Dana juntó las manos para crear un escudo mágico. El rayo de Shi-Mae rebotó en el escudo. La Señora de la Torre retrocedió unos pasos, temblando.

—Esto es una pesadilla —murmuró.

Shi-Mae rió.

—Es una pesadilla, sí. Pero una pesadilla de la que no vas a despertar.

Fenris se había sentado en el suelo, abatido.

—No tendría que haberla salvado —murmuraba. —No tendría que haberla salvado.

Jonás examinaba los muros invisibles de su prisión. Estaban reclusos en un recinto de unos cinco metros cuadrados. Aparentemente, nada les impedía salir de allí y acudir en ayuda de Dana, pero, en la práctica, no eran capaces de dar un paso fuera de aquel espacio, ni ejecutar un hechizo de teletransportación que los sacase de allí.

Kai era el único que podía entrar y salir de allí a voluntad, dado que no tenía cuerpo; pero no podía hacer absolutamente nada para ayudar a Dana, que, apenas unos metros más allá, estaba enfrascada en un terrible duelo de magia contra Shi-Mae.

—Por lo menos parece que ha reaccionado —murmuró Conrado, admirando la habilidad de su Maestra en los hechizos de ataque y defensa. —¡Mirad qué bola de fuego! ¿De dónde sacará las energías?

Kai no dijo nada, pero conocía la respuesta perfectamente. No podía hacer otra cosa que observar el duelo, impotente, y veía que a menudo Dana lo miraba de reojo cuando formulaba un hechizo. «Está tratando de protegerme», pensó el chico, conmovido. «Sabe por experiencia que existen conjuros capaces de dañarme incluso a mí; sabe que Fenris defenderá a los chicos, pero yo...»

Se volvió hacia sus compañeros.

—¡Fenris, reacciona de una vez! ¿No hay nada que puedas hacer?

El elfo le dirigió una mirada desconsolada.

—No puedo deshacer este hechizo desde dentro. Si estuviese fuera, no habría problemas... de hecho, solo haría falta que Dana tuviese unos segundos de tranquilidad para liberarnos, y no le costaría ningún esfuerzo.

Pero, por el cariz que tomaba la lucha, parecía que Dana no iba a poder ayudarlos, por el momento.

Salamandra suspiró, asustada. Tampoco a ella le gustaba ver a su Maestra luchando por su vida contra la poderosa Shi-Mae.

Dana gritó las palabras de un nuevo hechizo. Los cielos brumosos se abrieron y de ellos descendió un rayo que buscó el cuerpo de Shi-Mae. La Archimaga se apresuró a redoblar la fuerza del escudo de protección que había formado en torno a sí, pero, pese a ello, parte de la energía del rayo la alcanzó. Shi-Mae gritó, y Dana retrocedió unos pasos.

Sin embargo, la hechicera elfa aún no había dicho su última palabra. De sus labios brotó una nueva retahíla de palabras mágicas.

La tierra tembló y el suelo se abrió a los pies de Dana, quien, sin embargo, reaccionó rápido. Ejecutó el hechizo de levitación y se elevó en el aire para evitar caer en la profunda sima abierta por la magia de Shi-Mae.

Aterrizó suavemente en el suelo, un poco más allá, y respiró hondo. Ambas se miraron a los ojos. Estaban agotadas, pero sabían lo que implicaba un duelo de magia.

Continuarían hasta que una de las dos resultase vencedora. El destino que le aguardaba a la perdedora no era otra que la muerte.

Apenas a unos metros de distancia, Fenris y los aprendices contemplaban la batalla con un nudo en la garganta.

—¿Por qué no invoca a algún ser poderoso para que le ayude? —gimió Salamandra.

—Porque está demasiado cansada —replicó Fenris, frunciendo el ceño. —¡Maldita sea! Yo podría realizar la invocación por ella... si tan solo...

—Bueno —murmuró Jonás. —Por suerte, Shi-Mae también está cansada. De lo contrario...

—¡Esperad! —exclamó Kai de pronto; se irguió para observar las sombras atentamente.

—¿Qué pasa?

Pero él no respondió. Seguía mirando a su alrededor con el ceño fruncido.

—Kai, ¿qué es lo que pasa? —dijo Salamandra, muy nerviosa.

Los ojos de él se abrieron de par en par.

—Decidme que esto es una pesadilla —murmuró. —Por favor, decidme que estoy soñando.

—Me temo que no —se oyó una voz profunda y gutural, una voz que los estremeció a todos. —Me temo que no, mi querido amigo.

Una enorme sombra se elevó entre las brumas. Ellos retrocedieron un tanto, temerosos e intimidados.

—¿Qué... es eso? —pregunto Nawin.

—Es... —empezó Kai, pero la voz retumbó de nuevo:

—Tu peor pesadilla, Kai.

Una enorme cabeza escamosa rasgó la niebla para descender hasta ellos, una cabeza de reptil con cuernos retorcidos y escamas de color azul. Sus ojos oscuros destellaban con un brillo malévolo, y su sonrisa perversa dejaba asomar unos terribles y afilados colmillos.

Las dos Archimagas se volvieron rápidamente hacia él, y la lucha se interrumpió por un momento.

—No —murmuró Kai. —No, tú otra vez no. Estabas muerto.

—¿Pretendías matarme con un cuchillo de cocina, patético granjero humano? —se burló el dragón.

—¡Está muerto! —gritó Dana. —¡Yo tengo su esqueleto guardado en el sótano de la Torre!

El dragón adelantó una zarpa que cayó peligrosamente cerca de ella. El suelo retumbó.

—¿Te parezco suficientemente vivo, Dana? —preguntó el reptil, con una espantosa sonrisa.

Kai temblaba, incapaz de moverse.

—Es... ¿el dragón que te mató? —preguntó Salamandra en un susurro.

Kai no respondió.

El dragón se volvió hacia Shi-Mae, que retrocedió unos pasos y comenzó a acumular magia para ejecutar un hechizo de ataque.

—Tú me has desobedecido —dijo la criatura.

—¿De qué me estás hablando?

—¡Teníamos un trato! —rugió el dragón—. ¡No quiero que Dana muera para reunirse con Kai al Otro Lado, te lo dije claramente! ¡Y tú... estás intentando asesinarla!

—¡El trato no especificaba que yo también terminaría prisionera en el Laberinto de las Sombras! —replicó Shi-Mae.

Dana no perdió el tiempo. Mientras el dragón y la elfa discutían, se acercó a sus amigos y en un momento deshizo el hechizo de la prisión invisible. Fenris se apresuró a colocarse a su lado, y entre ambos levantaron una barrera mágica de protección. Los aprendices se refugiaron tras ella, temblando.

—¿Acaso vas a sacarme tú de aquí? —decía Shi-Mae. —¿Cuál era tu plan? ¿Matarnos a todos excepto a Dana, para que pierda la razón aquí dentro, ella sola? ¡Reconócelo de una vez has perdido!

El dragón rugió de ira y descargó su cola escamosa sobre ella. Shi-Mae alzó las

manos para levantar un escudo mágico; pero, después de su duelo mágico con Dana, sus fuerzas ya no estaban al cien por cien, y sus reflejos no eran los mismos, en una fracción de segundo se dio cuenta de que no le daría tiempo a cerrar el conjuro. Quiso gritar...

La cola del reptil la golpeó con fuerza y la lanzó por el aire. Su cuerpo se estrelló contra un muro y cayó al suelo desmadejado, como el de un muñeco sin vida.

—¡Shi-Mae! —gritó Fenris; iba a correr junto a ella, pero Jonás se lo impidió.

—¡Quieto, Fenris! No puedes hacer nada por ella. ¡Te necesitamos aquí!

Fenris se detuvo, aún con los ojos fijos en el cuerpo de Shi-Mae. Sobreponiéndose, alzó las manos para reforzar la barrera mágica de Dana.

El dragón se volvió hacia ellos y sonrió

—Puedo mataros a todos entre horribles tormentos —aseguró. —La única que no va a morir eres tú, Dana... pero todavía estás encerrada aquí dentro, y me aseguraré de que no vuelvas a salir.

Dana se volvió para mirar a Kai; el muchacho tenía aún los ojos fijos en el dragón y estaba paralizado por el terror.

—Kai, escucha. Necesito que reacciones, porque, desgraciadamente, esto es real. Pero no es él. El dragón azul murió hace mucho tiempo, Kai.

El dragón inspiró profundamente. Haciendo gala de grandes reflejos, Fenris gritó las palabras de un hechizo. Su escudo de hielo se formó frente a ellos justo cuando el aliento de fuego del dragón estaba a punto de abrasarlos. Una nube de vapor de agua los envolvió.

El dragón rugió, y trató de golpearlos con su enorme cola escamosa. La barrera resistió.

Los dos hechiceros seguían con las manos en alto, generando magia a su alrededor. Los cuatro aprendices se limitaban a ocultarse tras ellos, asustados, sin saber qué hacer.

El dragón golpeó de nuevo la barrera mágica. No parecía importarle el hecho de que, cada vez que la tocaba, algo lo fustigaba, como una descarga eléctrica. Siguió atacando a los magos con furia asesina, mientras ellos sentían que su magia no podría aguantar mucho más tiempo.

—Alguien tiene que ejecutar un hechizo de ataque —jadeó Fenris.

—¡Pero la barrera no aguantará si uno de nosotros la abandona! —replicó Dana.

El dragón se estremeció desde la cabeza a la punta de la cola, y una desagradable risa resonó por el Laberinto de las Sombras.

—Reconócelo, aprendiz —se burló. —No puedes nada contra mí, ni siquiera ayudado por una Archimaga.

Fenris reaccionó.

—¡Tú! ¿Qué... Cómo...?

—¡El Maestro! —susurró Dana. —Ha adoptado la forma de las peores pesadillas de Kai. Pero ¿por qué es tan real?

El reptil rugió y volvió a golpear la barrera. Los magos se estremecieron, y su magia vaciló un breve momento, pero no llegó a resquebrajarse.

—Porque tiene las reglas de la magia de su parte —murmuró Fenris.

—¡La maldición! —dijo Dana, comprendiendo. —Tiene derecho a un último gran conjuro y ha elegido adoptar esta forma para atacarnos.

De pronto se oyeron unas palabras mágicas. Eran unas palabras pronunciadas en voz baja, pero clara y firme. Un conjuro mágico, un conjuro de ataque.

Era la voz de Salamandra.

El suelo tembló y se agrietó bajo los pies del gran dragón, que se tambaleó un

momento; sin embargo, pronto recuperó el equilibrio y miró a Salamandra.

—¡Pequeño insecto! —rugió. —¿Creías que...?

Pero antes de que pudiera acabar, algo salió de la sima abierta del suelo. Parecían miles de serpientes que trepaban por las patas del dragón; sin embargo, las serpientes comenzaron a crecer y a crecer, y enseguida todos pudieron darse cuenta de que se trataba de plantas que se convertían en enormes enredaderas a una velocidad de vértigo. El dragón alzó las alas para levantar el vuelo, pero las plantas lo atraparon antes de que lo consiguiera.

—Uno de mis hechizos favoritos —comentó Dana, complacida.

Otra voz sonó, pronunciando las palabras en idioma arcano, y las enredaderas comenzaron a endurecerse... hasta transformarse en piedra.

El dragón estaba atrapado.

El hechizo había sido de Jonás. Salamandra lo miró, orgullosa, mientras el enorme reptil luchaba por liberarse.

—No hemos acabado —dijo la muchacha.

Antes de que nadie pudiese hacer nada, avanzó unos pasos y cerró los ojos para concentrarse. Recordaba con perfecta claridad las palabras de Fenris la noche anterior: «Tienes un gran poder, muchacha. Pero ese lado salvaje también forma parte de nosotros mismos; no hay que luchar contra él, solo aprender a controlarlo y canalizarlo de forma adecuada. Entonces aprendemos que no se trata de un error de la naturaleza; es un don, un regalo, si hacemos buen uso de él».

El dragón exhaló una nueva bocanada de fuego hacia ellos, pero la barrera resistió.

Salamandra frunció el ceño y se concentró aún más. Se dio cuenta de que comenzaba a acumular energía entre las manos, pero hizo lo posible por no asustarse.

—¡Salamandra! —gritó Jonás.

Ella no lo escuchaba. Entre sus manos se iba formando lentamente una bola de miles de pequeños rayos que se movían a una velocidad de vértigo. Cuando aquello era ya tan deslumbrante que no se podía mirar directamente, Salamandra abrió las manos y liberó su proyectil mágico, una bola de fuego... que dio de lleno al dragón.

El reptil rugió de dolor y se debatió, furioso y herido. Salamandra, agotada pero animada por el éxito de su intento, avanzó un poco más y volvió a iniciar el hechizo.

Sin embargo, de improviso, el dragón hizo acopio de fuerzas y destrozó su prisión de piedra.

—¡Cuidado! —gritó Jonás.

El dragón golpeó a Salamandra, pero ella logró apartarse a tiempo; se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Espera —lo detuvo Kai. —Sabe lo que hace.

El dragón lanzó hacia ella una bocanada de fuego. Salamandra temblaba de miedo, pero no se movió.

Cuando las llamas se disiparon, ella no estaba allí. El dragón, sorprendido de no ver por ninguna parte sus restos calcinados, miró a su alrededor.

La descubrió de pronto entre el humo, completamente ilesa, mirándolo con gesto serio. Sus ojos parecían echar tantas llamaradas como la boca del dragón azul.

—¡No! —rugió el animal. —¡No puedes hacer eso! ¡Eres una...!

—... Una aprendiz de primer grado —murmuró ella con una sonrisa.

El dragón exhaló una nueva bocanada de fuego. Salamandra se quedó donde estaba. De nuevo, las llamas no lograron dañarla. El dragón rugió de furia y se lanzó sobre ella, pero la muchacha desapareció de allí casi enseguida. Se materializó unos metros más allá, y se

quedó mirando al dragón con expresión burlona.

Dana cruzó una mirada con Fenris.

—Tenemos que hacer algo, Fenris.

—*Haquin-sail* —dijo entonces Nawin, en élfico.

Fenris se irguió, muy atento.

—*Haquin-sail* —repitió. —Eso es, Nawin. ¿Podrás hacerlo?

—Sola, no —reconoció ella, y miró a sus compañeros. —Voy a necesitar vuestra ayuda.

—*Haquin-sail* —dijo Fenris —¡Invoca a su contrario! Es uno de los proverbios más conocidos de los magos elfos. Dana y yo mantendremos la barrera, Nawin; vosotros deberéis hacer el resto. Salamandra no va a lograr distraer al Maestro durante mucho más tiempo.

Nawin se volvió hacia Jonás y Conrado.

—Seguidme. Es nuestra única oportunidad.

Comenzó a pronunciar las palabras de un conjuro, y los chicos le ayudaron aportando energía mágica.

El dragón se dio cuenta de que sucedía algo raro y se volvió para mirarlos. Al ver lo que estaban haciendo, rugió y se abalanzó sobre ellos. La barrera tembló, pero se mantuvo.

Salamandra gritó, consciente de que tenía que hacer algo. Sabía que se jugaba la vida, porque, aunque era capaz de sobrevivir al fuego del dragón, no era invulnerable a sus garras ni a sus dientes. No conocía hechizos que pudiesen ayudarla en aquel trance. Solo podía recurrir a la fuerza ígnea que latía en su interior, y que podía sacar en momentos de crisis. Pero ninguna de sus bolas de fuego lograría matar al dragón, cuyas escamas protegían su cuerpo prácticamente de cualquier ataque.

Salamandra recordó una vez más las palabras de Fenris, y miró a sus compañeros desde el lugar donde se hallaba semioculta. Vio a Dana y al hechicero elfo luchando por mantener activa la barrera mágica que los protegía de los ataques del dragón; vio la angustia en sus rostros, pero también vio un brillo de decisión en sus ojos.

Vio a Jonás, Conrado y Nawin en círculo, formulando las palabras de un conjuro de invocación. Miró a Jonás, con el ceño fruncido en señal de concentración.

Vio al dragón rugiendo con furia, tratando de superar la barrera mágica.

Y supo que lo lograría.

Cayó de rodillas y cerró los ojos. Buscó en su interior, porque sabía que tenía que haber algo en ella que sirviese para ayudar a sus amigos. Buscó en su interior aquella fuerza que tanto la había asustado al principio, y que Fenris consideraba un don de la naturaleza.

Aquella fuerza que podía salvar a sus amigos.

La fuerza del fuego que ardía en su alma.

Mientras, el círculo formado por los aprendices empezó a dar sus frutos. En el centro comenzó a formarse una pequeña espiral...

El dragón volvió a golpear. La barrera se resquebrajó.

—¡No! —gritó Dana.

Nawin pronunciaba las últimas palabras del conjuro. Jonás y Conrado sintieron enseguida cómo su magia era absorbida por la espiral formada en el centro del círculo.

—¡Aguantad! —dijo Nawin—. ¡La puerta se está abriendo!

Kai seguía observando las brumas cambiantes del Laberinto de las Sombras. El dragón golpeo de nuevo. La barrera se resquebrajó, y el animal lanzó un rugido de victoria.

—¡Demasiado tarde!

Nawin gritó, y el círculo estuvo a punto de romperse en el último momento. Dana

pronunció rápidamente las palabras de un hechizo de ataque, pero supo que no lograría ejecutarlo a tiempo...

—¡Resistid! —gritó Jonás, justo antes de que el dragón se lanzara sobre ellos.

Pero, de pronto, un grito salvaje resonó en el Laberinto de las Sombras, y algo enorme y ardiente iluminó sus brumas fantasmales. El dragón se volvió solo un momento para ver lo que estaba pasando, y los aprendices también alzaron la cabeza, sorprendidos.

Lo que vieron los dejó sin habla.

La figura de Salamandra, envuelta en violentas llamaradas, como si alimentase el corazón de un sol.

Aquella imagen duró apenas un instante. Inmediatamente, toda aquella energía en forma de fuego confluyó con una espiral de llamas que brotó de los brazos de Salamandra con una violencia inusitada. La muchacha gritó, asustada, pero se esforzó por mantener el control, y dirigió su rayo contra el dragón.

Todo sucedió en centésimas de segundo. El dragón que albergaba el espíritu del Maestro fue alcanzado de lleno por el fuego de Salamandra, justo cuando estaba a punto de lanzarse sobre Dana, Fenris y sus aprendices. La criatura bramó de dolor, se retorció y cayó pesadamente al suelo.

—¡Termina el conjuro, Nawin! —gritó Dana.

La princesa se había olvidado por un momento de la invocación y se apresuró a pronunciar la última palabra mágica.

El dragón se levantó, jadeante, y se volvió hacia Salamandra. La muchacha, agotada tras aquel esfuerzo, yacía semiinconsciente sobre el suelo, sin percatarse del peligro que corría.

—¡Salamandra, no! —gritó Jonás.

De pronto, Kai alzó la cabeza y escrutó las sombras.

—¿Qué es eso?

Dana inició rápidamente un hechizo de ataque. El dragón estaba malherido, pero continuaba vivo, y seguía siendo un adversario terrible. Con un rugido de rabia, se lanzó sobre la chica tendida en el suelo.

Pero otro rugido le contestó de pronto desde la niebla.

—¡Eso! —gritó Kai—. ¿Lo habéis traído vosotros?

Otra enorme cabeza de reptil emergió de la semioscuridad, seguida de un gran cuerpo escamoso y unas alas membranosas. Otro dragón se lanzó sobre el Maestro, dientes y garras por delante.

Pero no era un dragón azul; su cuerpo relucía con un brillo dorado, y sus movimientos eran ágiles, seguros y elegantes.

—Un dragón dorado... —murmuró Dana.

—*Haquin-sail* —susurró Fenris. —Bien hecho, Nawin.

El dragón azul respondió a la provocación con un rugido, y pronto la lucha entre los dos se volvió encarnizada. El azul ya no prestaba atención a los magos y sus aprendices, y estos corrieron a ocultarse tras una pared, para recuperar fuerzas.

—Si no vence el dragón dorado, estaremos perdidos —dijo Dana. —El Maestro nos encontrará donde quiera que vayamos dentro de este laberinto.

Jonás solo tenía ojos para la figura que yacía en el suelo, a unos metros de los dragones. Dana se dio cuenta de ello y dirigió a Fenris una mirada de circunstancias. El mago elfo asintió, y se alejó de ellos, silencioso como una sombra. Al cabo de unos minutos había regresado y traía a Salamandra en brazos. Jonás corrió junto a ella para asegurarse

de que estaba bien.

—Está agotada —dijo Fenris, —pero se recuperará.

—¡No! —exclamó Nawin que, oculta tras la pared, estudiaba atentamente las evoluciones de los dos dragones. —¡El dragón dorado está herido! ¡Pierde fuerzas!

Kai se apresuró a asomarse con ella para comprobarlo.

El dragón dorado luchaba con valentía, pero, aunque era más grande, no podía con la fuerza del monstruo azul, a quien la sed de venganza daba energías casi ilimitadas, a pesar de estar malherido. El dragón dorado ya parecía agotado, y combatía con un ala desgarrada y el pecho sangrante.

El dragón azul rugió y lanzó un poderoso zarpazo a su oponente. El dorado trató de esquivarlo, pero le dio de lleno en la cabeza. La criatura exhaló su último aliento y cayó al suelo pesadamente.

—¡No! —chilló Nawin, aterrada.

Kai contempló un momento al dragón, pensativo. Después, se volvió hacia Dana y la miró largamente. Ella sorprendió su mirada y le devolvió una interrogante. Él sonrió.

—Volveré, Dana —murmuró.

—Kai...

Él dio media vuelta y avanzó hacia los dos dragones.

—¡Kai, no!

Dana corrió tras él, pero Fenris la retuvo. Kai se perdió entre las brumas, y Dana se debatió en brazos de Fenris

—¡No, Kai! ¡Vuelve! ¡No puedo perderte otra vez

Mientras, el dragón azul abandonaba el cuerpo de su oponente en el suelo y alzaba la cabeza para olisquear el aire y buscar a los magos.

Su enorme cabeza descendió hasta ellos. Pero entonces, de pronto, como surgido de la nada, el dragón dorado se abalanzó sobre el Maestro con un rugido, con renovadas fuerzas. La criatura, sorprendida, gimió y trató de defenderse. Pero el dragón dorado, con una furia inaudita, mordió, desgarró, envolvió al otro en su fuego sobrenatural. Seguía herido, pero no parecía importarle, y peleaba como si acabase de incorporarse a la lucha.

El reptil azul no resistió aquella avalancha de rabia y fuerza dorada. Pronto, su cuerpo yació a los pies de su oponente, completamente destrozado.

Totalmente cogidos por sorpresa, los magos y sus aprendices no supieron cómo reaccionar. Por encima del cuerpo del dragón caído se formó una pequeña nube de bruma que adoptó por un momento la forma de un rostro viejo y amargado...

Con un alarido, el espíritu del Maestro fue a fundirse con las sombras del laberinto. El cuerpo del dragón azul se desvaneció en el aire.

Reinó el silencio.

Lentamente, el dragón dorado se volvió hacia ellos. Los chicos retrocedieron. La criatura bajó la cabeza y fijó sus ojos, verdes como esmeraldas, en los ojos de Dana. Ella lo miró, sin poder creérselo, con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Oh, Kai —suspiró. —¿Por qué lo has hecho?

El dragón ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Y por qué no? —dijo.

Los aprendices no salían de su asombro.

—¿Kai? —preguntó Jonás, titubeante.

—¿Cómo es posible? —murmuró Nawin.

El dragón desplegó sus alas y estiró el cuello.

—¡Sí! —exclamó. —¡Soy yo, Kai, y por fin estoy vivo! ¡Vivo de nuevo!

Se volvió otra vez hacia Dana, que lo miraba muda de emoción.

—Ahora podré vivir la vida contigo, Dana —dijo. —No del modo en que me gustaría, pero... por lo menos...

Dana no respondió. Alzó lentamente la mano para acariciar el cuello escamoso del dragón, que se estremeció de felicidad bajo su caricia.

—Puedo... tocarte —dijo ella mientras levantaba la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Soy yo, Dana —dijo él suavemente—. Y ya nunca volveré a separarme de ti.

Ella no respondió. Se abrazó al cuello del dragón con todas sus fuerzas, llorando de felicidad.

Él iba a decir algo cuando de pronto se oyó un ruido atronador, y el suelo tembló.

Kai —el dragón dorado que ahora era Kai, — se colocó frente a ellos, para protegerlos.

—¡Mirad! —exclamó Jonás, señalando a lo alto.

Un enorme remolino brillante se formó sobre el Laberinto de las Sombras, ahuyentando la niebla de almas perdidas.

—¡Es la salida! —dijo Dana—. ¡El Laberinto nos deja salir!

—¡Montad sobre mi lomo! —dijo Kai—. ¡Lo alcanzaremos!

Ellos titubearon, pero finalmente, uno por uno, treparon por su garra hasta acomodarse entre sus alas membranosas, bien aferrados a su cresta dorada.

Fenris se quedó el último. Mientras sus compañeros subían al lomo de Kai, el elfo se inclinó junto al cuerpo inerte de Shi—Mae. La Archimaga elfa había muerto.

Fenris acarició su mejilla con ternura. Vio que de su cuello pendía una fina cadena de oro, y la alzó para verla.

De ella colgaba un pequeño colgante en forma de corazón, con las iniciales: AK y SM.

Fenris sonrió con tristeza. Hacía mucho tiempo que nadie lo llamaba por su verdadero nombre, su nombre élfico, al cual correspondían aquellas iniciales; porque él, o el joven elfo que fue una vez, había sido quien le había regalado aquella joya a Shi-Mae, casi medio siglo atrás.

—Lo siento —murmuró. —No fue culpa tuya, pero tampoco mía. Quizá fue eso lo que no fuiste capaz de comprender. Pero quiero que sepas que yo...

—¡Fenris, date prisa! —Era la voz de Conrado.

Fenris no llegó a terminar aquella frase. Con un suspiro, se incorporó y se alejó de nuevo hacia donde lo esperaban sus compañeros. Trepó al lomo del dragón dorado.

Kai movió las alas un poco y se elevó unos palmos, probando su nuevo cuerpo. Entonces tomó impulso y, con una poderosa batida, se alzó en el aire, hacia el remolino que era su última esperanza de salvación.

—¡Atención, voy a entrar! —anunció.

Los chicos no pudieron evitar cerrar los ojos. Sintieron que un fuerte viento los sacudía y se agarraron con todas sus fuerzas al lomo de Kai.

De pronto los lobos dejaron de aullar y de arañar el muro de hielo, y reinó un súbito silencio sobre la Torre.

—¡Se marchan! —exclamó Tina, sorprendida; se volvió para ver qué tenía que decir Morderek al respecto, y descubrió que él ya no estaba allí.

El muchacho se había dado cuenta de que el conflicto había finalizado. Los lobos se retiraban poco antes del amanecer, y eso solo significaba una cosa, o la maldición se había

cumplido, o Dana y sus amigos habían logrado derrotar al espectro vengativo.

En cualquier caso, le quedaba poco tiempo.

Se deslizó hasta el despacho de Dana, preguntándose si habría alguna cosa allí que pudiese servirle.

Y en un rincón descubrió, apoyado sobre la pared, el bastón de Archimaga de Shi-Mae.

Morderek sonrió. Sabía que tardaría años en aprender a controlarlo, pero también sabía que, en cuanto lo hiciese, igualaría en poder a los propios Archimagos.

Antes de tocarlo, sin embargo, titubeó. Aquellos objetos guardaban una gran fidelidad hacia su dueño, y se preguntó si Shi-Mae no volvería a buscarlo...

Finalmente, se atrevió a rozarlo con la punta de los dedos y sintió una feroz sacudida eléctrica. Morderek gimió y retiró la mano. Se mordió el labio inferior, pensativo. Había percibido con total claridad el inmenso poder que encerraba aquel bastón... Si lograra dominarlo...

Apretó los dientes y aferró el bastón con decisión. El objeto reaccionó. Morderek sintió que algo le abrasaba la mano y gritó de dolor, pero no lo soltó. Trató de imponer su voluntad al bastón mientras luchaba contra el dolor y sentía el olor de su propia carne chamuscada...

Por último, su esfuerzo se vio recompensado y el bastón dejó de hacerle daño. Morderek contuvo el aliento y lo agarró con la otra mano. Nada sucedió. El bastón ya no lo rechazaba.

Aquello solo podía significar una cosa: Shi-Mae había muerto.

Morderek se apoderó del bastón con una sonrisa de triunfo en los labios.

—Esto es solo el principio —murmuró. —Si sales del Laberinto, Maestra, tendrás noticias mías.

Ejecutó el hechizo de teletransportación para desaparecer de la Torre y no regresar nunca más por allí.

Cuando volvieron a abrir los ojos, solo vieron el cielo nocturno sobre las montañas del Valle de los Lobos. Alboreaba ya en el horizonte, y ellos se miraron unos a otros.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Nawin, muy confusa.

—¡Teletransportarnos a la Torre! —decidió Jonás, que aún sostenía en brazos a Salamandra.

Uno por uno fueron pronunciando el hechizo de teletransportación, ansiosos por volver a casa. Uno por uno fueron abandonando el lomo de Kai.

En apenas unos instantes, solo quedaban allí Dana y el dragón dorado.

—¿No regresamos a la Torre? —preguntó él.

La Archimaga no contestó. Kai seguía suspendido sobre las montañas, mientras Dana, montada en su lomo, contemplaba el horizonte.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Kai? —preguntó ella. —¿No puedes salir de ese cuerpo?

—No. Pero ya no tengo que volver al Otro Lado, no hasta que este cuerpo no muera. ¿Es que no te alegras de que haya vuelto a la vida?

Lo había dicho con un tono de reproche, y Dana sonrió. Era Kai, el inconfundible Kai. Resultaba irónico que se hubiera convertido en dragón, el ser que más odiaba y temía. Pero, desde luego, no había ni punto de comparación entre el monstruo azul que había segado su vida cinco siglos atrás, cuando él era apenas un muchacho, y aquella criatura dorada que

parecía recién bajada del sol.

A él, desde luego, no parecía importarle. Batió las alas, cansado y herido, pero ebrio de vida y libertad, y se giró hacia Dana.

—¿Tienes idea de lo grande que es el mundo, y lo maravilloso que sería explorarlo desde aquí arriba?

Dana lo miró, algo preocupada. El dragón sonrió.

—¿Vendrás conmigo, Dana?

Ella sonrió a su vez.

—Siempre, Kai.

Con un rugido de triunfo, Kai se elevó en el aire y voló, con Dana sobre su lomo, hacia el horizonte, de vuelta al Valle de los Lobos, con sus doradas escamas reluciendo bajo los rayos del sol naciente.

EPÍLOGO

.La taberna estaba llena cuando entraron los emisarios elfos. Había un bardo recitando al fondo de la sala; en un rincón, un grupo muy ruidoso apostaba a las cartas hasta las botas, mientras pedían que se les llenasen las jarras, una y otra vez.

Desde luego, aquellos impecables mensajeros no encajaban nada bien en aquel lugar.

La mirada de sus ojos almendrados recorrió el local. El dueño acudió presuroso a atenderlos.

—¿Señores? —dijo obsequiosamente.

—Buscamos a una persona —dijo el portavoz, lentamente—. Se hace llamar la Bailarina del Fuego.

—¡La Bailarina del Fuego! —repitió el posadero, sorprendido—. ¿Quién la busca?

—Venimos de parte de la Reina de los Elfos.

Como el hombre parecía reacio, el emisario depositó en su mano una bolsa llena de tintineantes monedas. No tardó en señalarles el lugar.

—En aquel reservado de la derecha. Es una joven con una túnica roja.

Los elfos se dirigieron inmediatamente al sitio indicado. Llamaron suavemente a la puerta, y esta se abrió sin ruido. El portavoz se asomó. No había nadie tras la puerta, pero la persona que buscaban se hallaba al fondo, sentada frente a una mesa, escribiendo.

Levantó la cabeza cuando ellos entraron. Era una joven de ojos oscuros y penetrantes y una larga y rebelde melena pelirroja. Como había dicho el posadero, vestía una túnica roja que la señalaba como hechicera reconocida.

—Así que de parte de la Reina de los Elfos —comentó ella con una sonrisa. —¿Es ya Nawin la Reina de los Elfos? ¿Tan joven? Creo que no habrá cambiado gran cosa en estos años...

El portavoz fue directo al grano.

—¿La Bailarina del Fuego?

—Así me llaman. Pero mi verdadero nombre es Salamandra.

—Lo sabemos —asintió el elfo.

—¿Y qué más sabéis?

—Sabemos que eres una maga aventurera, que has recorrido muchos caminos y que tu nombre pronto será inscrito en las listas de los héroes cuyas hazañas recitan los poetas a lo largo y ancho de todos los continentes.

Salamandra sonrió, halagada.

—Sabemos también que conoces a la Dama del Dragón, la Señora de la Torre, otra hechicera legendaria.

—Así es. Ella fue mi Maestra, y también lo fue de la Reina de los Elfos. Pero sentaos, no os quedéis ahí en la puerta.

Los elfos no se sentaron. Salamandra se encogió de hombros.

—El Reino de los Elfos necesita de tu ayuda, Bailarina del Fuego —dijo el portavoz. — La Reina os suplica que aceptéis su invitación de pasar unos días en su palacio; ella os explicará el caso con más detalle.

Salamandra los miró, pensativa.

—Vuestra Reina y yo nunca nos hemos llevado demasiado bien —dijo. —Debe de ser un asunto muy grave para que ella se rebaje a pedir mi ayuda.

—Lo es, señora —confesó el elfo, incómodo. —Está bien —dijo ella finalmente. —Os acompañaré, con una condición.

Al orgulloso emisario no pareció gustarle aquello. Sin embargo, tragó saliva y no dijo

nada.

—Yo también estoy buscando a una persona —prosiguió ella—. Se trata de uno de los vuestros, un elfo. Abandonó la Torre del Valle de los Lobos hace un par de años; partió en busca de un lobo blanco... El emisario palideció.

—Sé muy bien a quién te refieres —dijo. —Siento comunicarte que no ha vuelto al Reino de los Elfos desde que fue desterrado de él, hace más de cincuenta años.

Había hablado con dureza, y Salamandra le dirigió una mirada severa.

—Mide bien tus palabras —le amenazó. —El elfo de quien hablo es merecedor de ser admirado como a un héroe; incluso la propia Reina Nawin lo admitiría.

El mensajero no replicó, pero a las claras se vio que no estaba de acuerdo.

—Este es el trato —concluyó Salamandra. —Me ayudáis a encontrarlo y yo ayudaré a la Reina, si está en mi mano. El elfo tardó un poco en responder. Por sus venas corría sangre suficientemente noble como para que todos sus nervios se pusieran de punta ante la sola idea de rebajarse a buscar a un proscrito, pero, por otro lado, las órdenes de la Reina habían sido muy claras: trae a la Bailarina del Fuego, cueste lo que cueste.

De modo que, poco después, los elfos y la hechicera salían de la posada.

No muy lejos de allí, desde lo alto de una loma, alguien los observaba. Se trataba de un joven y de una mujer de unos treinta años. Él vestía una túnica de color rojo. Ella cubría su cuerpo con una capa blanca, y su cabeza con una pesada capucha que, sin embargo, no ocultaba su semblante sereno, sus profundos ojos azules y su pelo negro como el ala de un cuervo.

—No te preocupes, Jonás —dijo. —Volverá contigo. Solo es cuestión de tiempo.

—Ya no me importa —dijo él. —Por mí puede seguir a Fenris hasta el fin del mundo. No voy a esperarla más.

—Sabes que sí vas a esperarla. Lo quieras o no —sonrió. —Ella te quiere, solo que aún no lo sabe.

—Y cuando regrese —sonó una voz desde la oscuridad, una voz profunda, con un leve acento divertido, —podrás darte el gustazo de hacerle sufrir un poco, porque, desde luego, se lo ha ganado.

Una enorme cabeza de reptil salió de entre las sombras y observó al joven con unos brillantes ojos de color esmeralda.

—¡Escóndete, Kai! Vas a asustar a los aldeanos.

—Que se asusten —rió el dragón. —He pasado demasiado tiempo siendo invisible para los mortales; no puedes pedirme que siga escondiéndome, Jonás.

La mujer acarició su cuello escamoso con ternura.

Los tres volvieron a centrar su atención en los caballos que cruzaban el pueblo. Oyeron con total claridad las exclamaciones de sorpresa de los emisarios elfos cuando sus animales, por arte de magia, echaron a correr a la velocidad del viento. Sus voces se perdieron en la lejanía.

Aún quedó flotando en el aire, por un momento, la risa divertida de Salamandra.

Jonás respiró hondo.

—Ve a buscarla, Jonás —dijo la mujer. —Ve a buscarla si te importa de verdad. Cuando encuentre a Fenris, se resolverán muchas de sus dudas, y sería conveniente que estuvieses cerca de ella...

—Salamandra no tiene dudas —objetó el joven. —Oh, no lo creas —intervino Kai.

—Parece muy segura de sí misma, pero, en el fondo, es igual que todos nosotros. Jonás miró al dragón a los ojos. Después, lentamente, sonrió.

—No tardaré —dijo.

Se despidió de su Maestra con una inclinación de cabeza, hizo un pase mágico y se esfumó en el aire.

De nuevo, Dana y Kai se quedaron solos. Él se estiró bajo la luz de la luna.

—Ya se han marchado todos —dijo. —Jonás era el último.

—Vendrán más, ya lo sabes —respondió ella. —La Torre sigue siendo una Escuela de Alta Hechicería activa... aunque he de reconocer que algunos se asustan al verte y dan media vuelta, Kai.

—Bah. Esos no llegarían a ser buenos magos, así que tampoco se pierde gran cosa.

Dana rió. Desde que Kai estaba a su lado de nuevo, reía muy a menudo. Abrazó el cuello de su amigo y apoyó la cabeza en su pecho escamoso para oír latir su corazón. Eso también lo hacía a menudo.

—Estoy vivo —musitó él, por enésima vez; llevaba años repitiendo lo mismo, pero no se cansaba de decirlo, y Dana tampoco se cansaba de escucharlo.

Miró con ternura a la Señora de la Torre; ella sonrió, y se quedó observando, de nuevo, el lugar por donde la comitiva de los elfos se había marchado.

—Sé que los vas a echar de menos, Dana, pero tú misma has dicho que vendrán más

—dijo Kai. Dana movió la cabeza.

—Vendrán más, pero no como ellos —suspiró. —Esos chicos están destinados a hacer grandes cosas.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he leído en las estrellas; me lo han dicho los vientos. ¿Qué más da? En un futuro no muy lejano se hablará de ellos, Kai. Lo sé.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

Dana se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Son tan jóvenes... se equivocarán.

—Seguro. Pero tú sabes que es ley de vida.

Dana sonrió, acariciando el cuello del dragón.

—Tienes razón.

Hubo un breve silencio. Entonces, Kai añadió:

—Tendrás un ojo puesto en ellos. No puedes evitarlo.

—No, no voy a poder evitarlo. ¿Es eso malo?

—No. También es ley de vida.

Dana suspiró y alzó la mirada hacia las estrellas.

—¿Qué te dicen hoy, Señora de la Torre? —preguntó el dragón, con voz grave.

Ella se volvió para mirarlo.

—Muchas cosas, Kai. Muchas cosas.

La hechicera y el dragón se quedaron un momento más sobre la loma, contemplando el paisaje nocturno. Después, ella montó sobre su lomo una vez más; el dragón emprendió el vuelo, y juntos, siempre juntos, iniciaron el viaje de regreso al Valle de los Lobos.



I.....	Ordalía	3
II.....	La Señora de la Torre	9
III	La advertencia del ser invisible	15
IV	Dos visitante	20
V.....	La desaparición de Dana	26
VI.....	La rebelión de los lobos	33
VII.....	Caos en la Torre	38
VIII.....	El retorno de Kai	45
IX.....	Buscando a Dana	52
X.....	Planes de rescate	59
XI.....	A través del bosque	65
XII.....	Historias del pasado	74
XIII	Pesadilla	82
XIV	Retorno a la vida	101
Epílogo.....	'	